

Sida y Poder -1a ed.-
Buenos Aires: Madreselva, 2012.
224 p.; 20x13 cm.

ISBN 978-987-26166-2-5

1. Historia Argentina. 2. Anarquismo. I. Título.
CDD 982

Fecha de catalogación: 11/11/2012

Sida y poder
Carlos Mendes
Prólogo Gustavo Pecoraro

Sida y poder - 1ª ed. Ediciones Cooperativas, Buenos Aires, 2004
Sida y poder - 1ª reedición corregida, actualizada y ampliada
Editorial Madreselva, Buenos Aires, julio 2012
www.editorialmadreselva.com.ar
info@editorialmadreselva.com.ar

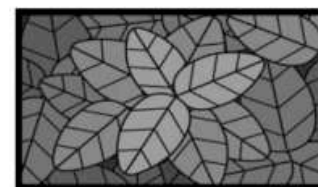
Fotografía de portada Carlos Mendes
Diseño de portada Verónica Tello
Diseño de interiores Martín Azcurra
Digitalización Javier Bendersky

© ⓘ ⓘ Esta edición se realiza bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial 2.5 Argentina. Por lo tanto, la reproducción del contenido de este libro, total o parcial, por los medios que la imaginación y la técnica permitan sin fines de lucro y mencionando la fuente está alentada por los editores.

Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina - Printed in Argentina

Sida y Poder

Carlos Mendes



Editorial Madreselva

Dedicado a:

Héctor S
Mario D
Hugo S
Marcelo M
Héctor L
Carlos J
Silvio L
Javier H
Chiquita
Willy
Gustavo B
Cristina C
Gilda C
Rita L
Oscar V
Enrique V
Stella Z
Ricardo M
Adolfo N
Adrián A
Adrián T
Diego T
Gastón H

Un agradecimiento especial a Oscar Vitelleschi
quien colaboró en la corrección de este libro

Prólogo

“Aquel que desea pero no actúa, engendra peste”
William Blake

Cuando Carlos Mendes me preguntó si me gustaría prologar la reedición de este libro, lo primero que pensé es si yo estaría a la altura de las circunstancias. No por carecer de experiencia vivencial, ya que soy portador de VIH desde 1993, sino claramente por no saber si tenía la capacidad necesaria para reflexionar sobre el sida y el poder. Y más, en un libro escrito por él.

Conocí a Carlos en los primeros años noventa, cuando participamos en la revista *NX, Periodismo gay para todos* que editaba el Grupo Nexo donde, a menudo, nuestros textos compartían páginas en la sección *Nexo Positivo*.

El sida ya había provocado suficientes muertes y se instalaba con filosa peligrosidad en nuestras existencias que, de alguna manera, coincidían creando ese espacio comunicacional inédito e histórico en el devenir de gays, lesbianas y personas trans en Argentina.

Mientras *NX* salía a la calle, miles de personas en el mundo, y decenas de amigos, amores, amantes o conocidos, morían. El sida nos abofeteaba una y otra vez.

Carlos escribió en 1996:

“...quiero hermanos, amigos, compañeros,
humanos, falibles, verdaderos.
Desprecio a los burócratas de un régimen,

prolijo y con membretes,
y a sus perfectas retóricas de hielo...”

Toda una declaración de principios sobre el lugar que pretendía ocupar. Un lugar alejado de la víctima, cercano al amor, en el punto opuesto del comercio y la hediondez del mercantilismo que los gobiernos y los Estados de todo el mundo produjeron, asociados a las multinacionales biomédicas, durante muchos años. Precisamente, en esos años.

Sida y poder vio la luz en su primera edición, en el año 2004. La pandemia de sida había mutado hacia ya un tiempo -como el propio virus hace- a un discurso menos combativo, más esperanzador, cuasi piadoso.

Del castigo divino y la peste rosa a la cronicidad de por vida. De la expulsión del paraíso al recogimiento asistencial. De la peligrosidad terrorista a las puertas abiertas en los aeropuertos.

Sida y poder se encargó entonces de denunciar políticamente lo que la *normatividad* de esta enfermedad pretendía ocultar. Y se encarga, ahora con esta nueva edición, corregida y aumentada, de proseguir esa denuncia.

Porque como dice Mendes, “el SIDA existe y mata”. Nos mata, agrego. Este libro es una crítica sin vueltas al mercado. Pero también al olvido de las personas más desfavorecidas que viven en este planeta.

Bien señala el autor que:

“Recién cuando la pandemia de sida comprometió a los EE.UU. y a Europa central apareció repentinamente a los ojos del mundo, nada se decía del sida cuando era una causa más de muerte prematura en África subsahariana, fuera de algunas comunicaciones médicas aisladas”.

Un olvido que dejó, y deja, librados al azar a los países africanos, pero también a los habitantes de la miseria latinoamericana, las favelas, los campos de refugiados, o las chavolas. En todos estos sitios “hay cuerpos que

padecen” y la mayoría discursiva corre la mirada de esos cuerpos. Sin embargo, Mendes rescata esos cuerpos. Habla de nosotros, de personas. De sí mismo. De la bronca que le da el poder. El abuso de poder.

Denuncia a ese poder que mata, que extermina, que borra al *semejante*. Que lo condena a la aniquilación del supuesto destino, “esa aniquilación del semejante sigue aún vigente. ¿Quién es hoy un semejante? ¿Quién es hoy mi semejante?, esa es la pregunta”.

Una pregunta que cuestiona el orden establecido, las fronteras, las políticas gubernamentales, las bendiciones eclesiásticas, las campañas de prevención, el activismo, las ONGs y, sobretudo, el dinero que mueven las multinacionales biomédicas y los organismos mundiales de salud concebidos por el sida. Si todas estas personas que tienen en sus manos el dinero, el poder o la tecnología no posan su mirada sobre sus semejantes, condenan literalmente a millones a la muerte segura y el desamparo.

El Dr. Mendes cita a Bernardo Kliksberg:

“Mil cuatrocientos millones de personas viven en la pobreza extrema o indigencia y casi la mitad del género humano, tres mil millones de personas, son pobres. Dieciocho millones mueren anualmente por causas vinculadas a la pobreza, cincuenta mil muertes evitables por día, que incluyen treinta mil niños...”. Concluyente. Mientras tanto, las empresas se vuelven más ricas, los países poderosos más insolidarios, los funcionarios más corruptos y las campañas de prevención más ineficaces.

Pero *Sida y poder*, también, es un libro sobre una forma de ver la vida. Una filosofía. Tiene el sello de la sabiduría conceptual de Carlos Mendes y de su pasión por Spinoza. Hay un cuestionamiento a los vínculos humanos, a la falta de humanidad de esos vínculos, a la necesidad de plantearnos qué tipo de humanidad (sociedad) queremos construir. Es un cuestionamiento profundo,

acusador, por momentos desesperanzador; pero siempre enormemente humano. Mendes acierta en definir al sida como una afección que expresa “la enfermedad del vínculo humano”. ¿Estamos enfermos de sida o estamos enfermos simplemente de deshumanización? ¿Morimos de sida o morimos por la mezquindad del sálvese quien pueda? Habla del miserable “yo” y enaltece el grandioso “nosotros”, promoviendo una idea de comunidad social donde el aprendizaje y el saber sean la columna vertebral:

“Pero esa experiencia dichosa de una vida plena necesita del pensamiento racional, de ese poderoso instrumento cultural que es el conocimiento de las causas de las cosas, los seres y los hechos, de las leyes de la naturaleza toda a las que indefectiblemente estamos sometidos”.

De ese aprender a utilizar el “nosotros” da cuenta la potencia de la imaginación para sobrevivir de muchas personas viviendo con VIH que nos sobrepusimos a la muerte de nuestros afectos, a la realidad exterminadora de los años ochenta y noventa y a nuestra propia muerte, recorriendo un camino de aprendizaje sumamente doloroso, muchas veces, y a las que Mendes nos describe como:

“...las primeras personas viviendo con VIH que se configuraron como aquello que se supo llamar ‘sobrevivientes de larga data’ y que obraron impulsados ciegamente por la necesidad de contradecir un mandato cultural de enfermar y morir efectivizado por un diagnóstico. Este grupo arquetípico del que forman parte muchos de mis actuales compañeros y amigos, siempre fue para mí una clara expresión de la potencia de lo humano enfrentada al poder cultural, de lo que puede un cuerpo enfrentado a la multitud”.

Imaginación para vivir e imaginación para no morir: “ningún medicamento ‘cura’, es decir, ‘cuida’ la vida de las personas, son las personas mismas quienes pueden

‘cuidar’, es decir, ‘curar’ su propia vida”, remata Mendes. ¿Si esto no es una filosofía de vida, qué es?

Sida y poder me toca de lleno. Nunca pensé que mi sobrevivencia fuera un legado del destino o el azar. Creo que tiene que ver con la construcción cotidiana y la deconstrucción continua e infinita de mi manera de vivir, que puede ser distinta o igual a las de otros, pero de la que sólo puedo dar cuenta yo. La felicidad y el amor han hecho mucho, pero los dolores, las muertes, las angustias también.

Porque como plantea Carlos, en este necesario libro, cada uno puede darse cuenta, a tiempo, de cómo quiere ser, qué quiere hacer o cómo lo quiere hacer. Depende de cada uno de nosotros ser “semejantes” a nuestros semejantes o perdernos en el egoísmo más abyecto de la individualidad, la vanidad y los prejuicios. La sociedad avanza y retrocede al mismo tiempo. Si decidimos sobrevivir, qué mejor que hacerlo en un mundo más solidario y humano. Depende de nosotros crearlo, tanto como destruirlo. Son necesarias las voluntades, los abrazos, el amor, la felicidad y también la denuncia de todo lo que atente contra el otro. Olvidarse del otro es la peor enfermedad de todas.

Dice Carlos Mendes: “La esencia de la vida es dichosa y todo aquello que nos entristezca atenta contra ella”. No seamos nosotros nuestros propios sepultureros. Bienvenida la nueva edición de *Sida y poder* del Dr. Carlos Mendes. Bienvenido y bienvenida al debate y a la denuncia necesaria.

Gustavo Pecoraro

Introducción para una reedición corregida y ampliada

Esta reedición conserva, con algunas pocas correcciones que se me hicieron indispensables, la de diciembre de 2004 y agrega un capítulo más, *Ética y Poder*. El texto ya editado fue el impulsor del entusiasmo de esta reedición ampliada, aunque algunas de las ideas allí planteadas quizás hoy las expresaría de manera diferente.

Aquello que uno escribe y publica deja de pertenecerle, por virtud de esas dos acciones. Si hay en lo escrito y publicado algún concepto, éste, como dijera Deleuze, “es una bestia” que labra por sí misma su destino, sino es así, los seres humanos anhelamos la piedad del olvido.

Hay entre aquella y esta edición, muchas lecturas, Gilles Deleuze, Baruch Spinoza, Marilena Chauí; un francés, un holandés y una brasileña que me amaron y a los que amé, con el más adecuado de los amores, el amor intelectual.

Muchos otros me acompañaron dichosamente en todos estos años, cuerpos para mi cuerpo, compañeros del camino cotidiano, del día a día, lluvioso o soleado, cálido o frío, esos seres muchas veces inesperados que uno encuentra cuando deja de estar prevenido.

En estos años, perdí algunos afectos que yo creía me sobrevivirían. Como dijera Spinoza, “no podemos tener ninguna idea adecuada de la duración de nuestro cuerpo”, ni de la de los otros cuerpos. Sólo se trata de perseverar y si hemos de hacerlo, que sea dichosamente.

El año acaba de comenzar, con esa puerilidad con que los seres humanos le adjudicamos “principio” y “fin” a las cosas, los seres y los hechos, quizás debamos comenzar a concebir que todo venga comenzando y finalizando en ese novedoso continuo al que llamamos “humanidad”. Que nada es del todo “nuevo” y que aquello a lo que llamamos “viejo”, es el sustrato de toda novedad. Que el “pasado” y el “futuro”, son pura distracción en la que se nos pierde el “presente”.

Quiero dedicar la tercera parte, muy especialmente, a mi hermana Marta.

Carlos Mendes
15 de enero de 2012

A modo de introducción

Este texto fue escrito desde la necesidad de comprender y hacer frente a una realidad adversa. Escribir desde la necesidad de comprender, es escribir desde los márgenes, es producir texto que no deja de preguntar y entre preguntas ensaya alguna respuesta.

La vida nos coloca en lugares extraños, ella misma es algo que nunca terminamos de comprender, escribir desde esos sitios es como iniciar una correspondencia sin destinatario preciso, desde un puerto exótico y distante en el que uno quedó varado.

Afortunadamente siempre se encuentran otros naufragos, compañeros de camino con los que se pueden ensayar preguntas y respuestas, ojos que nos ven y nos confirman. Palabras pretéritas que descubrimos repentinamente, vidas pasadas que se nos hacen presentes y vidas presentes que se funden con la nuestra.

Estos textos fueron trabajados en talleres en los que el único objetivo era sentarnos a pensar. Ese hecho pequeño de un grupo de personas sentadas a pensar, habilita el milagro de lo humano, que no existe en ningún sitio fuera de esa comunión.

Habilita la dicha de poder pensar y repensar todo, el juego de construir ideas en libertad, de abandonar prejuicios y construir un mundo pequeño para resistir.

Ese mundo es inmenso aunque sólo quepa en unas pocas mentes e impreso en este pequeño libro, es una balsa echada al mar.

En estos ensayos tratamos de comprender a la enfermedad desde la conciencia, hacer consciente el fenómeno de la enfermedad que nos tiene como protagonistas en diferentes etapas de nuestra vida, haciéndonos asumir esa extraña construcción del poder en la cultura a la que se ha dado en llamar “paciente”.

Tratamos de señalar las diferencias entre “sentir” y “sufrir”, para poder escapar de ese lugar tan desventajoso en el que nos coloca el poder en la cultura haciéndonos “pasibles” de todas sus creencias.

Denunciamos la metáfora bélica, tan cara al discurso médico, como recurso del poder que nos empuja a un campo de batalla, a un inútil combate en el que seremos reducidos a tierra arrasada.

Tratamos de comprender a la enfermedad como un aliado, que llega para advertirnos, para denunciar un maltrato histórico, como recurso último de un cuerpo que sufre tras un espíritu y una mente desmantelados.

Pretendemos escapar del juego divisionista del poder, que nos presenta a la enfermedad humana separada en entidades clínicas diferentes, cada una con su “causa” y con su “cura” y nos atomiza en infinidad de pacientes padecientes. Tratamos de comprenderlas como modalidades de un mismo y único discurso, que denuncia el sufrimiento, el maltrato, la tristeza y el malestar de los seres humanos en la cultura.

Quizás la enfermedad como hecho clínico, esté manifestando siempre la violación de un derecho, el derecho a la vida, a la dicha y al bienestar.

Hablamos del sida, como el último recurso al que apela el cuerpo de una comunidad herida por un poder injusto, con la secreta intención de despertar conciencias.

Nos propusimos una tarea nada sencilla, pero si comprender es un acto dichoso, esa dicha nos garantiza la permanencia en la tarea.

El Poder del diagnóstico¹

El diagnóstico de una enfermedad de pronóstico mortal hace irrumpir abruptamente en nuestra cotidianeidad la idea de la muerte, idea siempre inadecuada, y nuestra cotidianeidad es también la de muchas otras personas, empezando por la del médico que pronuncia ese diagnóstico, médico verdugo, médico parca.

Los médicos, en general, están más o menos llenos de conocimientos pero, en igual proporción, suelen estar más o menos vacíos de sabiduría.

Esta cualidad no es patrimonio exclusivo de la medicina, acompaña a todas las disciplinas que configuran nuestra cultura, impregnando también a esa forma cotidiana del saber a la que llamamos opinión pública y que no es otra cosa que las creencias y el modo de pensar de cada uno de nosotros.

Las personas que vivimos con VIH/sida, estamos culturalmente condenadas a muerte. ¿Qué significa eso? Significa que la mayoría de las personas que nos rodean creen honestamente que “debemos” morirnos, es muy fácil adjudicar el deber de la muerte a los demás. Esta creencia no implica “maldad” alguna, a veces quienes más nos aman son quienes más cumplen con ella.

La ecuación sida=muerte ha sido minuciosamente aprendida por toda la población, no se discrimina entre

1. Este texto fue escrito por Carlos Mendes para el Primer Encuentro de Personas Viviendo con VIH/Sida realizado en Argentina. Se publicó originalmente en el libro *Del maltrato social, conceptos son afectos*, de Marcelo Matellanes, Ediciones Cooperativas, Buenos Aires, 2003.

un infectado y un enfermo de sida, y todo enfermo de sida es, tácitamente, un moribundo. Esa es la idea que nuestra cultura ha sabido imponer a través de sus autoridades sanitarias, sus médicos, y la totalidad de sus medios de comunicación. Ese es el mandato impuesto, lo execrable de la infección no es el virus, ni la transmisión sexual, sino el contagio homosexual que subvierte la estructura del poder patriarcal.

Una vez que se sepa tu condición de VIH positivo, no esperes que nadie te pregunte qué quieres hacer de tu vida y mucho menos aún, qué quieres hacer de tu muerte. Habrá un ejército de personas a tu alrededor dispuestas a decidir por vos, en base a su buen criterio que nada tiene que ver con el tuyo. Y ese “buen” criterio estará siempre impregnado con el propio temor a la enfermedad, al sufrimiento y a la muerte que cada uno de ellos tenga.

Tampoco esperes que ninguna de estas personas se tome el enorme trabajo que significa analizar esto, ellos sólo hacen lo que pueden, es decir, responder a las creencias establecidas. Somos holgazanes respecto a nuestras capacidades.

¿Cómo se efectiviza esa condena cultural? De muchas, variadas, y a veces sutiles maneras. Desde la mirada, pasando por la palabra y efectivizándose en acciones concretas, la condena cultural se expresa minuciosamente.

El diagnóstico es una forma elaborada de la marginación. Al igual que el diagnóstico religioso de “pecado”, el jurídico de “delito” o el económico de “pobreza”, el diagnóstico médico de “enfermedad” y el más lapidario de “enfermedad mortal”, es un instrumento del poder en la cultura para sostener un determinado orden, es decir, un determinado estado de las cosas que conforma nuestra “realidad” de condenados y salvados, de benditos y malditos.

Los delincuentes son indispensables para sostener la idea de la “honestidad”, los pecadores son indispensa-

bles para sostener la idea de la “virtud”, los pobres son indispensables para sostener la idea de la “riqueza”, los enfermos son indispensables para sostener la idea de la “salud”.

Para ello el “diagnosticado” debe cumplir con su diagnóstico, y el poder cultural toma todos los recaudos necesarios al respecto, impidiendo que el delincuente muestre su honestidad, que el pecador muestre su virtud, que el pobre enseñe su riqueza, que el enfermo sea saludable o que el moribundo exprese su vitalidad.

Las personas que vivimos con VIH/sida, como tantas otras en esta cultura que divide para dominar, no sólo debemos tratar de sobrevivir en el campo de la realidad concreta, sino que además debemos demostrarlo cotidianamente. Sobre nosotros recae toda la carga de la prueba. Como si el trabajo de sobrevivir fuera poco, se nos endilga la obligación de convencer a los demás de que estamos vivos.

La irrupción de la posibilidad concreta de muerte verbalizada en un diagnóstico nos crea una abrupta ruptura con la cultura, nos transforma repentinamente en seres contraculturales mientras persistamos en estar vivos.

La cultura “honesta”, “virtuosa”, “rica”, “sana” e “inmortal”, no nos quiere sanos ni nos quiere vivos por mucho tiempo después de su diagnóstico.

Si somos obedientes haremos lo que hemos hecho siempre, acatar sus pautas, pero si tenemos algún entrenamiento “contracultural”, si encontramos algún lugar donde afirmarnos para hacerle frente, podremos resistir.

Resistir al minucioso asesinato cultural, que ha cobrado y cobra muchos más muertos que el sida, que mata con diagnósticos de “pecado”, “delito”, “pobreza” o “enfermedad”; que mata en catedrales, juzgados, comisarias, cárceles, bancos, ministerios de economía, hospitales o casas de gobierno, que mata para que la cultura pueda seguir sintiéndose “honesta”, “virtuosa”, “rica”, “sana” e “inmortal”.

Carlos Mendes

A esa muerte resistimos las personas viviendo con VIH, a la muerte desde el prejuicio sostenido por el diagnóstico, a la otra, a la biológica, sabemos muy bien que no tiene ningún sentido resistírsele.

Parte I

ENFERMEDAD Y CONCIENCIA

Mente y cuerpo

La medicina atesora en su “saber” una inmensa cantidad de relatos sobre los pormenores del sufrimiento de los hombres a manos de incontables “enemigos”. Existen minuciosas descripciones del deterioro del cuerpo, de la mente, y aún del espíritu de los seres humanos, sistematizadas en un saber que abarca múltiples disciplinas, desde la clínica médica hasta la microscopía electrónica. El “conocimiento” ha logrado la suficiente despersonalización como para penetrarlo todo y reducirlo a su objeto, ya definitivamente libre de afectos, curiosamente se llama a eso “conceptos”. Utilizamos la física, la química, la óptica, la estadística, la semiología, la lingüística, la psicología, la botánica, un sinfín de disciplinas científicas auxiliares de la medicina, pero la regente de todas ellas, la filosofía, no aparece. Obviamente está presente, porque de no ser así sería imposible pensar. Creo que estaremos todos de acuerdo en que es imposible pensar sin una filosofía previa, es decir, sin un sistema de ideas y pensamiento, consciente o inconsciente. Pensar es acomodar palabras en frases que expresen lo más acabadamente posible nuestra propia filosofía, nuestra manera de ser, aunque nunca hayamos reparado demasiado en ella.

Cuando accedemos al lenguaje y al pensamiento, lo hacemos indefectiblemente inmersos en una filosofía de la que, por supuesto, no somos conscientes. Crear es criar, y la tercera acepción de esta palabra es “educar, instruir”; nuestra cultura nos crea instruyéndonos, edu-

cádonos, transmitiéndonos significados, un sistema de ideas y “conocimientos” y mientras tanto nos enseña a hablar.

Desde René Descartes, mente y cuerpo han sido separados en dominios diferentes. El ser humano piensa y en su capacidad de razón radicaría su “esencia”, mientras tanto y secundariamente, el cuerpo hace lo que puede. Esta pueril división marca claras jerarquías. Suponemos que las ideas son patrimonio de la mente, que puede jugar y juzgar con ellas puerilmente en los seguros límites de su dominio, definitivamente libre de los afectos del cuerpo, objetivamente. El cuerpo, súbdito-máquina le obedece, un intrincado sistema de “aparatos”, de tejidos y órganos al que llega a exigírsele un comportamiento racional. ¿Porqué me duele aquello que me duele, porqué mi cuerpo, repentinamente, se niega a hacer lo que quiero? ¿Hay alguna relación entre mis ideas y mi cuerpo enfermo? ¿Que disparate, cómo puede ocurrírseme eso!

No hay más conciencia en la mente de la que existe en el cuerpo y la tan mentada “mente” no es otra cosa que una idea del cuerpo existente en acto. Mi primera idea del dolor, del sufrimiento, surge del dolor y del sufrimiento corporal y mi primera idea de la dicha, surge también de la alegría y la dicha de mi cuerpo. Los conceptos tienen su raíz significante en los afectos del cuerpo y no hay otra fuente de “mundo”, “realidad” o concreto “acontecer” de las cosas, los seres y los hechos, que nuestro propio cuerpo, él es todo el mundo en sí mismo. Paradójicamente pretendemos someterlo al “imperio de una mente” y por virtud de aquello que llamamos “voluntad”, inmersa en un presunto “libre albedrío”, hacemos del cuerpo un esclavo sometido al poder imperial de las ideas.

Quien se somete a las jerarquías del imperio en su propia naturaleza, se someterá mansamente a las jerarquías del imperio en su comunidad.

Internalizado el imperio en la propia naturaleza, se naturaliza en la comunidad toda. No hay manera de

luchar contra el imperio que nos sojuzgó y nos sojuzga como multitud, si no de-construimos el imperio que rige nuestra propia naturaleza individual. Imperio de la mente sobre el cuerpo, imperio de las ideas sobre las pasiones y los padecimientos, imperio de la razón sobre la imaginación.

La mente, a pesar de su género gramatical, es masculina. Al varón le corresponde pensar, elucubrar la idea de la “heterosexualidad” para poder concebirse a sí mismo, porque todo origen y oriente es femenino, en tanto todos provenimos de mujer y somos embrionariamente ambiguos, y ante tanta potencia se le impone imponer la razón de un poder patriarcal. **La “heterosexualidad” es una elucubración varonil.** Lo femenino es sustrato esencial y como tal, persevera inmanente en todo lo creado, concebido y existente. Como claramente nos explica el proceso de la clonación, al que curiosamente se llama “asexuado”, porque en él no interviene ninguna célula masculina, siendo posible con la sola intervención de una célula huevo femenina u “ovocito”. Este proceso también recibe el nombre de clonación “andropática”, que significaría “reproducción sin varón”, el condicional se impone porque el significado de esta palabra, como debe ser, no existe en ningún diccionario, ninguna academia de letras se anima a confirmar que tal cosa es posible.

El cuerpo, a pesar de su género gramatical, es femenino. A la mujer le corresponde sentir, experimentar sentimientos, ser pasible de pasiones y padecimientos e imaginar más allá de cualquier razón patriarcal. El sustrato de todo cuerpo, de toda corporalidad y de toda potencia, es femenino.

La mente debe imperar sobre el cuerpo, las ideas sobre las pasiones y los padecimientos, las razones sobre la imaginación y, por consecuencia, el varón debe imperar sobre la mujer. A él se le hace imperioso sostener la idea de sí mismo por el imperio de una razón patriarcal, sin ella se hace evidente su esencia femenina.

Imperio, machismo y razón patriarcal, son una y la misma cosa, que hecha “naturaleza” se hace “realidad”.

No existen mayores diferencias entre las políticas que imperan en el mundo y aquellas otras que hemos hecho imperar en nuestra propia naturaleza humana.

Desde Platón y Aristóteles, los estoicos y Santo Tomás, hasta nuestros días, se ha proclamado nuestra “esencia racional” y como la razón es atribuida a la mente, hacemos del entendimiento, del pensamiento, el atributo esencial y del varón la criatura más valiosa. El cuerpo queda reducido a un súbdito obediente por el imperio de la “voluntad” y la razón, apenas destinado, diseñado, para la “queja mujeril”, así como los cuerpos reunidos en multitud quedan sometidos a la “voluntad” y la razón de un poder imperial, varonil, machista y patriarcal. No hay ninguna diferencia entre aquello que sucede en el mundo y aquello otro que acontece en nuestro mundo, corporal y mental.

Siendo la mente y el cuerpo, una y la misma cosa, no hay más razón en aquella de la que existe en éste. Debemos comprender, de una buena vez y para siempre, que aquello que mueve a la mente es exactamente lo mismo que mueve al cuerpo. La emoción es aquello que mueve al cuerpo, como “conmoción”, “movimiento desde lo profundo”, afección corporal y ella misma devenida “sentimiento” por la sola virtud del lenguaje, se configura en “concepto”, en afecto, estructura misma de la mente. Los conceptos que atesora nuestra mente por virtud del entendimiento, tienen su raíz en las afecciones y los afectos de nuestro propio cuerpo.

Toda mente está habitada por las ideas que expresan las afecciones históricas del cuerpo al que pertenece, las ideas erradas, los prejuicios del ignorante, expresan el mal amor, el desamor de un cuerpo.

Pensamiento y corporalidad, entendimiento y extensión, son los dos atributos que configuran nuestra única naturaleza, no existen jerarquías entre ellos, no es

más valioso pensar que obrar, ni obrar que pensar y ambos actos, por más diferencias que el poder les imponga, son una y la misma cosa expresada en atributos diferentes. Reconocer la independencia de cada uno de ellos, no implica negar, tergiversar ni subvertir, su indefectible igualdad.

El lenguaje, ubicuo atributo de lo humano, atraviesa ambos dominios, es tan mental como corporal, pero suponemos que emitir palabras reunidas en frases es un ejercicio de la mente que exime al cuerpo. Las palabras que hieren, que lastiman, son la raíz significativa de la “lástima”, sentimiento vergonzante del habla impiadosa, desamorada. El “espíritu”, el tan mentado espíritu, no es otra cosa que un habla, síntesis que expresa a la mente (alma) y al cuerpo. Muchos cuerpos armoniosamente bellos, se deforman y afean por su habla, y muchos otros cuerpos, por su sola virtud, alcanzan una definitiva y perseverante belleza. El habla es la clara expresión del espíritu, del espirar consciente en un habla, que expresa las afecciones históricas de un cuerpo reunidas en las ideas de una mente. El espíritu es la síntesis de ambos dominios en nuestra única naturaleza.

La incorporación de significados, de ideologías, de filosofías, se nos hace carne, llega a atravesarnos tan profundamente como “lo biológico” y como ello ha de someternos durante toda la vida. Las “malas ideas”, las inadecuadas por erradas, dañan al cuerpo, individual y social. Hay allí tanta causa de enfermedad, tanta noxa, como en los genes o en los microorganismos; la inmensa diferencia radica en que cada vez conocemos más a estos últimos, mientras que aquellos significados permanecen en las sombras conservando todo su poder y efectividad.

Es curiosa la manera en que nuestra mente es echada a andar sin que se nos permita acceder a sus comandos. Nuestros pensamientos, vaticinios de la acción, trepan desmesuras sin que nosotros mismos los guiemos realmente. Si es posible pensar sin controlar los pensamientos, es igualmente posible actuar inmersos en el

mismo descontrol. La descripción suena alarmante, sin embargo corresponde a la más ajustada descripción de nuestro propio funcionamiento. La máquina humana funciona sin conciencia en un automatismo de enorme eficacia; las personas ingresamos como autómatas en ese devenir mecánico al que llamamos “cultura”.

Esta impunidad que el poder en la cultura ejerce sobre cada uno de nosotros no es en absoluto diferente de la que ejerce la mente sobre el cuerpo. Gracias al dualismo cartesiano el proceso ha sido echado a andar.

Asistimos con absoluta impavidez al desfile de desdichas en que se ha convertido la vida de los hombres. Si tenemos “suerte” veremos el desfile desde las plateas, como un espectáculo más, si no, encarnaremos la desdicha sin atinar a comprender casi nada. En ambos casos estaremos profundamente enfermos.

Contemplar con impavidez la desdicha ajena, es aquello que llamamos “salvación” y encarnarla mientras otros la contemplan, es lo que llamamos “condena”. No hay salvación sin visión de la condena, ni condena sin visión de la salvación.

Así aprendemos a observar impávidos el fenómeno de la enfermedad y la desdicha como un hecho ajeno que ha “invadido” nuestro propio cuerpo, personal o social. Esa ajenidad, esa distancia entre lo que nos sucede y nosotros mismos, o entre nosotros mismos y los demás, no es nada casual, ha sido minuciosamente construida y la concebimos (la recibimos) de una cultura que se ha hecho carne en cada uno de nosotros. Es la misma ajenidad con la que nuestra mente erigida en imperio observa a su propio cuerpo reducido a la esclavitud. La carne biológica y la carne cultural entran en conflicto, David y Goliath combaten nuevamente.

Es hora de que digamos que la cultura no tiene carne, es la nuestra la que usufructúa como si le fuera propia; el dolor y el sufrimiento siempre son nuestros, mientras ella significa desde el poder que le hemos adjudicado. El divorcio entre la enfermedad

como sensación y la enfermedad como significado es el triunfo de una macabra estrategia, gracias a la cual los seres humanos seguimos aportando la carne que sufre en nuestras personas como alimento de una cultura y nuestras mentes siguen ejerciendo su imperio sobre los cuerpos.

“Nadie sabe lo que puede un cuerpo” y por eso mismo es necesario someterlo. Si la mente no es otra cosa que una idea del cuerpo existente en acto, para que sus ideas sean libres y soberanas, debe serlo también el cuerpo. Toda limitación mental, toda falta de ideas o dificultad del entendimiento, comienza siendo una limitación corporal, cuantas menos cosas puede obrar un cuerpo, menos ideas habitan su mente. Los cuerpos sometidos al miedo, la represión, la tristeza y la impotencia, poseen mentes igualmente sometidas. No hay manera de implantar una idea en la mente si no es pasando previamente por el cuerpo. La pobreza, el hambre, el maltrato, el sexismo y la represión sexual, son los recursos del poder para someter los cuerpos y vaciar las mentes.

El silencio del bienestar

La mayoría de las personas que estudiaron la mente humana partieron de la enfermedad, y a partir de ella construyeron sus modelos. Quizás haya sido así porque la salud es obstinadamente silenciosa, no produce síntomas, siempre y cuando no consideremos al bienestar como un síntoma y no indagemos en él por no pecar de obvios o por otras causas menos respetables, con la secreta intención de ocultar su infrecuencia. Prácticamente no existe quién investigue la salud, mientras que todos nos unimos a la letanía de interrogar a la enfermedad y disfrazamos en un enfoque curioso, una total desaprensión por la salud misma.

El bienestar es silencioso y ese silencio al que catalogamos como ausencia de signos y síntomas (de enfermedad), es precisamente el lenguaje de la salud. Así como el silencio de las pausas, que separa a las palabras entre sí en una frase, es la clave de su significado, el silencio del bienestar es su signo, síntoma y expresión. Ese silencio no es ausencia de nada, muy por el contrario, es presencia absoluta de una armonía que nos hace dichosos, armonía espiritual que se expresa a sí misma. Es la expresión de un significado individual, profundo, privado y común, que nos expresa en aquello que somos y se explica armoniosamente en aquello que obramos. Parecería necesario que ese silencio no sea escuchado ni indagado, es decir, que sea ignorado para que sólo se haga evidente al surgir el “ruido” del malestar. Somos inducidos por nuestra cultura a prestar atención a aquellos

signos o síntomas que ella misma señala como “enfermedad” y que rápidamente suprime con aquello que llama “medicamentos”.

Si logramos conocer las causas de la salud, su silencio esencial y armónico, conoceremos al mismo tiempo las de cualquier enfermedad, de manera abarcadora y evitando la trampa de la parcialidad que cada enfermedad concebida como una entidad en sí misma nos tiende permanentemente. Ese silencio esencial del bienestar, no es otra cosa que la coexistencia armónica de un cuerpo y una mente en una sola naturaleza que se expresa en una existencia dichosa, en un ser y obrar coherentes. El germen del “mal”, la definitiva pérdida de todo paraíso, comienza con la separación del cuerpo y de la mente, el uno es echado a un valle de lágrimas, mientras la otra impera en el reino de la más absoluta abstracción.

La enfermedad fuera de la conciencia

Concebida la mente como el “imperio de las ideas”, el cuerpo en el que ella misma está incluida, es reducido a un esclavo que padece. La enfermedad es siempre corporal y cuando compromete a la mente, como expresión de ese cuerpo, es atribuida a un defecto del cerebro, queda así el “imperio de las ideas” exonerado de toda responsabilidad. Mente y cerebro son consideradas cuando eso conviene, cosas diferentes, como el alma y el cuerpo, y cuando el cuerpo obra algún “mal” no se duda en catalogarlo de “desalmado”, mientras que cuando el cuerpo es hábil y útil, su capacidad es atribuida a la inteligencia de un cerebro.

Digámoslo de una vez y para siempre; la mente y el cuerpo son una y la misma cosa y aquello que llamamos “alma”, no es otra cosa que la propia mente.

Separadas, el alma de la mente y la mente del cuerpo, se construye la suprema abstracción, por virtud de la cual el alma es reducida a una entelequia sometida al “imperio de las ideas”. La construcción es tan macabra como eficiente, cuando el alma es condenada, la culpa es del cuerpo y cuando el alma es salvada el mérito es de Dios. Dios mismo, como regente de las almas, queda reducido a la suprema abstracción de la abstracción, con la que el “imperio de las ideas” hace lo que quiere. Como todo imperio, el de las ideas sólo pretende someter y cuando la mente es separada del cuerpo y concebida como alma, no queda flotando en ningún limbo, es reclutada por el imperio y trabaja para él. La figura del “amo

y el esclavo” se configura en nuestra propia naturaleza y la mente impera en nuestro propio cuerpo. El cuerpo, metáfora del mundo, queda reducido a un juguete del imperio y las religiones, reductos de la Suprema Abstracción, trabajan para él. En este estado de cosas, **el ser humano obra más para sostener su esclavitud que para alcanzar alguna libertad.**

¿Qué somos aquellos que el “imperio de las ideas” cataloga como “enfermos”? No somos más que metáforas del mundo que expresan los efectos de un poder imperial.

La enfermedad fuera de la conciencia es un fenómeno paralelo, una paranoia, un “algo” que desde afuera se nos acerca, nos acecha y nos ataca, ajeno a nosotros mismos, proveniente de algún poder infernal que ataca nuestra “divinidad”. A Dios le pedimos, en última instancia, que salve a nuestro cuerpo, que lo libre de todo mal, amén.

Tal es la concepción de la enfermedad en nuestra cultura, la de un peligro externo que nos acecha y al que somos susceptibles. Consagrada el alma a Dios, el cuerpo es entregado a Satanás. Ellos son los opuestos de una misma y suprema abstracción. Tememos a las enfermedades como si fueran enemigos poderosos que nos acechan para infringirnos algún daño, predadores silenciosos que pueden sorprendernos, entidades enfrascadas en producirnos algún mal.

La creencia en una salud lábil y expuesta y en una enfermedad poderosa y maligna es la que genera el enorme poder de una cultura que nos domina modulando nuestra emoción elemental, el miedo. La medicina y los médicos son los voceros de esa cultura y los destinatarios del ejercicio de ese enorme poder, que sólo en última instancia y para evitar su fracaso, delegan en Dios, la suprema abstracción que los absuelve de todo. Como cualquier otro, el poder médico se construye sobre la base de la debilidad ajena; este tipo de operación crea el clima de labilidad indispensable para el surgimiento

de cualquier poder. Implantada y difundida la idea, se crea el instrumento con el que se construye y cincela cualquier realidad, ya que el hombre ha hecho posible, por el imperio de su mente, que la realidad termine siendo la idea que él va imponiendo de ella. Esa idea de la enfermedad como un peligro externo y poderoso que nos acecha, como un extranjero intrínsecamente dañino, coincide con otras ideas que nos inculca nuestra cultura, y quizás por eso la metáfora bélica sea tan útil para describir la lucha contra la enfermedad. Todos sabemos que la idea de la guerra sirve para alimentar a la industria armamentista, así como la idea de enfermedad termina alimentando a la industria farmacéutica. Comenzamos a comprender entonces hacia dónde apuntan estas monumentales creencias: a sostener un poder descomunal (sin comuna) que rige hoy nuestros destinos. Ese exilio de las causas, ese colocarlas en un afuera lejano e inabordable, nos convierte en sus azarosas presas, nos sumerge en el miedo, en una paranoia que nos obliga a armarnos hasta los dientes.

Hace tiempo que sabemos que uno no se enferma de lo que quiere sino de lo que puede, nuestra enfermedad, sea ésta cual fuere, es más un hecho histórico que un accidente puntual. Desde lo biológico, sustrato elemental de nuestra existencia, hasta lo socio histórico y cultural, la enfermedad se va construyendo como una secuencia de malentendidos, de desencuentros, de cortocircuitos entre idiomas diferentes, entre distintas hablas que pugnan por habitar nuestra conciencia. La enfermedad denuncia esa secuencia de desencuentros, busca reinstaurar una armonía que sabe posible. Nuestra cultura acepta algunas denuncias de la enfermedad pero rechaza otras, especialmente aquellas que la señalan como causa.

Hoy en día, con el inmenso bagaje de conocimientos del que disponemos, habiendo cifrado en ellos todas las esperanzas de la humanidad, es inadmisibles que nos sigan matando los mismos gérmenes que des-

hubiera Pasteur. Obviamente algo hemos hecho mal. En principio creo que hemos tergiversado la monumental tarea de aquel sabio, que hacia el fin de su vida declaró que si volviera a nacer, más que a estudiar a los gérmenes se dedicaría a estudiar los mecanismos que los seres vivos ponen en marcha para evitar ser dañados por ellos. A partir de Pasteur hemos dividido las aguas, hemos construido un “ejército” de enemigos a los que les endilgamos la responsabilidad de todo lo que nos sucede, hemos creado culpas y culpables; una horda de “chivos expiatorios” sobre los que descargamos una “artillería” impensable de procedimientos y medicamentos. Pero ya todos sabemos que descubrir la droga que destruye al bacilo de Koch no significa acabar con la enfermedad a la que llamamos tuberculosis, hay entre ambos hechos una enorme distancia. Hoy en día disponemos de muchas drogas eficientes que destruyen al bacilo, pero la tuberculosis nos sigue matando y continúa denunciando el sufrimiento de los hombres sometidos al maltrato de su cultura. La tuberculosis denuncia el abandono, la marginación, la desnutrición, la desocupación, la ignorancia, la tristeza, la melancolía, la pobreza; y estas cosas no se curan con antibióticos. Sin embargo la medicina proclama que la tuberculosis es curable y atiborra al enfermo con medicamentos abandonándolo en su desdicha. Cuando el tuberculoso muere, sobre él recae la culpa por haber sido alcohólico, ignorante, indigente, un ser lleno de tristeza; como si estas circunstancias pudieran haber surgido de algún otro sitio que no fuera la cultura misma. La medicina trabaja para un descomunal sistema perverso que hace recaer las culpas sobre los más débiles, exonerando siempre a los poderosos.

Con relación al sida la situación no es diferente. Los antirretrovirales impiden la reproducción del virus en la sangre, y la carga viral se hace indetectable; a partir de allí los médicos comienzan a proclamar sus triunfos sobre el sida y no hablan aún de curación porque todavía

no han podido eliminar al virus del organismo. Sin lugar a dudas lograrán eliminarlo, ¿significará eso que el sida se ha curado?

Las enfermedades denuncian el sufrimiento de los hombres en su cultura, y el sida denuncia la hipocresía del amor humano, la marginación y el abandono de inmensos sectores de la comunidad, y el ejercicio de un poder injusto en manos de personas mucho más enfermas que cualquier enfermo de sida.

Los virus, esa forma elemental de vida, que no puede escapar a un parasitismo absoluto, eslabón perdido entre las partículas y los seres vivos; ponen en peligro a la humanidad toda. La fantasía que la literatura elucubró para librarnos de una invasión extraterrestre en “La Guerra de Dos Mundos” termina siendo una realidad que amenaza con extinguirnos. La forma más elemental de la vida, los microorganismos, terminan poniendo en peligro a la más sofisticada versión de la cultura, la sociedad humana.

Hoy en día se nos hace evidente que la pequeña sustancia de esos seres elementales no es en absoluto suficiente para demoler a un ser humano, necesitan indefectiblemente de un aliado y creo que es el poder en la cultura el que establece tal alianza. El germen se hace cargo de la culpa, mientras la cultura aporta todas las circunstancias; pero para que exista enfermedad deben darse ambas.

En la actualidad la destrucción del germen ya es posible, obviamente lo que no se ha modificado son las circunstancias.

Transitar la enfermedad fuera de la propia conciencia es padecerla sin lograr comprenderla, es sufrir sin atisbar un por qué de ese sufrimiento, es relatar con el cuerpo un anecdótico maltrato sin poder evitarlo, es seguir inmersos en el descuido.

La enfermedad desde la conciencia

La enfermedad desde la conciencia es un discurso claro e inteligible, es un lenguaje que denuncia y hace evidente las causas de un sufrimiento.

Si lográramos comprender que estamos naturalmente “armados” en contra del sufrimiento y en defensa de la salud de una manera tan perfecta y compleja que aún nos resulta ininteligible, orientaríamos nuestra inteligencia a tratar de comprender, de trasladar a la conciencia un fenómeno que la cultura se empeña en alejar de allí.

Las enfermedades son descritas en extensos relatos que, como cualquier relato, nos dice más de la visión del que narra que de los hechos en sí. Los diagnósticos son nada más que la coincidencia de esos relatos con los signos y síntomas que nos refiere u observamos en una persona, coincidencia muchas veces más forzada que real y que nada expresa sobre las causas de ese fenómeno. Traducimos la cronología de un lenguaje corporal en la fisiopatología de una enfermedad, traducimos anécdotas en nuevas anécdotas, en una tarea a la que llamamos medicina. Lo cierto es que la medicina se ha transformado en un gigantesco administrador de un estado de cosas que crece y se agranda y al que a nadie, a excepción de los enfermos mismos, le interesa modificar. En este estado de cosas el enfermo se transforma en la denuncia de esa situación y sobre él recaen todos los mecanismos persuasivos de neutralización, que conservan la enfermedad como recurso indispensable para sostener el sistema.

La medicina se ha construido en torno de la enfermedad, habla de ella permanentemente, administra tratamientos, suprime síntomas, decreta causas, interviene en nuestro cuerpo con aparatos y cirugía, decreta la curación o la cronicidad de los procesos, amenaza y advierte sobre el poder del “enemigo”, diagnostica, rotula y nombra; pero no hace nada respecto de las abundantes causas del sufrimiento humano, que conoce a la perfección. Ocuparse de esas causas sería denunciar a la cultura con la que comparte el poder. Ocuparse de la enfermedad resulta ser la más plausible y persuasiva excusa para abandonar definitivamente el tema de la salud.

Las personas sometidas al proceso de la enfermedad experimentan en su propio cuerpo la claridad de un malestar que ya venía manifestándose en su espíritu y en su mente con mucha antelación. No hay posibilidad de enfermedad somática sin previo sufrimiento mental o espiritual, dado que este crea las condiciones indispensables para debilitar el poderoso aparato defensivo que constituye nuestra natural tendencia a la salud.

El sufrimiento espiritual y mental se hizo tan habitual en nuestra cultura, que sólo tomamos conciencia de la enfermedad cuando logramos que el malestar en la cultura se exprese a través de un síntoma corporal. Ahí y sólo ahí seremos objeto de algún diagnóstico que justifique nuestro sufrimiento. Antes del concreto deterioro corporal nadie dará crédito a ese sufrimiento, ni siquiera nosotros mismos, que llegamos a dudar de nuestro propio derecho al malestar y terminamos buscando a la enfermedad somática como único modo de legitimar nuestro sentir. La cultura ha neutralizado eficientemente la denuncia espiritual y mental, obligándonos a poner el cuerpo; sólo allí, ante el órgano, el aparato o el sistema enfermos, acudirá con toda su parafernalia.

Permítanme decir que ya es demasiado tarde. A esto me refiero cuando digo que la medicina se ha transformado en un burócrata administrador del daño que ocasiona el poder en la cultura sobre los seres humanos,

quienes aportan la carne que sufre en sus personas. El entendimiento es un atributo de la conciencia que ha sido eficientemente neutralizado por una cultura que nos atiborra de creencias; descubrir alguna verdad es siempre enfrentarse a poderosas creencias que hemos aprendido a respetar mucho más que a nosotros mismos. El cuerpo del enfermo termina asumiendo ese desafío ante un espíritu y una mente desmantelados por un poder más que eficiente.

No obstante y aunque surja como corolario de una sucesión de fracasos, la enfermedad es siempre un triunfo, un nuevo intento de comprender y de hacer consciente; puede que llegue demasiado tarde pero nunca será inútil.

La pretensión de rescatar desde la enfermedad corporal conciencias perdidas o amordazadas es una tarea difícil aunque no imposible, diría que esa tarea es inevitable si se pretende lograr alguna curación, algún cuidado.

Actualmente los enfermos se están dando cuenta (sienten) que la enfermedad tiene un sentido, un sentido como significado más allá de su sentido como sensación y se abocan a la tarea de hacer consciente ese sentido, ese “para qué”, que los rescata de un “qué” o de un “por qué” anecdóticos y retóricos.

La enfermedad proporciona un saber que está relacionado con la vida y que no obedece leyes de cultura alguna, es más, dramatiza en sí misma un antiguo duelo humano, el de la vida enfrentada a la cultura, el del alma enfrentada a la persona, el del cuerpo separado de la mente. Hacer consciente ese antiguo duelo en una situación culturalmente tan desventajosa como la de la enfermedad, no resulta ser una tarea fácil, pero termina siendo, más allá de sus dificultades, inevitable. El enfermo es un adelantado, un ser que trabaja más por los “sanos” que por sí mismo, un “alguien” que puso el cuerpo un poco antes que yo, y que me muestra, con toda claridad, lo que ha de sucederme. Si resulto ser tan

miope como para no darme cuenta, como para no sentir la claridad de ese mensaje, he de padecer la enfermedad como recurso vital ineludible que reclama mi conciencia. La “miopía” del individuo como expresión de la “miopía” de la comunidad, ese mirar sin ver tan cotidiano, es lo que hace posible el surgimiento de las endemias y de las epidemias, las sostiene y perpetúa.

Quizás aquí radique el efecto didáctico del contagio (del contacto), de la búsqueda vital de una conciencia que interrumpa la denuncia redundante, de alguien que se haga eco del clamoroso reclamo de toda enfermedad; el del acceso a la conciencia plural de la comunidad de su verdadera causa. Quizás aquí radique también el enorme poder contracultural de los enfermos, su capacidad de denuncia que motiva la puesta en marcha de un descomunal aparato neutralizador que les impide el acceso a cualquier significado y que interfiere su conciencia.

El sida surge en aquel sector de la comunidad en el que el amor está prohibido, ese sector que subvierte el poder heterosexual y patriarcal no puede amar aquello que desea y “el que desea y no actúa, engendra pestes”.

Cuando surge “la peste”, es convenientemente reducida a la acción de un “nuevo” virus, que el poder en la cultura rápidamente limita en su capacidad reproductiva, haciendo un fabuloso negocio con la fabricación de medicamentos. La causa de la infección, de la enfermedad, de la endemia y la pandemia, sigue intacta. La prohibición del deseo, de la irresistible tendencia que proviene de la necesidad, del conato dichoso que configura la esencia de toda criatura, persevera intacta, mientras que la infección y la enfermedad son controladas por la poderosa industria farmacéutica aliada al poder biomédico sólo cuando pone en peligro a la valiosa figura del varón heterosexual, arquetipo del poder cultural.

Cuando la idea que concebimos denuncia a la cultura misma como causante del malestar, es necesario que

nos preparemos para la reacción de esa cultura, que no en vano ostenta el poder.

Sobre la verdad recae permanentemente la carga de la prueba, las verdades deben demostrarse aunque el continuo del acontecer las haga evidentes. Las verdades siempre deben demostrarse en contra de alguna creencia que ostenta el poderoso aval de la razón cultural. Identificar creencias y desarmarlas es una buena estrategia para descubrir verdades y aniquilar poderes.

De lo que el hombre aún no se ha dado cuenta, alejado de su conciencia, es que todo aquello que no haga por quién hoy está enfermo, no estará mañana hecho, cuando él enferme. Esa clara noción de la pluralidad, del otro como vaticinio de uno mismo, sólo se logra accediendo a los profundos planos de la conciencia, donde lo singular y lo plural confrontan indefectiblemente, donde la persona se modula con el alma, en un espíritu.

La enfermedad es un recurso de la conciencia, una conciencia que habiendo sido neutralizada en el espíritu y en la mente termina por reclamarle al cuerpo un sitio para su expresión. La conciencia nos reclama y nos busca permanentemente, negarla es negarnos a nosotros mismos, es exiliar la vida en una “ecnoia” (en un afuera de nosotros mismos) tan habitual en nuestros días, **configurando personas culturalmente aceptables que aprisionan a seres humanos desdichados.** Conciencias que lo perciben todo pero que no se perciben a sí mismas.

Ese reclamo de la conciencia es permanente y no nos busca, al igual que la enfermedad, para mortificarnos gratuitamente, nos busca para que la vida se exprese en plenitud, para que seamos armónicamente lo que somos, para que el deseo brote como expresión de una esencia que siendo individual es esencialmente común.

Ese reclamo se expresa con absoluta claridad durante la muerte, el encuentro definitivo con la conciencia. En la muerte sólo somos conciencia, hemos ido abandonando todo otro sitio de nuestra existencia, nuestro “yo”, nuestra persona y personalidad se desdibujan,

nuestro rol en la cultura se desvanece, nuestro personaje muere siempre mucho antes que nosotros mismos y nos abandona en un sitio que para la mayoría de nosotros es absolutamente desconocido. La muerte “yoica” es lo único insoportable de la muerte en sí, el resto es sólo transitar la conciencia. Nuestro cuerpo se debilita, los sentidos como sensaciones nos abandonan y comenzamos a sumergirnos en ese sitio incomprensible donde se sumerge todo moribundo. Ese “lugar” a donde vamos a parar no es otra cosa que pura y absoluta conciencia, no habrá allí nada que no hayamos logrado hacer consciente en vida, y estará allí todo lo que entretuvo a nuestra conciencia. Si el miedo nos gobernó, allí estará esperándonos, si la ignorancia rigió nuestra vida también regirá nuestra muerte, si alcanzamos alguna sabiduría allí estará para que la disfrutemos. Lo incomprensible de ese sitio, lo extrañamente extraña que resulta para nosotros la propia conciencia, es el resultado de un lento y minucioso trabajo cultural que transforma a la muerte en un enigma y, lo que es aún más grave y su directa consecuencia, la transformación de la vida misma en un puro azar ingobernable. De allí surge la idea de un destino, designio de los dioses o de Dios, que desde lejanías impensables gobiernan nuestra existencia. Desmesuradas creencias que generan un enorme poder, un poder que a falta de dioses es ejercido por los propios hombres en contra de los hombres.

El significado de la enfermedad

El enfermo que abandona o renuncia a la conciencia de su propia enfermedad pierde el sentido como significado y se aliena en el sentido como pura sensación, perpetuando y agravando a la enfermedad misma.

Los enfermos solemos enfrascarnos en relatos interminables de nuestras propias sensaciones, relatos espontáneos o provocados por el interrogatorio médico. Construimos una anécdota que comienza a ocuparnos todo el tiempo, una especie de locura del síntoma como sensación que se transforma en la única señal de nuestra propia existencia. Finalmente el cuerpo se hace cargo de expresar alguna identidad que ha sido aniquilada en la mente por el poder cultural y el alma asfixiada en su deseo dichoso se expresa finalmente en el cuerpo enfermo. Todos hemos escuchado a algún enfermo relatar sus sensaciones una y otra vez hasta el hartazgo, sin que pueda salir de allí, o todos lo hemos hecho alguna vez. La sensación en sí misma se transforma en una noria, obstinándose en redundar, a falta de una escucha atenta.

Pero el síntoma está aquí, en nuestra vida, para otra cosa.

El sentido del síntoma como sensación nos es requerido por la medicina y por el médico para dilucidar qué órgano, qué aparato o qué sistema lo está originando. “¿Qué le duele, dónde le duele, cómo es ese dolor...?” Su escucha es siempre parcial, necesita parcializar, sectorizar, aislar un órgano “enfermo” para acceder a un diagnóstico y proceder a un tratamiento. Así funciona el

interrogatorio médico, enraizado en un pensamiento mecanicista y reduccionista que orienta su accionar.

Identificados los síntomas, pueden coincidir con un cuadro clínico ya descripto y conocido, con lo que se arriba a un diagnóstico, proceso clave de la medicina a partir del cual se pone en marcha toda su parafernalia. La búsqueda del diagnóstico es fundamental porque sólo a partir de él el médico estará autorizado a actuar. El lenguaje corporal del enfermo es atrapado por una conciencia paralela, la del médico, que se arroga el derecho de significar, de atribuir sentido a sensaciones ajenas en base a un cúmulo de conocimientos y de conceptos avalados por una teoría, que dan origen a una técnica fruto de una determinada manera de mirar.

El sentido del síntoma y de la enfermedad como significado personal, propio e histórico, no se hace evidente, debe ser buscado, permanece oculto bajo un cúmulo de anécdotas que muchas veces lo hacen desaparecer.

Ese significado tampoco es único, y sólo surge de la confrontación con la conciencia, entendida aquí no como lugar de la percepción (sensación), sino y muy especialmente, como lugar del significado, del concepto y del afecto. Es necesario trasladar el síntoma y la enfermedad, en tanto puras sensaciones, a ese único lugar en donde el hombre es capaz de significar, a su conciencia.

Pero recordemos que en nuestra cultura todo nos llega ya significado, ella se arroga ese poder que sólo cabe en la conciencia de los seres humanos. El síntoma y la enfermedad traen consigo un significado cultural. La primera tarea será entonces (des)invertir al síntoma y a la enfermedad de su significado cultural para poder resignificarlos desde la conciencia.

Los significados que el poder en la cultura asignó al sida fueron inusitadamente violentos; “vicio y pecado que merecen condena y sufrimiento”, así trata el poder cultural al deseo de sus criaturas cuando lo contradicen. Cuando el conato dichoso de sus criaturas contradice cer-

teramente la raíz misma del poder, la heterosexualidad patriarcal, merece toda su violencia que es ejercida con obscena impunidad.

Si considero que el síntoma y la enfermedad son mis “enemigos” (metáfora bélica, significado cultural), intentaré eliminarlos sin que me interese interrogarlos ni comprenderlos. Actuaré de acuerdo a la más pueril acepción de la palabra “enemigo”, la de un ser intrínsecamente malo que actúa privado de todo fundamento y razón y cuyo único sentido es el de provocarme algún daño. Es la concepción del (anti)prójimo con la que nuestra cultura ha investido a nuestros semejantes, haciendo posible el más perverso de sus logros, la guerra. Apelaré entonces a los abundantes recursos supresivos de nuestra medicina y a toda su metáfora bélica y encontraré en el médico y en la industria farmacéutica un aliado para eso. Fármacos e innumerables terapias se harán cargo de mi cuerpo, de sus síntomas y de su enfermedad, mientras mi mente y mi espíritu se mantendrán alejados en una actitud de confianza y entrega, de creencia y “fe”. Confiaré en el médico, en los medicamentos y en Dios para curarme, configurando ese cliché tan piadoso que nos enseña nuestra cultura. Será el médico, los medicamentos o aún Dios mismo quienes me curen, en ningún caso habrá sido mi propia capacidad de sanación. Hablar del propio poder de sanación a muchos les suena a esoterismo y a herejía.

Toda creencia genera la confianza necesaria a través de la cual cedo el poder a un otro que se hace dueño de los hechos, al que me someto y en el que deposito mi “fe”, mi confianza en que la creencia es verdadera.

El médico es un técnico, una persona que ha estudiado para poder asesorarme, alguien que posee un cúmulo de conocimientos que pueden serme útiles, que pueden explicarme lo que no sé o no comprendo, que pueden brindarme un panorama de opciones con los cuales orientar mi acción. Aquello que nunca es un médico, lo que nunca llegará a ser, es mi propia conciencia. El

paciente es persuadido de renunciar a su propio sentir en aras de un saber ajeno, obedece al prejuicio de no poseer saber alguno. El médico ocupará de buen grado el lugar de la conciencia de su paciente, a no ser que tenga las cosas muy claras como para renunciar al poder. Se inicia así la fuente de todas las desdichas del médico y del paciente, inmersos ambos en una vorágine que no les pertenece dado que ambos son víctimas, a escala diferente, de una misma estrategia del poder cultural.

El médico se hace cargo de la conciencia de su paciente (disparate superlativo si los hay) y el paciente deposita en el médico su conciencia, con lo que muchas veces firma su certificado de defunción.

Omnipotencia y comodidad son el motor de este embrollo, egolatría y sumisión, conocimientos e ignorancia ambos privados de toda sabiduría, roles aparentemente opuestos pero complementarios que posibilitan este gigantesco malentendido a través del cual los hombres se dañan entre sí.

El enfermo es el protagonista de una experiencia a la que se llama enfermedad; podemos decir muchas cosas sobre tal experiencia: podemos decir que es dolorosa, que se prolonga demasiado, que no me garantiza éxito, que no la deseo, que a veces es muy difícil, que a veces llega muy tarde o muy temprano, que es trabajosa, pero hay algo que no se puede decir sobre ella y es que no me garantice algún saber. Ese saber, el de la propia experiencia del enfermo, se nos escatima sistemáticamente, la enfermedad como experiencia le es birlada al enfermo que transcurre una pura anécdota sin llegar a darse cuenta de casi nada. Ese hermético cerrojo que configura una estructura carcelaria, un laberinto en el que casi indefectiblemente nos perdemos, no es casual, está meticulosamente diagramado desde el poder en la cultura, porque la conciencia una vez alcanzada puede transferirse y es la única capaz de re-significar a la cultura misma accediendo al poder. La conciencia es poder en tanto es sentir, darse cuenta, pensar y opinar.

Si logro tomar verdadera conciencia de mi enfermedad, si la rescato de la anécdota y del significado cultural para re-significarla desde mí, para que se haga significado de mí mismo, no sólo lograré la curación (el cuidado), en el verdadero sentido de la palabra, sino que podré curar (cuidar) a los otros. De ahí quizás provenga el enorme efecto terapéutico de los grupos de autoayuda gestados por enfermos que intercambian sus propias experiencias sobre la enfermedad, siempre y cuando logren escapar de la redundancia y de la pura anécdota y se animen a abordar la conciencia y el significado.

La cultura me induce a encarnar esa metáfora bélica de la enfermedad, mi cuerpo será el campo de batalla de una guerra que en realidad no me pertenece (como ninguna otra guerra), y terminará siendo tierra arrasada, como ocurre con todo campo de batalla.

Mi enfermedad es histórica, tiene que ver con mi propia historia y con la de toda la humanidad, es como la vida misma, un hecho plural que circunstancialmente me tiene de protagonista. Si peleo con mi propia historia protagonizo un inútil combate cuyo triunfo ha de ser el final de mí mismo.

Alienado en la metáfora bélica desato la guerra en donde apenas cabe el diálogo, el intercambio lúcido de significados, la confrontación de hablas diferentes en aras de alguna comprensión, de algún saber, de alguna conciencia.

Poder y defensas

La relación entre poder y defensas parecería ser obvia. Sólo puede defenderse aquel que posee alguna forma de poder. En nuestra cultura “el paciente”, aquel que padece alguna enfermedad, parecería ser el arquetipo de la indefensión.

La imagen que tenemos de un enfermo es la de un individuo indefenso, atacado y sometido por una enfermedad, doblegado por un “enemigo foráneo” frente al cual no atina a encontrar “armas” para defenderse.

Quizás esta imagen, esta idea, esta figuración del enfermo, sea un recurso indispensable para sostener esa minuciosa construcción de la medicina a la que se ha dado en llamar “paciente”; criatura esencialmente indefensa y expuesta al azaroso avatar de la enfermedad. Para quienes padecemos alguna enfermedad de las defensas -y quisiera saber yo cuál no lo es-, este concepto es muy importante.

La palabra “paciente” deriva de “padecer”; es el “padeciente”, el que padece, el que es “pasible” (que puede padecer). La palabra “padecer” deriva de “pasión”, cuya acepción original es: “atacado, molestado (por una enfermedad)” y que se origina en la palabra latina “*pati*”, que significa “sufrir, experimentar un sentimiento”.

Aquí nos surge una primera pregunta; ¿Es lo mismo “sufrir” que “experimentar un sentimiento”? ¿Es lo mismo sufrir que sentir?

No, no es lo mismo, eso lo podemos decir con cierto conocimiento de causa; la alegría es un sentimiento que no se sufre, se disfruta, o que al sufrirse se disfruta, si ustedes quieren. El lenguaje nos tiende trampas, y esas trampas están siempre en la relación que entabla entre los significados. No hace falta que señale aquí las consecuencias de vincular el significado de “sentir” con el de “sufrir”, sobre el que se sustenta toda la concepción occidental y judeocristiana del mundo. Más interesante es mostrar las claras diferencias entre ambos.

“Sufrir” es: “soportar, tolerar, aguantar”. “Sentir” es: “percibir por los sentidos” y además, “darse cuenta, pensar, opinar.”

De hecho el paciente sufre y siente o, si lo prefieren, siente y sufre. Siente, es decir, experimenta con sus sentidos, pero además puede **darse cuenta, pensar y opinar**. También sufre, o sea, soporta, tolera y aguanta. Del significado y la relevancia que le demos a estas dos palabras resulta la idea o figura de paciente que queremos sostener y de ahí surgirán los pacientes mismos o nosotros mismos como pacientes.

Si “sentir” significa solamente “experimentar por los sentidos”, el paciente sólo puede sufrir, o sea, “soportar, tolerar y aguantar”; debiendo recurrir indefectiblemente a recursos supresivos, generalmente medicamentos o mecanismos psíquicos que suprimen su sentir. Si hay dolor tomo analgésicos, si hay contracturas tomo relajantes musculares, si hay insomnio tomo somníferos, si hay depresión tomo antidepresivos, si no soporto lo que siento lo niego, lo transformo en lo contrario o lo proyecto, etcétera. Todo un universo farmacológico o psicológico para suprimir o disimular lo que siente. Sin embargo, si “sentir” significa además; “darse cuenta, pensar y opinar”, el paciente puede aprender de su sufrimiento, hacerse de un saber, acceder a un significado. Esto no invalida que pueda y deba suprimir su sentir (en tanto experiencia sensorial) cuando se le haga difícil de soportar;

pero jamás deberá interrumpir su sentir en tanto darse cuenta, pensar, y opinar.

La palabra “seso” -masa encefálica, cerebro- deriva de “sentir” y proviene del latín “*sensus*” que significa “facultad de percibir, inteligencia, significado”.

Volvemos a la necesidad de distinguir el sentido como sensación -el experimentar con los sentidos- , del sentido como significado -el darse cuenta, pensar y opinar- el *sensus*.

El paciente que sólo experimenta con sus sentidos, sufre y se queja preso en una situación sin significado, experimenta una pura conciencia fenoménica atada a su cuerpo, mientras su mente divaga en inabordables lejanías. No hay ejemplo más acabado de esta situación en nuestra cultura occidental que la de un moribundo.

A la mente de ese paciente acuden prontamente las creencias con ideas culturalmente aceptables o con conocimientos científicos. Convengamos que no existe mente sin contenido, la mente de un ignorante no está vacía, está habitada por creencias, y conocimientos errados o prejuicios. Nuestra cultura nos entrena en una extensa gama de creencias bien configuradas (la ciencia es una de ellas) que acudirán a nuestra mente para entretenernos y obturar toda forma original del pensamiento y toda forma inédita de la acción. El paciente padeciente relata su sufrimiento, habla de su sentir en tanto experiencia sensorial y va siendo introducido en un lenguaje médico, terminológico y técnico, que suele explicar la mecánica de su sufrimiento pero que nada le dice sobre sí mismo, sobre el significado de esos síntomas que sólo tienen que ver con él. El paciente termina hablando como un médico, alternando entre la queja y la explicación técnica del porqué de su sufrir; nada hay allí del sentir en tanto darse cuenta, pensar y opinar. Nada hay allí del *sensus*, del verdadero significado.

La distinción entre el sentido como sensación y el sentido como significado sólo cabe en el sujeto hablante, para el que Wittgenstein sentencia: “El sentido

es posibilidad de verdad". En el sentido -como significado- se encuentra toda posibilidad de verdad, entendiendo por verdad a toda posibilidad concreta de algún acontecer.

Estas disquisiciones meramente etimológicas, lingüísticas y hasta filosóficas, cobran una relevancia trascendental en cuanto comprendemos que los significados se hacen carne en el hablante, en tanto el significado de las palabras figura (prefigura y configura) toda realidad. El significado está en el hablante, es el hablante, lo configura, más allá de la etimología de las palabras mismas. El significado es la figura, intermediario entre la palabra y el mundo.

Una buena parte de las palabras que utilizamos son usadas con un sentido muy diferente al de su significado etimológico que, casi siempre, nos es desconocido. La palabra "sentir" es un buen ejemplo, todos sabemos que significa "experimentar con los sentidos", pero pocos sabemos que también significa "darse cuenta, pensar, opinar".

Tempranamente se nos adoctrina para hacer nuestra una determinada figura de las cosas; como intermediario entre las palabras y el mundo, esa figura ligada a una palabra, prefigura y configura toda "realidad".

El significado es siempre un re-significado, **en tanto fenómeno individual, privado y profundo**. El significado de las palabras le da cuerpo a la materia en tanto es figura de esa materia.

En el enfermo se produce un discurso sintomático, su cuerpo habla con síntomas que se refieren desde lo más profundo y biológico a sí mismo; le hablan de sí desde sí. La enfermedad sólo habla de nosotros mismos y todo lo que digamos de ella debería referirse a eso. Si logro distraer al enfermo para que hable de creencias o de conocimientos científicos (también creencias), logro distraerlo de sí mismo, de sus personales y profundos significados, de sus figuras, impidiéndole darse cuenta, pensar y opinar.

Podemos pensar que en el enfermo se está produciendo una transfiguración, que es la enfermedad misma. Lo "sano" deviene "enfermo" y en el paciente estas dos palabras tienen un claro correlato orgánico, es decir, material. El significado (individual, profundo y privado) de la palabra "salud", su figura, ha cincelado una nueva materia a la que comienza a llamarse "enfermedad". En la cotidianidad de mi salud construyo mi enfermedad en tanto ya hemos visto que no hay sitio de donde pueda surgir la enfermedad que no provenga de la salud misma. No de la "salud" como significado etimológico y/o arquetipo cultural (la mayoría de las veces ignorados), sino de la "salud" como significado individual, profundo y privado, aquello que me figuro como salud y que por lo tanto me configura como individuo "sano".

La enfermedad trasladada al plano de la conciencia en forma de significados, actúa como una "vacuna", produce curación -cuidado-, porque hace evidente aquella figura de "salud" que configuró mi enfermedad. Entender el significado de mi enfermedad permite desandar los pasos que la configuraron.

La enfermedad que transcurre alejada de la conciencia, conserva hermético su significado (individual, profundo y privado) y seguirá su curso "natural"; en este caso lo "natural" es lo coherente con el hermético significado. Para quien la padece, carece de sentido, se ha enfermado y sufre sin saber por qué ni para qué.

Todo significado verdadero ha de acontecer, de lo que se trata es de hacerlo consciente para no experimentar el asombro de lo que me acontece. Para los seres lúcidos no hay casualidad en el acontecer, más allá de que todos los seres lúcidos saben que el azar existe; también saben que ese no es su problema. Esos significados que permanecen fuera de la conciencia configurarán nuestra carne, crearán la figura que nos dará alguna realidad y que en el enfermo está representada por la enfermedad misma.

Aparece aquí la enfermedad como un recurso para lograr alguna figuración del sí mismo, alguna iden-

tividad. Como un constructo figurativo que generalmente tiene nuestra misma edad.

No hay nada extraño en nuestra propia enfermedad y quizás, allí se condense, lo más auténtico de nosotros mismos. El enfermo es privado de todos sus derechos por el poder biomédico. El abuso de poder que la medicina ejerce sobre los cuerpos es sólo comparable con el abuso de poder que el “imperio de la mente” ejerce sobre ellos.

La tarea del enfermo

¿Cómo orientar la verdadera tarea curativa, aquella que nos permite acciones eficientes?

La verdadera tarea del enfermo parece estar oculta en nuestra cultura, en tanto **la principal tarea del poder en la cultura es ocultar**. La idea de un paciente padeciente, intrínsecamente débil y necesitado, crea la figura de un individuo inerte carente de todo poder, es decir, indefenso e impotente. Poco podrá hacer esa figura frente a la de la enfermedad concebida como un enemigo poderoso. Al fin y al cabo, todo se reduce a un enfrentamiento entre figuras.

Acordemos en principio que todo “poder” es un “poder hacer”, el poder se manifiesta en actos que inciden en el acontecer de los hechos. También digamos que todo acto se manifiesta en tres niveles: la “visión”, la palabra y el acto en sí.

Nuestro análisis de la tarea del enfermo se basará en estos tres niveles del acto, que no son otra cosa que niveles de poder.

Si consideramos al enfermo un ser “sufriente”, su tarea se limita a “tolerar”, “soportar” y “aguantar” (etimologías de sufrir). Se configura así el personaje clásico del paciente padeciente, el comportamiento más habitual de los enfermos en nuestra cultura, alternando entre la queja y la entrega a un saber ajeno al que se llama ciencia, un decir sobre la enfermedad que no les pertenece.

Si consideramos al enfermo un ser que “siente”, su tarea será, además de sufrir, la de “darse cuenta”, “pensar”, y “opinar” (etimologías de sentir).

Darse cuenta

El darse cuenta parece estar relacionado con la “visión”, una íntima certeza o convicción que nos hace ver, nos ilumina respecto de algo.

Yendo concretamente al tema sida, el darse cuenta fue ese momento en el cual, de alguna manera, concebimos (recibimos) la posibilidad de estar infectados por el VIH (afectados por él). Sería nuestra primera “visión” del asunto; hasta ahí lo habíamos mirado con mayor o menor atención, pero a partir de ese instante nos vimos comprometidos en aquello que mirábamos.

Se podría decir que la “visión”, siempre es visión de un otro a través del cual me veo a mí mismo. **“Visión de un otro” en el doble sentido de “ver al otro” y de “ser visto por él”**. Aquellas personas acostumbradas a ver a los otros, no sólo a mirarlos, acceden más rápidamente a la visión de sí mismas. Aquí lo especulativo se hace especular, el acecho se hace espejo y el ser humano cobra su real dimensión en el prójimo -prójimo- vaticinio de mí mismo.

El darse cuenta, en el tema sida, es un episodio singular, individual, expresado por anécdotas infinitamente diferentes, como infinitos son los individuos.

Algunas personas, negándose a ejercer su visión o estando imposibilitadas de hacerlo, sólo experimentaron lo posible cuando la conciencia corporal se los hizo evidente, es decir, cuando enfermaron de sida.

La forma más elemental de expresión de la propia identidad, es el síntoma.

Sigue siendo común, aún hoy, que muchas personas se enteren que están en un mundo con sida cuando ya lo padecen. Sería tarea primordial de estas personas, desarrollar o hacer consciente su capacidad de “visión”, siempre relacionada con el otro. La visión de otro a quien seguramente han mirado pero nunca han visto, quedando imposibilitados de verse. Es probable que esa imposibilidad de ver al otro sea la directa consecuencia de no haberse sentido vistos.

Aquellas personas que aun habiendo enfermado (clara manifestación de la conciencia corporal) siguen sintiendo insoportable la visión de un otro ya hecho carne en sí mismos, rechazan su propia condición, se niegan a sí mismos y, por supuesto, se mueren.

Han forzado la experiencia de existir hasta el último y definitivo plano de igualdad con el prójimo, la muerte misma.

Otras personas pudieron hacer consciente la visión clara de un otro, infectado o enfermo de sida, y se reconocieron a sí mismos en él, concibieron la posibilidad de que esa realidad ajena sea también propia. Pasaron del sentimiento a la palabra y de ella a la acción, sometándose al testeo voluntario. La experiencia del acontecer les devolvió entonces una imagen de sí mismos como infectados o no infectados, pero no hizo falta aquí la enfermedad y mucho menos aún la muerte, tampoco se desperdició energía en sostener la negación. Funcionó la criatura humana con su eficiente capacidad anticipatoria.

Hay quienes invirtieron una enorme cantidad de energía en negar su “visión”, en mantenerla oculta y callada. Sostener la negación implica siempre un enorme gasto energético (energía psíquica) que casi siempre es un despilfarro.

La “visión” es siempre visión de los otros y de los hechos; es detenerse a ver lo que acontece. Es una capacidad natural del ser humano a partir de la cual se construye como criatura sensible. La “visión” es acecho lúci-

do a partir del cual nos construimos como un reflejo y lo primero que acechamos siempre es la mirada de un otro, el acecho ajeno; así aprendemos a acechar. En la visión no hay palabras, esa es una tarea posterior; en la visión hay emociones, movimiento de afectos que nos mueven, certezas irresistibles que nos muestran y nos definen, esa es su sustancia. En ella está la esencia de lo que somos y el germen de todo lo que podemos llegar a ser.

Cada uno toma de la realidad aquello que necesita, es decir, aquello que ve de entre todo lo que mira. Esa visión del mundo habla más de uno mismo que del mundo en sí y nos configura como reflejo de nuestra propia visión.

Sólo puede ver quien se ubica claramente en un sitio desde el que mira, límite de su mundo, y ese sitio nos es dado siempre por la mirada de otro, que nos coloca, que nos define, que le pone límite a un mundo y a partir de ese límite comenzaremos a ver. El bebé recién nacido que busca afanosamente la mirada humana es un ejemplo arquetípico de este proceso.

Hemos visto que a toda enfermedad la precede un maltrato, un maltrato que es sentido en lo más profundo de nosotros mismos, en lo que podemos llamar “identidad”. El primer sitio de esa identidad nos es dado por la mirada del otro; su falta, su ausencia, es la más profunda y definitiva forma del maltrato que nos privará de la cualidad esencial para configurarnos como criaturas sensibles, la “visión”. Cuando asistimos a esos casos de sida en los que la persona no logra rescatarse a sí misma de entre ninguno de los episodios de su enfermedad y termina muriendo, estamos autorizados a pensar que esa persona estaba previamente deshecha.

Deshecha por la indiferencia, por la ausencia de mirada que lo dejó definitivamente ciego e indefenso.

Una ausencia de mirada sostenida en el tiempo, ya casi institucionalizada, que en el tema sida explica la ausencia de todo discurso personalizado, de todo discurs-

so que fortalezca alguna identidad. No casualmente, los más afectados por el sida siguen siendo los “no vistos”: los pobres, los homosexuales, los adictos, las mujeres, los transgéneros, y actualmente con la más alta incidencia de infección, los adolescentes, destinatarios de una “edad” arquetípicamente señalada para el padecimiento.

El sida no es más que la reacción ante un dispositivo de poder que pretende perpetuar un estado de cosas perverso. Viene a recordarnos, como tantas otras enfermedades, que la conciencia de la propia identidad es el único destino humano y que todas las calamidades surgen al intentar entorpecerlo.

¿Cómo rescatar alguna forma de visión cuando no hemos sido vistos?

A veces esto es imposible, pero afortunadamente casi siempre se puede. Basta con que comencemos a pisar firme en algún terreno, sea este cual fuere, para poder empezar a mirar. Ese primer terreno firme, suele ser la enfermedad misma, no podemos partir de otro sitio que no sea aquel en el que estamos.

Cuando uno es maltratado, y la falta de mirada, de reconocimiento por parte del otro es el más profundo maltrato, debe “darse cuenta” de eso. Desgraciadamente quienes más pueden maltratarnos son aquellos a quienes más amamos o de algún modo necesitamos. Darse cuenta del maltrato que se sufre es, por eso mismo, un hecho doloroso y en función de evitar ese dolor es que, muchas veces, preferimos seguir soportando el maltrato. Al fin y al cabo, ser maltratado es una forma de ser visto. Comenzar a ejercer la “visión” es algo que, casi siempre, se emprende por obligación, algo nos empuja a hacerlo, en contra de nuestra voluntad.

Cuando el dolor espiritual del sufrimiento afectivo ha sido amordazado, cuando el dolor mental del sufrimiento psíquico ha sido silenciado; comienza a doler el cuerpo que expresa el maltrato con síntomas.

La enfermedad entonces nos hace padecer todo aquello que no pudimos llegar a ver, a compadecer con el espíritu o a comprender con la mente. En el caso del sida que viene acompañado del ultimátum de la “muerte”, esa visión del maltrato se hace angustiosamente pe-

rentoria, ya que hemos sido puestos en el más humano de los límites, el de la vida frente a la muerte. Cabría preguntarnos hasta qué punto hemos puesto el cuerpo por delante del espíritu y de la mente, para que al fin de cuentas, seamos de algún modo vistos, reconocidos por el otro a través de la enfermedad. El problema está en que en ello nos va la vida.

La “visión” del propio maltrato nos da ese primer suelo firme a partir del cual podemos empezar a mirar.

Hablo del “propio maltrato” en sus dos sentidos: maltrato que sufrimos y maltrato que nos infligimos, a nosotros mismos y a los demás.

Cuando no hemos sido vistos por el otro y hemos sufrido por ello, el primer paso en la “visión” es darnos cuenta de eso, y la única forma de hacerlo es viendo al otro tal cual es. Es siempre viendo al otro como comenzamos a configurar nuestra propia “visión”, viendo al otro podemos vernos claramente y podremos dejar de intentar fallidamente ser vistos a través de la enfermedad. Dejar de exponer un cuerpo sintomático como único discurso, frente a un otro que no nos ve porque nunca lo hemos visto.

Si aceptamos que el significado de la palabra “curación” es -tal cual lo dice el diccionario- “cuidado”, deberemos comenzar a cuidarnos para poder comenzar a curarnos, y la única vía hacia el cuidado, indefectiblemente, es la que nos aleja del maltrato.

Si seguimos mendigando la mirada de un otro a cualquier precio, la mirada de otro a quien nunca hemos visto realmente todo irá para peor. Si decidimos comenzar a ver a ese otro tal cual es, con nuestra natural capacidad de “visión”, veremos realmente qué podemos esperar que ese otro vea en nosotros y abandonaremos el vano intento de pedirle “peras al olmo”. También veremos que lo que no decimos sobre nosotros mismos, no existe, aunque exista, y el otro no puede adivinarlo. Sabremos entonces que debemos mostrarnos con palabras y con actos, en un pleno ejercicio del poder de la propia

identidad, sea esta cual fuere, abandonando el recurso regresivo del discurso sintomático. Seremos entonces, eficientes criaturas de la “visión”, de la palabra y del acto; seremos criaturas poderosas.

Visión, contagio y compasión

La posibilidad del contagio, el inevitable *tángere*, constituye el nódulo de la visión. Al fin y al cabo, sólo hemos de hacer consciente esa condición esencial de todo individuo y de toda comunidad; **no hay nada en una persona que no haya sido contagiado y, que a su vez, no sea contagioso.**

Hemos de sufrir en carne propia aquello que no advertimos en los demás, hemos de padecer todo aquello que no pudimos compadecer ni tratamos de comprender y de solucionar.

Hemos de padecer en el cuerpo todo aquello que nos negamos a compadecer en el espíritu o a comprender en la mente; el negarnos a la compasión (sentimiento espiritual), nos impide toda comprensión (ejercicio mental), y nos sumergirá directamente en la experiencia corporal; es decir, en la enfermedad misma.

Rechazar el contagio espiritual (compasión), nos hace imposible el contagio mental (comprensión) y nos sumergirá directamente en el contagio físico, en la enfermedad. Sólo re-conocemos aquello que de algún modo conocemos previamente, los seres humanos sólo somos afectados por aquello que tenemos en común, la “noción común” es la raíz de nuestra propia naturaleza humana. Evitar la compasión es la manera más rápida y efectiva para sumergirse en la pasión misma, es decir, en el propio padecimiento. Comprender implica acceder al concepto y todo concepto implica un afecto de dicha, sólo puedo comprender aquello con lo que me comprometo dichosa-

mente, con lo que comparto mi pasión dichosa, es decir, aquello que compadezco en la dicha.

Lejos de evitar el contagio, debemos tratar de contagiarnos lo más rápidamente posible y por la vía más segura, de todo lo que acontece; y esa vía segura es la compasión, la pasión dichosa con el otro a nivel espiritual, la comunión esencial.

Si no puedo sentir compasión, he allí la primera y definitiva causa de mi enfermedad y el principal motivo para orientar mi cura.

Si la pasión que sufre el otro no me mueve (emoción-compasión), es muy difícil que logre colocar la mente en el sitio adecuado para lograr comprender cómo piensa ese otro, cómo funciona su mente, qué le pasa. Es posible que me aproxime a ella a través de la teoría, experiencia ajena sistematizada en algún saber (si dispongo de conocimientos suficientes); eso es lo que hacen los buenos terapeutas. Pero el proceso de la curación, esencialmente especulativo y especular, se ve empobrecido. Se dirige, en el mejor de los casos, unidireccionalmente hacia el “paciente”, pero en el proceso, de nada se cura el terapeuta.

Si el que cura no se cura, se ha malgastado el cincuenta por ciento del proceso de la curación.

El poder en la cultura, impide y desvirtúa toda forma de la compasión, al extremo de llevarnos a no comprender en absoluto lo que esa palabra significa.

El poder en la cultura nos tiende trampas, y esas trampas se encuentran siempre en la relación que decreta entre los significados. Así, la palabra “compasión” se vincula a la palabra “lástima”.

Lástima viene de “lastimar”, por lo que podemos decir, en principio, que sólo puedo sentir lástima por aquel a quien previamente he lastimado, o alguien ha lastimado. “Lastimar” deriva del latín “*blasfemare*”, “decir blasfemias”, tomado del vocablo griego equivalente que significa “pronunciar palabras impías”. Podemos concluir rápidamente que la “lástima” es la consecuencia inmediata de un habla impiadosa.

La lástima es la consecuencia de haber lastimado con palabras; “agraviado, ofendido, difamado, herido moralmente.” Sólo puedo sentir lástima por aquel de quien he hablado mal, a quien he agraviado y ofendido con el habla. Siendo la lástima la consecuencia de un habla impiadosa, no hay allí compasión; es la consecuencia misma de un habla sin compasión, sin comunión dichosa.

La lástima es el síntoma que denuncia claramente la falta de compasión, y la falta de compasión es el origen de todo padecimiento. Al no compadecer, maltrato al otro con el habla, lo lastimo; y el “propio maltrato” es el origen de todo sufrimiento. La lástima es el síntoma que surge en mi espíritu para hacer consciente mi propia enfermedad, la impiedad, la falta de compasión.

Institucionalizada como está entre nosotros el habla impiadosa, no es de extrañar que la lástima esté “bien vista”.

Es así que la palabra “compasión”, vaciada de significado o neutralizada por significados antagónicos como “lástima”, deja de existir; actuando su ausencia como motor de toda enfermedad, individual o colectiva. La raíz de toda enfermedad, sea ésta cual fuere, está en la ausencia de compasión; cuando no compadecemos hemos de padecer. La impiedad es el motor de todo sufrimiento.

Habiendo partido de la palabra “paciente”, “el que padece”, el que es “pasible” (que puede padecer); comenzamos a vislumbrar su antídoto en la palabra “compadecer”, “el que es capaz de compasión”, de pasión dichosa con el otro.

La compasión, mecanismo del espíritu, es el antídoto más eficiente del propio padecimiento. Siendo el espíritu conciencia de la propia mente, su habla y, siendo la mente y el cuerpo, una y la misma cosa, no es de extrañar que lo que no hago consciente de la mente en mi espíritu, ha de expresarse en mi cuerpo.

Siendo la mente humana esencialmente una construcción común y plural, todo padecimiento “ajeno” está en ella, es también propio; eso nos hace a todos criaturas

capaces de compasión. El único trámite necesario es lograr una plena conciencia de la propia mente, nada después de eso ha de parecerse extraño o ajeno. Nada del otro podrá ser usado en su contra y seremos incapaces de un habla impiadosa, no concebiremos siquiera el concepto de castigo y estará ausente de nosotros toda lástima. Lo que no se logra compadecer en el espíritu se ha de padecer en carne propia.

El contagio que me enfermó es el mismo contagio que me cura. Sólo debo trasladarlo desde mi conciencia corporal (enfermedad), a mi conciencia mental (conocimiento) y a la conciencia de mi conciencia (espiritualidad, compasión).

Queda claro así, que la enfermedad no vino para matarme; más allá de que en la vida todo puede ser mortal.

El cuerpo enfermo es el último intento de la conciencia de hacerme “ver” aquello que mi espíritu y mi mente rechazaron. Compadezco con el cuerpo todo aquello que me he negado a compadecer con mi espíritu y a conocer con mi mente.

En el plano colectivo, la comunidad toda ha de verse influenciada, modificada y subvertida, por todo aquello que no comprende, compadece, contiene e integra; ha de atomizarse en las diferentes marginalidades que ella misma provocó. El individuo repite a la comunidad y la comunidad repite al individuo, se trata de dos versiones de la misma cosa, a escala diferente.

La “visión”, esa condición inicial y natural, y al tiempo, destino final de lo humano, sufre el embate del poder en la cultura, artífice de sus dos arquetípicos mitos; el individualismo y la soledad. Un ejército de personas -máscaras-, son adoctrinadas y entrenadas en la construcción y la defensa de sus ficticios mundos. Mundos que han de deshacerse frente al contundente devenir del acontecer, mundos que han de someterse al comparecimiento.

Hasta aquí hemos descrito el primer paso en el “sentir” humano, el que tiene que ver con el “darse

cuenta” y cuya sustancia es la “visión”. No casualmente este terreno queda relegado a poetas y místicos, como si no se pudieran emitir proposiciones lógicas al respecto. Los unos se le aproximan violando el lenguaje lógico, los otros, a través del dogma de la fe, del misterio.

Lo cierto es que la compasión, la piedad, el compadecerse, es el camino más económico y certero, más útil para evitar el propio padecimiento, en criaturas esencialmente plurales como somos las personas.

El abandono de la conciencia

La pérdida o el abandono de la conciencia es siempre la causa de cualquier enfermedad, cualquiera sea su forma de manifestación.

La enfermedad como pura sensación, ese relato redundante en el que solemos vernos enfrascados como enfermos, sólo puede sostenerse y perpetuarse si se nos impide acceder a algún significado verdadero.

Si el acceso al significado se produce, sea como fuere, la sensación desaparece, habiendo logrado su cometido, que es siempre el de advertirnos, el de anticiparnos, el de prevenirnos.

Me dirán ustedes que la enfermedad muchas veces no desaparece aunque hayamos arribado a su verdadero significado, y que el sufrimiento y el dolor se prolongan más allá de cualquier lucidez.

En principio, podemos acordar que encontrar un significado verdadero inmersos en la selva de confusión que es nuestra cultura, no resulta ser muy probable. Por otro lado, lo biológico, tiene sus claros límites y todos sabemos muy bien que esos fenómenos son reversibles hasta cierto punto a partir del cual parecen no poder revertirse. No obstante vale la pena decir que la biología hace gala de una plasticidad y una reversibilidad que nuestra cultura debería envidiarle. Nuestro cuerpo cura enfermedades sin que ni siquiera nos percatemos de ello, algunas dejan una huella química o radiológica que constituirá un posterior hallazgo médico. Todos los médicos conocemos casos bien documentados de regresión espon-

tánea de tumores malignos, de los que se hizo cargo el propio organismo con sus sistemas defensivos, contradiciendo todos los pronósticos. Lo que no sabemos, ni nadie sabe todavía, es cómo logramos hacer eso. La evolución no es otra cosa que una gigantesca danza de plasticidad, adaptación y cambio que expresa la enorme posibilidad de lo biológico en constante ejercicio de la vida. Por el contrario, la cultura se configura como un sistema que tiende peligrosamente a la rigidez y demanda de las personas un enorme esfuerzo para lograr modificarla.

Los fenómenos biológicos tienen plazos, como todo lo vivo; plazos que no coinciden en absoluto con los de los fenómenos culturales, instancias más o menos alejadas de la vida. Ese divorcio de plazos es el motor de una lucha que tiene desde siempre al ser humano como protagonista.

Producto de ese divorcio de plazos, lo biológico introduce cierta urgencia en la cultura, la enfermedad surge como un reclamo insistente y reiterado, expresado con la inmensa claridad de un lenguaje que la cultura se empeña en desoír. La enfermedad recorre un largo camino desde su reclamo inicial en tanto expresión del sufrimiento, hasta configurarse en esa entidad tardía que habla a los gritos, harta de repetir el mismo reclamo.

La enfermedad comienza siendo sufrimiento espiritual, irreconocible en nuestra cultura desde el momento en que ni siquiera tenemos claro qué es el “espíritu”. La enfermedad continúa siendo sufrimiento mental en una cultura que coloniza nuestra mente desde la más temprana edad y ubica allí a un “yo” que sólo trabaja para ella. La enfermedad termina siendo sufrimiento corporal, un gemido biológico que llega a ser un alarido, un funcionamiento alterado que termina siendo un órgano deshecho. Mucho se podrá decir sobre la manera en que esta secuencia está expresada, pero no creo que pueda alterarse la cronología de sus términos.

El “espíritu” no es otra cosa que el habla de la propia conciencia, es decir, las palabras articuladas

en frases que expresan a una mente, como explicación de las afecciones históricas de su cuerpo. Colonizada la mente por el poder en la cultura, instalado el “yo” como su testafarro y separada definitivamente de las afecciones históricas del cuerpo al que pertenece, el “espíritu” así abstraído, sólo puede hablar estupideces.

El cuerpo se enferma cuando el espíritu y la mente han fracasado en su tarea anticipatoria, cuando la cultura obliga a la persona a seguir poniéndose en el lugar del maltrato. Lo biológico, ligado a la materia, expresa el daño de la única manera que sabe hacerlo, alterando su funcionamiento y su estructura; el órgano enfermo, última expresión de un sufrimiento histórico, comienza a desmoronarse, a desestructurarse. Recién allí la medicina realiza su diagnóstico.

Todo este malentendido es un logro cartesiano, su “dualismo” que separa el alma (la mente) del cuerpo, hace posible la concepción del “imperio”. La mente, “imperio de las ideas”, ejerce su poder sobre el cuerpo, amamos nuestras ideas en contra de nuestros cuerpos, así la multitud, conjunto infinito de los cuerpos, soporta mansamente el poder del “imperio” y trabaja más para sostener su esclavitud que para alcanzar alguna libertad.

El poder de la conciencia

Despertar la conciencia es el objetivo de cualquier enfermedad, y su fisiopatología no es más que una secuencia de intentos fallidos al respecto.

El síntoma es una señal que aborda la conciencia de facto, sucede con la clara intención de advertirnos, de señalarnos algo; tiene un claro sentido como sensación y también un sentido como significado que no suele estar para nada claro. Lentamente aprendemos a escucharlo e intentamos aún comprenderlo. Si no se lo comprende, insiste y regresa con mayor intensidad.

Lo que llamamos fisiopatología de una enfermedad, con ese abuso terminológico que despliegan las ciencias, no es otra cosa que la secuencia de una cronología de señales sin interpretación correcta que regresan cada vez con mayor intensidad. Si hablamos de síntomas somáticos, se expresan a través de lo biológico que como tal sólo puede hacerse ver de dos maneras: a través de alteraciones de la función y a través de alteraciones de la estructura, generalmente en ese orden, aunque la división en sí sea arbitraria. Toda descripción de una enfermedad no es nada más que el relato de una sucesión de malos entendidos entre distintos lenguajes que no logran armonía entre sí. ¿Cómo armonizar lenguajes tan diferentes, en qué lugar de nosotros mismos cabe, si fuera posible, esa armonía?

Hablamos de lenguajes diferentes, de espíritu, mente y cuerpo; seguimos repitiendo la división cartesiana del mundo y al repetirla la perpetuamos. Creo que

es hora de comenzar a concebir la conciencia como ese substrato elemental y único por el que transcurre cualquier lenguaje, cualquier significado. Detenernos en el lenguaje en sí, sea mental, espiritual o corporal, puede ser un ejercicio interesante aunque implique el enorme riesgo de llegar a considerarlos una realidad en sí mismos. Esa concepción obliga, inexorablemente, a enfrentar esos lenguajes entre sí, poner a unos en contra de los otros, es decir, parcializar.

No hay nada mental que no sea espiritual y corporal al mismo tiempo, en tanto la mente es cuerpo y es espíritu, así como el cuerpo es mente y espíritu o el espíritu es cuerpo y mente. Demoler el dualismo cartesiano se hace urgente.

En algún lugar dijimos que la salud es la armonía entre los distintos estados de conciencia, armonía implica coexistencia en un plano de igualdad diversa. La primera tarea sería rescatar estados de conciencia que nuestra cultura decreta inexistentes. Cuando un síntoma se produce en un plano de mi existencia que ni siquiera considero posible, obviamente ese síntoma no será registrado, no existirá para mí. En esos planos inconcebibles de mi propia conciencia transcurre un habla temprana que la cultura me impide oír. Soy sordo a esas primeras etapas de la enfermedad que en tanto síntomas, advertencias, me previenen tempranamente. Lo interesante es comprender que no soy naturalmente sordo a esas señales. He sido ensordecido para no escucharlas.

Si recordamos ese primitivo estado de totipotencia que tan bien describe Spitz en su libro “El primer año de vida del niño”, comprenderemos que en principio somos seres inmensamente receptivos, una pura alma expuesta al mundo sin ninguna protección, un cúmulo de emociones en donde lo biológico y lo afectivo son la misma cosa. Desde el momento del nacimiento, y aún antes, la cultura nos aguarda para comenzar a introducirse en nosotros, para comenzar a separar, a discriminar, a signi-

ficar. Nuestra organización cenestésica, esa raíz biológica indiscriminada, legítima representante de la vida misma, nos acompañará siempre, aunque sus señales sean apenas un susurro inaudible ahogadas por la cultura. Existe allí una fuente de hablas singulares y plurales al mismo tiempo, singulares porque resuenan en mi propia individualidad, plurales porque se repiten en todos nosotros de igual manera en respuesta a su origen común en la vida, fenómeno plural hecho de circunstanciales singularidades. Esas hablas jamás enmudecen, sólo crece en su entorno un parloteo cada vez más estridente que las encubre y las enmascara, haciéndolas inaudibles. Basta con atenuar el parloteo, muchas veces cháchara redundante de nuestro propio “yo”, para que esas hablas comiencen a hacerse oír.

A tal punto nunca desaparecen que esas hablas son responsables de innumerables señales, expresiones de un saber profundo que pugna por expresarse. Todo el universo de lo intuitivo, que los animales conocen y usufructúan perfectamente, ha sido abandonado por nosotros en aras de certezas que pueden terminar siendo fuentes de error, o acaso toda certeza no termina dando origen a la incertidumbre misma.

Los conocimientos abrevan en las certezas, la sabiduría en cambio se nutre de la más profunda y abarcadora incertidumbre.

Las emociones, fuente inevitable de movimientos, reconocen su origen en esa primitiva y elemental sustancia que nos configuró y nos configura desde siempre, ese barro elemental que la cultura modela en infinidad de figuras diferentes. Cualesquiera sean los rasgos de esas figuras, por más exóticos que sean sus modales, por más incomprensible que nos parezca su aspecto, sus movimientos (sus emociones) surgen siempre del mismo lugar, de ese magma común y abarcador, de esa pluralidad fuente de todas las singularidades, de esa red inevitable que nos contiene y expresa, más allá de los caprichos de cualquier cultura.

Esa raíz, ese ancla enorme, pesada y poderosa, jamás nos abandona, siempre estaremos unidos a ella, y por más originales que sean las expresiones que logremos desarrollar de nosotros mismos, el punto de anclaje, la raíz, es una sola, siempre la misma, singular y plural al mismo tiempo.

Hemos hecho de los hombres seres tan “exquisitos”, seres tan refinados, seres tan capaces de materializar lo impensable, que en aras de esas criaturas (de esas creaciones) renegamos del barro elemental que nos configura y sostiene, único sitio del origen de nuestra eterna necesidad, la comunión, el amor, la compasión dichosa. Estas tres palabras están tan vaciadas de significado, tan bastardeadas y tergiversadas, que se hace urgente resignificarlas desde lo profundo de nosotros mismos, apelando a todas las habilidades que han logrado nuestras criaturas.

Sólo la conciencia de los hombres significa, pero poco o nada podremos significar si no reconocemos y habitamos una conciencia.

El sitio en el que los distintos lenguajes que nos habitan logran converger en un significado, no es otro que nuestra propia conciencia, universo de lo humano. Allí el lenguaje corporal es sentido y encuentra palabras, el lenguaje mental, hecho en sí mismo de palabras, encuentra significados y el lenguaje espiritual hecho de conciencia de sí, rescata conceptos, es decir, afectos, motores de lo vivo. La acción eficiente, aquella que nos da salud, es la resultante de la armonía de esos distintos lenguajes en un todo capaz de traducirlos a uno solo, unidad y multiplicidad al mismo tiempo, singularidad y pluralidad a la vez. Semejante milagro sólo acontece en el seno de lo humano, no hay otro sitio en el universo donde eso sea posible, he aquí la inevitable conclusión: **deshabitar la conciencia es renunciar a lo humano.**

El para qué de la enfermedad

Hay quien sostiene que las enfermedades no tienen un “para qué”, que postular tal cosa nos transforma en personeros de la culpa y el castigo que hacen recaer sobre el enfermo toda la carga de la prueba. Estas personas parecen no notar que ya ha caído sobre el enfermo toda la eficacia del castigo a través del diagnóstico.

Hablar de “para qué”, no es otra cosa que preguntarnos “con qué sentido”, entendiendo por “sentido” a toda posibilidad de verdad, y entendiendo por “verdad” a todo aquello capaz de acontecer.

No hay ninguna relación directa ni unívoca, entre el “para qué” de la enfermedad y la voluntad del enfermo. No es un “para qué” que surge del reproche, ni de la recriminación; es un “para qué” que surge de la búsqueda de un sentido en el acontecer, en la vida misma.

Siendo la enfermedad un hecho que indiscutiblemente acontece, no encuentro la manera de evitar el preguntarnos “para qué”. La otra opción, es concebir un acontecer azaroso, sin sentido, que nos es y será definitivamente ajeno, sometido a los dioses o a Dios. Siendo esta segunda opción la que promueve el poder en la cultura para perpetuar un determinado estado de las cosas, no debe menos que inspirarnos sospechas.

Nada acontece sin un sentido, sin una posibilidad de verdad. Lo que no tiene sentido, jamás acontecerá; es lo falso, el producto de un engaño. Si la enfermedad es de algún modo “verdad”, tiene que tener de algún modo “sentido”, posibilidad para esa verdad. Si la enfermedad

acontece, no está asistida por menos verdad que aquella que asiste a la salud misma.

Como la palabra “posible” surge de la palabra “poder”, es fácil concluir que quien se interroga por lo posible, se está interrogando sobre el poder. El interrogarnos sobre el “para qué” de nuestra enfermedad, no busca ninguna culpa ni ningún castigo; sólo busca poder.

También es cierto que la culpa y el castigo, como dispositivos del poder en la cultura, tienen el claro sentido de impedirnos lo posible, de sumirnos en la impotencia, es decir, en el error y en la imposibilidad.

Indefectiblemente, en la búsqueda del “para qué” de la enfermedad, han de surgir como recursos trillados y aprendidos, la culpa y el castigo. Resulta indispensable encontrarse con ellos para despejar el camino hacia algún poder saber, poder comprender y poder hacer.

Para quien ya está “enfermo”, el “por qué” de su enfermedad es una remembranza, un recordar lo acontecido y verdadero, un análisis del sentido que lo hizo posible. Un volverse “membrado”, un recuperarse del desmembramiento que hizo posible la enfermedad. Ese análisis del “por qué” hace irrumpir un “para qué”, un para qué del síntoma y de la enfermedad que nos permite acciones eficientes, es decir, algún poder hacer por fuera de ellos.

Lo posible para todo enfermo, que la culpa y el castigo pretenden impedir, es la “curación” o sea, el “cuidado”.

No concebimos un por qué, y menos aún un para qué del síntoma y de la enfermedad, no concebimos ningún significado personal, profundo y privado. De este modo, el discurso del enfermo, que como todo discurso sólo busca ser significado en la conciencia, es amordazado. Se construye así “la enfermedad”, carente de sentido, carente de sujeto, como una entidad en sí misma, “poderosa, azarosa, y mortal”.

Eliminado el sujeto, único lugar del significado, se perpetúa “la enfermedad” independientemente de

cualquier enfermo, a través del discurso fisiopatológico. Discurso sin sujeto que soporta, transporta, importa y exporta a la enfermedad.

Ese discurso fisiopatológico sostenido y enunciado por el médico, lugar de “la verdad”, se hace carne en el paciente oyente y obediente, que lo encarna sin concebir siquiera que puede no pertenecerle. Ese es el efecto del diagnóstico.

Encontrar el sentido es encontrar la posibilidad, es acceder al poder de todo lo posible. Es también reconocer lo falso, lo imposible, lo que nos quita poder, aquello que nos hace impotentes. Es, en resumen, encontrar la verdad -mi verdad-, el significado -mi significado- y la curación -el cuidado-.

Azorarse frente al enfermo que se pregunta sobre el “para qué” de su propia enfermedad, es rechazar el poder de un sujeto que se defiende de un “para qué” ya adjudicado a través del prejuicio, del castigo y de la culpa condensados en un diagnóstico.

“Sida”, “cáncer”, “tuberculosis”, “sífilis”, “lepra”, son palabras de la fisiopatología que pretenden nombrar el modo y la manera de sufrir y sentir de los seres humanos “enfermos”. Nada dicen sobre lo que les pasa, sólo nombran, y al nombrar crean una determinada “realidad”. La del castigo y la culpa condensadas en un diagnóstico. Nombran con nombres ligados al mito, al estigma, al pecado, que buscan afanosamente al sufrimiento humano para nombrarlo, para castigar el “error” del enfermo dándole un sentido, el de la culpa.

Interrogarse sobre el “para qué” de la propia enfermedad, es intentar desarmar esa trama macabra que el poder en la cultura nos hace tan verosímil. Desembarazarse del nombre adjudicado para nombrarse desde sí y para sí, alcanzando algún significado personal, profundo y privado. Alguna posibilidad de verdad que nos aleje del maltrato para permitirnos la curación, es decir, el cuidado.

Parte II

SIDA Y PODER

Sida y creencias, un poco de historia

Fijar con claridad cuáles son los resortes que determinan las prioridades de la investigación biomédica y la sostienen en el tiempo, es referirse ineludiblemente a los intereses de la cultura y a su curiosa distribución. Con respecto al sida, los intereses de las personas y los de la investigación científica sufrieron encuentros y desencuentros.

La introducción de la infección por VIH en un país del “primer mundo” fue sin lugar a dudas un factor definitorio en el inicio de la investigación biomédica, ya que el sida existía en África con antelación, sin que nadie se hubiera ocupado de identificarlo allí como una entidad clínica. En África la gente muere históricamente por alguna de las abundantes endemias que existen en el continente y que no ponen mayormente en riesgo al resto del mundo, que las mira sin verlas desde hace mucho tiempo. Pero los ciudadanos norteamericanos y europeos que hicieron punta en la epidemia de sida tenían la ventaja de pertenecer al “primer mundo”. También tenían la desventaja de ser homosexuales o bisexuales. Podrán esgrimirse todos los argumentos retóricos que se quieran en favor de la equidad científica, pero todos sabemos que tal equidad no existe, o no va más allá de la buena intención de algunos científicos, por lo menos en el actual estado de cosas. El poder heterosexual y patriarcal controla tanto a la medicina como controla a las otras ciencias.

La presencia del VIH en Norteamérica y Europa puso en marcha automáticamente los abundantes senso-

res que esos países tienen para detectar el peligro dentro de sus propias fronteras. No obstante, el carácter “marginal” que la cultura adjudicaba a los primeros infectados no contribuyó a generar urgencias en la investigación, mucho menos aún en el gobierno republicano comandado por Ronald Reagan. El tratarse de una enfermedad desconocida -aunque de ninguna manera nueva- desencadenó la vanidad y la competencia de una comunidad científica habituada a esas conductas. El desafío fue más académico que humanitario, y detrás de lo académico siempre está el mercado.

La competencia, el nacionalismo, la vanidad científica y los intereses económicos no tardaron en hacerse evidentes en el bochornoso juicio por la paternidad del virus, y la batalla legal por la propiedad surgió mucho antes de que se pudiera brindar alguna ayuda efectiva a las personas infectadas.

En los años ochenta la indicación médica frente a la infección por VIH era poco menos que inexistente, o hubiera sido mejor que así fuera, ya que las recomendaciones que se realizaban estaban basadas en creencias sin ningún sustento científico y que con el tiempo demostraron ser absolutamente falaces. Se le advertía al infectado o a sus familiares sobre el peligro de padecer infecciones a través del contacto con sus congéneres, sin que se pudiera especificar claramente cuáles, se lo inducía a evitar las aglomeraciones, los transportes públicos, los cines, es decir, todo contacto con los otros, se sembraba en el propio infectado el temor de que su prójimo lo infectara mortalmente. Paralelamente se difundía el peligro y contagiosidad de la infección de tal suerte que las personas viviendo con VIH/sida eran sistemáticamente abandonadas, inclusive por su entorno afectivo más cercano. Con el fomento del aislamiento “voluntario” o del abandono, se promovía el alejamiento del infectado de la población “sana”. Lo que primó, obviamente, en las primeras indicaciones no fue el escaso saber biomédico sino el abundante y antiguo miedo ancestral al contagio,

con las mismas e intactas capacidades discriminatorias de otras épocas presuntamente superadas y el médico presentaba como una indicación algo que no era más que miedo personal y colectivo. Era la época de la “Peste Rosa” o “del cáncer gay”, y de la ecuación “sida = muerte”.

El desconocimiento de alguna verdad induce a la cultura a la siembra de abundantes creencias, que enraízan y progresan muchas veces más allá del advenimiento de cualquier verdad.

Así, hoy en día, más allá de todo lo que hemos sabido y vamos sabiendo, esas creencias permanecen insertadas profundamente en nuestra sociedad y forman parte del bagaje de toda persona viviendo con VIH/sida.

¿Cómo se defendieron aquellos primeros infectados?

Los observadores lúcidos que seguían la evolución de la epidemia ya advertían entonces que las personas seropositivas al VIH tenían por delante tres opciones: acataban el mensaje sociocultural evolucionando rápidamente hacia la enfermedad y la muerte; negaban toda existencia del sida siguiendo con sus vidas como si nada pasara, o se enfrentaban a la realidad de la infección buscando conocer por propia voluntad su estado serológico con el que hacían frente a la realidad sociocultural desde la propia experiencia. Eran de algún modo tres grupos arquetípicos, y las personas se ubicaban en uno u otro según sus posibilidades o configuraban posturas intermedias.

La postura más frecuente en la población de varones homosexuales, gays y bisexuales (que luego se trasladaría a la población general) fue la negación de la realidad. Lo cierto es que “la realidad” que negaban no tenía nada que ver con la verdad de los hechos, tenía que ver con una “realidad” ficticia creada por la cultura a través de sus creencias y razones. De este modo la negación de las creencias fue un mecanismo de defensa útil, en los inicios de la epidemia, y lo sigue siendo aún hoy, aunque en un contexto muy diferente.

Es cierto que en todas las épocas fue muy difícil mantenerse al margen de las creencias y más difícil aún negarlas o enfrentarlas cuando uno se ve inmerso en ellas a través de un diagnóstico. La cultura tiene resortes poderosos para que sus leyes y dictámenes se cumplan. Las

personas, en general, fueron minuciosamente persuadidas de acatar las creencias con respecto al sida; a través del abandono familiar, de la pérdida de los afectos, el trabajo, la poca o mucha autoestima que tuvieran, las limitaciones en el ejercicio de su sexualidad, etc. Es una tarea titánica sostener el estado de salud en contra de un cúmulo de creencias impuestas en la comunidad y muy pocas personas dispusieron entonces de la energía suficiente para ello. Este es un dilema compartido por todos aquellos que soportan el diagnóstico de una enfermedad de pronóstico mortal. En el caso del sida se agrava por la contagiosidad y la vía de transmisión sexual. En aquella época la rápida muerte de las personas VIH positivas era más un triunfo del diagnóstico que la expresión de la evolución natural de la enfermedad, habida cuenta de la lenta progresión de la infección. Se montó un sistema perverso a través del cual se buscaba identificar a los infectados para que, indefectiblemente, cayeran sobre ellos todas las creencias sembradas en la comunidad. Si se tenía un trabajo, se temían los controles periódicos de salud a través de los cuales se realizaba el test de VIH sin consultar a la persona; si se buscaba un trabajo, el examen médico pre-ocupacional era un escollo insalvable. Si se requería atención médica, se temía la discriminación de los médicos y del personal de salud, tan inmersos en las creencias como cualquier hijo de vecinos. Ante toda intervención quirúrgica se realizaba el test de VIH atendiendo a un claro interés discriminatorio del equipo de salud, que se disfrazaba con un presunto celo preventivo sobre el paciente. El entorno afectivo se encontraba en serio riesgo ante la posibilidad de estar infectado por el VIH: padres, hermanos, parejas, amigos, sospechaban de hijos, hermanos, parejas y amigos. El abandono se hizo moneda corriente y en aquellos casos en que el infectado no fuera abandonado, era tolerado bajo una mirada “compasiva” que reforzaba cotidianamente su condición de moribundo.

Si alguien nos puede matar con facilidad es precisamente aquel a quien amamos.

Sobrevivir en esas condiciones era una tarea harto improbable y, con la excepción de aquellos casos poco habituales en que el entorno afectivo y laboral se comportaba contradiciendo las creencias imperantes, la persona viviendo con VIH/sida se encontraba en un callejón sin salida. El test de Elisa para VIH se transformó en el certificado de “buena conducta” que se le exigía a todo ciudadano para poder trabajar, atenderse en servicios de salud, someterse a cirugía e incluso para poder amar y ser amado. Los médicos como agentes de salud se transformaron en el resorte fundamental de un aparato policiaco, espías indispensables entre la intimidad de las personas y una comunidad discriminadora y persecutoria.

Inmersas en ese estado de cosas las personas que ya habían recibido su diagnóstico de seropositividad hacían lo que podían. En los inicios de la pandemia el enorme efecto del diagnóstico que generalmente llegaba junto con alguna de las enfermedades marcadoras de sida (tuberculosis, neumonía por pneumocystis carinii, toxoplasmosis, fibroangiosarcoma de Kaposi), daba muy poco margen de vida a los pacientes, para los que no existía tratamiento específico alguno. Lentamente, se fue instalando entre la gente la negación como mecanismo de defensa ante esta inabordable realidad, el sida era presentado como una infección pecaminosa, fruto del exceso y la “promiscuidad” propia de personas de vida “equivoca” que estaban destinadas a morir luego de una más o menos larga agonía. Esta descripción era el fruto de una lectura tendenciosa que hacía una comunidad inmersa en el miedo para lograr diferenciarse y rescatar algún lugar libre de riesgos frente a esta nueva e incontrolable enfermedad.

Junto a los homosexuales varones, primeros en manifestar signos de la infección, apareció un número importante de ciudadanos haitianos residentes en EE.UU., que mostraban signos de la enfermedad y que no eran homosexuales, ya que tenían familia e hijos en Haití. Esto descolocó y alarmó a los investigadores, no tanto porque

se preocuparan especialmente por los haitianos residentes en EE.UU., sino porque sacaba al “enemigo” de los precarios y tranquilizadores límites en donde se lo había logrado encerrar. Si los haitianos infectados eran heterosexuales, la infección dejaba de ser un problema de la minoritaria y marginal comunidad homosexual, pudiendo extenderse a la comunidad toda, y en especial a los varones heterosexuales de esa comunidad, indiscutiblemente sus criaturas más valiosas. La tranquilidad regresó rápidamente al alma de los investigadores al comprobar que aquellos varones haitianos eran trabajadores del sexo en contacto con la comunidad gay, y no vacilaron en catalogarlos de “bisexuales”, mostrando un absoluto desconocimiento de esta orientación sexual, que no está ligada a intereses mercantiles. Se trataba simplemente de varones heterosexuales que se prostituían para ganar dinero con el que mantenían a sus familias en Haití. La contundente realidad de los hechos se encargó muy tempranamente de mostrar que ese precario encierro de la infección en una comunidad marginal era una abstracción teórica, fruto de la necesidad de determinadas creencias tranquilizadoras frente a un enemigo poderoso. En lugar de comprenderlo, los investigadores ampliaron el lugar del precario encierro extendiendo sobre los “bisexuales” el concepto de grupos “de” riesgo. De este modo regresó la calma, y se mantuvo a salvo al valioso varón heterosexual.

El concepto del sida como una infección ligada a una orientación sexual diferente a la de la mayoría ya estaba instalado. Con él se comenzó a construir el monumental edificio de la negación que permanece intacto hasta nuestros días. La comunidad homosexual, inmersa en la realidad de la infección, no pudo mantenerse ajena a esa negación que por otro lado se le hacía indispensable, ya que de aceptar las creencias imperantes todos sus integrantes deberían infectarse y morir a la brevedad. Obviamente, moderado por innumerables matices, este era el mensaje instrumentado por las creencias en los inicios de la epidemia de sida en el mundo.

Los que se vieron ineludiblemente vinculados a la realidad del sida en aquella época tenían por delante pocas opciones: o adherían a las creencias alimentándolas con su propia enfermedad y muerte o les hacían frente sin esperar que nadie los apuntalara en semejante empresa. La opción de la negación frente a una realidad inabordable se hizo indispensable y fue elegida por la mayoría de las personas. Aquellos que alimentaron las creencias con su propio escarnio fueron románticos y trágicos protagonistas del “drama” del sida. Engrosaron las filas de las víctimas que comenzaron a contarse por millones en una cultura a la que le fascina vaticinar holocaustos, por supuesto sobre la base de muertes ajenas, **y no hay muerte más ajena, en nuestra cultura, que la de un homosexual.** En realidad, la muerte como final inevitable en cualquier cultura está permanentemente investida de ajenidad; siempre es otro, ajeno y diferente, el que se muere.

La herida de la comunidad

Habiéndose iniciado las primeras manifestaciones de la infección humana por el virus de la inmunodeficiencia adquirida en la comunidad homosexual, esta situación significó ventajas y desventajas con relación a la progresión de la infección y a la instrumentación de una defensa adecuada.

No es casual que la enfermedad se manifestara en un sector marginado de la comunidad, como lo era y sigue siendo la comunidad homosexual, obviamente mostraba un flanco expuesto de la humanidad toda, a partir del cual la infección se instaló entre los hombres. Todo sector de la comunidad que es marginado se debilita por esa marginación, configurándose en una “herida” que debilita a la comunidad toda.

El individuo repite a la comunidad y la comunidad repite al individuo, ambos son versiones de la misma cosa, a escala diferente. Así como hoy en día sólo es posible infectarse con el VIH a través de la sangre, el semen, o las secreciones vaginales, si y sólo si media entre esos fluidos y el huésped susceptible una puerta de entrada, una solución de continuidad, una herida en su natural estructura defensiva que permita el pasaje de una cantidad suficiente de virus que logre instalarse y reproducirse en el organismo; de igual modo el virus de la inmunodeficiencia sólo pudo atacar al hombre cuando la humanidad le ofreció algún flanco debilitado, alguna herida en su estructura, y ese flanco, como siempre, fue un sector marginado de la población. La efracción o la

herida en los tejidos defensivos es el flanco ofrecido por el individuo que permite la infección, al igual que una comunidad marginada es el flanco ofrecido por la humanidad toda que permite el desarrollo de una enfermedad. Esto resulta tan claro que es imposible no comprenderlo y aceptarlo si no media alguna interferencia malintencionada.

La comunidad homosexual, como otras comunidades históricamente marginadas, ha desarrollado estructuras defensivas exitosas, que puso en marcha ni bien pudo recuperarse del embate inicial de la infección. No obstante, cualquier comunidad, mayoritaria o minoritaria, marginada o integrada, repite con mayores o menores matices las taras de la cultura toda. Por lo tanto en la comunidad homosexual el mecanismo de defensa dominante fue también la negación, modulado y contrarrestado sólo a veces por un movimiento combativo y contracultural al que esta comunidad, por su carácter marginal, está habituada. En aquellos inicios de la epidemia las personas que comenzaron a ser señaladas como una población “de” riesgo tenían tres opciones: o aceptaban y confirmaban las creencias de las que eran objeto, o se les oponían en una lucha en la que debían inventar sus propias armas, o apelaban a la más absoluta negación de la “realidad”. Esto configuró tres grupos diferentes, que mostraron y muestran tres evoluciones distintas ante una misma entidad clínica, poniendo en claro que la modalidad con que se enfrenta la realidad de la infección por VIH es definitiva con relación a su evolución y pronóstico.

La medicina insiste en sostener que las distintas evoluciones de la infección por VIH están excluyentemente relacionadas con la capacidad agresiva del virus (su capacidad de producir enfermedad) y la mayor o menor capacidad defensiva del huésped, ligada a su biología y genética. Esta visión reduccionista nos presenta a un ser humano emergiendo de la cultura con una biología que se mantiene absolutamente al margen de aquella; es la

clásica división mente/cuerpo, que fue un hallazgo en la época de Descartes pero que hoy se evidencia, por lo menos, vetusta. No negamos la utilidad de identificar las características patógenas de las distintas cepas (familias) del VIH, tarea que nunca ha de finalizar ya que el virus muta (cambia) permanentemente. Tampoco le restamos importancia a los trabajos que tratan de determinar los factores biológicos o genéticos responsables de una mayor o menor resistencia al virus. Sólo tratamos de señalar la permanente tendencia del pensamiento biomédico hacia un reduccionismo en favor de la biología y la genética que le impide considerar, en un plano de igualdad, datos provenientes de otros pensamientos: el psicológico, el sociológico, el filosófico; ese reduccionismo sólo conduce hacia un callejón sin salida, que ni siquiera se hace evidente frente al lecho de muerte del paciente.

Infección por VIH con rápida evolución hacia el sida enfermedad y muerte del paciente

Estos eran los casos típicos al inicio de la pandemia, la infección invisible y asintomática, que recién se hacía evidente cuando provocaba la aparición de alguna de las enfermedades marcadoras del sida. En un principio no existía el test de detección de la infección y no había tampoco análisis que permitieran monitorear la evolución de la infección, el período de latencia más o menos largo transcurría invisible y en silencio hasta que la persona infectada manifestaba signos de la enfermedad. La inexistencia de un tratamiento específico (antirretroviral) hacía que sólo se pudieran tratar algunas de las enfermedades marcadoras del sida (como la neumonía, la tuberculosis o las micosis), pero, al no poder corregirse el deterioro inmunológico, única y verdadera causa de las infecciones, la enfermedad del paciente progresaba hasta la muerte. Las personas recibían el diagnóstico surgido a raíz de la aparición de alguna enfermedad grave; la ausencia de tratamiento alguno investía al diagnóstico con el único sentido de un pronóstico, en este caso mortal. La persona recibía el diagnóstico médico y quedaba inmersa en un entorno sociocultural que lo confirmaba a pie juntillas, aderezándolo con sus poderosas creencias vinculadas con el pecado y el castigo, tradicionalmente adheridas a toda enfermedad de transmisión sexual. En este estado de cosas era prácticamente imposible oponer alguna resistencia, y los casos de enfermedad, deterioro y muerte se sucedían y multiplicaban. No obstante, desde

los inicios de la epidemia hubo casos que se apartaron de ese cliché y fueron haciéndose cada vez más numerosos, aunque mantuvieron siempre un carácter minoritario.

Es para mí fundamental analizar las estrategias de esas personas que, viviendo con VIH, superaron el estigma del diagnóstico y pudieron sobreponerse a su entorno sociocultural, sorteando con éxito todos los pronósticos que vaticinaban su muerte.

La persistencia de las creencias

Lo curioso es comprobar que en la actualidad, a más de veinte años del inicio de la pandemia, un enorme porcentaje de las personas viviendo con VIH/sida, sigue accediendo al diagnóstico a raíz de la aparición de alguna enfermedad marcadora de sida. Esto habla de un alto porcentaje de fracaso en la **prevención secundaria**, que debe comenzar con la detección precoz de la infección, a través del testeo voluntario individual. Las primeras creencias instauradas en torno al sida, fruto de la ignorancia, la impotencia y el miedo, permanecen intactas fortaleciendo los mecanismos de negación de la comunidad toda y de cada uno de los individuos que sólo terminan aceptando la realidad del VIH cuando ésta se instala de facto a través del sida enfermedad.

En los inicios de la epidemia la negación era un mecanismo de defensa eficiente para las personas diagnosticadas como VIH positivas, en tanto las rescataba del ominoso mandato cultural de enfermar y morir. Pero implementar y sostener mecanismos de negación eficientes implica emplear una abundante cantidad de energía psíquica, que no se encuentra a disposición de cualquiera, sobre todo cuando aquello que se debe negar es un mandato cultural poderoso. Los que lograron implantar y sobre todo sostener mecanismos de negación eficientes sobrevivieron al mandato cultural, al estigma del diagnóstico y las creencias, pero por eso mismo, por haber sobrevivido, se vieron enfrentados, tarde o temprano, con la realidad de los hechos.

La infección por VIH, más tarde o más temprano, en la mayoría de los casos producía enfermedad. Quienes lograron, frente a una cultura que los daba por muertos, ir armonizando la indispensable actitud de negación inicial con algún criterio de realidad sobre la evolución “natural” de la infección por VIH, reemplazaron el poderoso refugio de la negación por un tránsito eficiente apuntado por información, conocimientos y razonamientos adecuados. Se fueron apoderando de un saber que en principio les era sistemáticamente negado u ocultado tras poderosas creencias. Este acceso al poder, al poder saber, al poder hacer, fue siempre la clave que garantizó algún éxito para el seropositivo al VIH, y por extensión, para cualquier enfermo.

Las creencias tienen algún sentido cuando intentan comprender y dominar alguna realidad desconocida e incontrolable. El sida irrumpe de facto en el mundo, a través de un creciente número de personas que enferman y mueren por una causa desconocida y en principio incontrolable. En torno a esta realidad, la trama social comienza a desplegar sus creencias en un intento de comprender y enfrentar esta situación inédita. Las creencias se construyen con lo conocido en un intento de darle alguna explicación a lo desconocido, y configuran un consenso numeroso generador de un enorme poder. Una vez instaladas, las creencias pueden sostenerse a sí mismas independientemente de cualquier realidad.

La ecuación “sida = muerte” transfirió sobre el sida el ancestral miedo a la muerte, pilar de la cultura occidental. La relación directa y unívoca entre el sida y la muerte tuvo y tiene un enorme efecto paralizador, al igual que en cualquier otra enfermedad de “pronóstico” mortal. **Pronosticar la muerte en occidente es la más certera y precisa forma del abandono, ya que la cultura nos pronostica algo que ha sido vaciado de todo significado; es lisa y llanamente, dejarnos sin palabras, sin posibilidad alguna de relato, fuera de la cultura misma.** El paciente es invadido por una angustia de muerte inmi-

nente inoculada por la cultura, sin que guarde relación con su verdadero estado de salud. Cuanto más “domesticada” esté la persona, cuanto más adaptada y sometida a la cultura se encuentre, mayor será la obediencia al mandato, mayor será su alienación en la cultura como subrogado de la vida misma, al extremo de morir por “obediencia debida”. En ese sentido el sida incide en el terreno más concreto de la propia existencia: el eterno dilema entre vida y cultura. Para sobrevivir al diagnóstico se hace indispensable contradecir a la cultura, o al menos señalar sus propias contradicciones respecto de la vida. De esta manera el sida se erige como un claro frente contracultural, dado que mucha gente que jamás hubiera osado contradecir a su propia cultura accede a hacerlo al ser puesta en el poderoso dilema de la vida o la muerte. Y de hecho, muchas personas habituadas a transitar su existencia desde una postura profundamente contracultural sobrevivieron exitosamente al sida.

Por otra parte, el médico es advertido sobre la “indefectible” muerte de su paciente y en consecuencia, se defiende de lo que considera su más temible fracaso. La manera que encuentra para defenderse de aquello que se le hace insoportable e inevitable es pronosticándolo; transforma una realidad frustrante en un omnipotente vaticinio: ya no es el paciente el que se muere, contradiciéndolo, sino que es él quien vaticina su muerte con un diagnóstico “certero”, reproduce activamente aquello que no quiere padecer pasivamente. Uno de los más eficientes aliados del sida en provocar la muerte de las personas infectadas, ha sido y es el prejuicio de los médicos que ven un moribundo en todo seropositivo al VIH. Esto es tan así, que si el médico no ha tenido una abundante práctica con personas viviendo con VIH/sida, no habrá aprendido de ellas que la ecuación sida = muerte es un asunto cultural y no un asunto biológico, que los mismos seropositivos se encargaron de contradecir, sobreviviendo al vaticinio del diagnóstico. Nadie escapa de la ecuación “sida = muerte”, a no ser que provenga de una

cultura extraña en donde esa ecuación no haya sido implantada. De tal modo, el primer tema a abordar en toda persona vinculada al VIH/ sida, sea como acompañante o como protagonista de esa problemática, es el tema de la muerte, el de la propia o el de la ajena en tanto vaticinio de ésta. En el caso de los médicos, se agrega a su problemática humana frente a la muerte, compartida con todos los mortales, su profunda deformación profesional, que los hace sentir que la muerte es un enemigo y que los hace vivir la muerte del paciente como un fracaso personal, e incluso al paciente moribundo como a un enemigo.

La adaptación, y aún más, la sobre adaptación al mandato cultural representó en los inicios de la epidemia y lo sigue representando ahora, un serio inconveniente para las personas viviendo con VIH/sida. En aquella época representaba, lisa y llanamente, enfermar y morir en breve lapso; acatar y cumplir el “diagnóstico-pronóstico” de enfermedad mortal dictado desde el saber biomédico apuntalado por poderosas creencias, muchas veces imposibles de resistir. El seropositivo al VIH estaba, desde el vamos, enfermo. No se hacía ni se hace aún hoy, diferencia entre infección y enfermedad, toda persona seropositiva al VIH es considerada una persona “con sida”, y lo que es peor, el seropositivo dice de sí mismo: “tengo sida”. El proceso colonizador del mandato cultural se ha cumplido a la perfección y la persona afirma sobre sí misma lo que se le indica que afirme, independientemente de toda conciencia personal. La infección por VIH es equiparada al sida enfermedad, y éste a la muerte, con lo que el diagnóstico de seropositividad se configura como una empujada e inevitable pendiente hacia la muerte.

El acontecer, fuente inagotable de verdades

Si consideramos a la cultura como una gigantesca y humana reacción ante los hechos, comprenderemos de qué manera estos la modifican permanentemente. El mandato cultural fue claro y se configuró meticulosamente durante los inicios de la epidemia; paralelamente a él, el continuo acontecer de los hechos fue dando lugar al escenario en donde transcurre ese tan humano duelo dialéctico entre la verdad y las creencias, entre el concreto acontecer y las pretensiones del poder en la cultura.

Al tiempo que se consolidaba el carácter epidémico de la infección por VIH y se confirmaban los pronósticos mortales del sida enfermedad, en medio de esa realidad apabullante comenzaron a perfilarse personas que contradecían esos comprobados vaticinios. El carácter estigmatizante del diagnóstico logró que quienes lo conocieran, lo mantuvieran oculto, y quienes lo desconocían, se refugiaban en la negación para evitar llegar a conocerlo. De hecho, una enorme cantidad de seropositivos al VIH resistían en silencio el mandato de enfermar y morir, mientras muchos lo cumplían meticulosamente. La figura del “sobreviviente de larga data” comenzó a configurarse desde los inicios de la pandemia, emergiendo con el correr de los años para representar un enigma de difícil explicación para el saber biomédico, dado que refutaba de hecho todos sus vaticinios.

¿Cómo fueron configurándose esos “sobrevivientes de larga data”?

Digamos en principio que el sida como enfermedad se fue manifestando en diferentes personas, cada una de las cuales mostró una evolución y un cuadro clínico distinto, si bien en todas ellas había factores en común que sostenían la idea de que se trataba de una misma enfermedad. Desde el inicio de la pandemia se identificaron dos cepas del VIH, el I y el II, y se señalaron diferencias en la evolución de la infección de acuerdo a la cepa responsable, sin que tales diferencias hayan sido comprobadas fehacientemente. Hoy en día las cepas son innumerables, dado el carácter mutante de este virus, y a algunas se les atribuye una mayor agresividad, pero estoy convencido de que la evolución de la infección no puede interpretarse de manera reduccionista en función de la patogenicidad (capacidad de enfermar) del virus responsable. Toda infección es un fenómeno complejo en el que intervienen un sinnúmero de variables que influyen en la evolución del proceso. El pensamiento biomédico se encuentra acechado por un permanente y poderoso espíritu reduccionista que lo orienta a esforzarse por decretar algún orden al que termina por arribar artificialmente luego de omitir un sinnúmero de variables. Aquí trataremos de esquivar el orden, por considerarlo poco menos que una fantasía, y nos sumergiremos en el caos, en donde todas las variables flotan a la espera de alguna interpretación.

En principio digamos que no se sobrevive al diagnóstico de la infección por VIH sin instrumentar algún me-

canismo de negación, ya que dicho diagnóstico implica la brusca irrupción de un cúmulo de creencias que atentan contra la vida misma. Digamos también que la negación es un mecanismo de defensa que implica un enorme abanico de matices, desde la negación maníaca a ultranza hasta la negación basada en poderosos fundamentos. Me animo a decir que, sea cual fuere su fuente, la negación es útil frente al diagnóstico de infección por VIH, y es de algún modo indispensable, en un principio. Sin embargo es muy difícil instrumentarla cuando de lo que se trata es de negar a la cultura misma, debido a que ésta tiene en nosotros y en todas las personas que nos rodean, poderosos aliados, que queriéndolo o no, atentarán contra todo intento de negación. Es por supuesto el médico quien menos nos ayuda en ese intento y es sumamente difícil encontrar uno que disponga de la suficiente prudencia y sabiduría como para no pretender someternos a su “buen” sentido y mine con conceptos verdaderos nuestros precarios mecanismos de defensa.

Toda persona enfrentada con el diagnóstico de seropositividad al VIH siente una profunda y conmoviente alarma, una alarma exageradamente intensa que no guarda proporción con la realidad. La primera tarea a abordar es ir apagando esas alarmas que suenan al unísono en todas partes confundiendo y abombando el entendimiento. Ninguna tarea que se emprenda, si no se ha realizado esta, puede llegar a buen puerto.

Lo que el seropositivo al VIH necesita con urgencia al enfrentarse a su diagnóstico, más que ninguna otra cosa, es una transfusión de tiempo. Acaba de ser atrapado entre dos muertes, la anunciada por el diagnóstico, y la real. Ambas están inusitadamente próximas por influjo de la cultura, debemos comenzar a separarlas nuevamente, a introducir entre ambas tiempo.

Eso se logra en primer lugar con un eficiente mecanismo de negación del mandato cultural de enfermar y morir, que pende como una espada de Damocles so-

bre la cabeza de toda persona que recibe el diagnóstico de seropositividad al VIH. En segundo lugar, requiere de abundante información correcta; información que transfiera un poder saber y un poder hacer, alejados de toda urgencia; información que funcione como un antídoto frente al poderoso veneno de las creencias inoculado en el momento mismo del diagnóstico. En tercer lugar, es indispensable para toda persona que enfrenta el diagnóstico de infección por VIH rescatarse del mito de la soledad, abandonar esa individualidad a ultranza a la que nos tiene acostumbrados nuestra cultura, recuperar un prójimo sin el cual es muy difícil que podamos seguir siendo personas.

Negar el mandato de las creencias, informarse correctamente y conocer a otros seropositivos al VIH, es una red de estrategias que nos garantiza éxito.

La Trampa de la Curación

Durante aquellos primeros años de la pandemia de sida en los que no existía ningún tratamiento específico contra la infección por VIH las personas seropositivas buscaban a tientas algún rumbo en el cual encaminarse en pos de alguna “curación”. Desde siempre el hombre fue “curado” por un algo o por un alguien ajeno a sí mismo en donde se depositaba la capacidad de sanación. Dioses o Dios, sanadores o curanderos, brujos, magos o alquimistas precedieron al médico en ese rol, y aún el médico actual conserva buena parte del enorme poder de aquellas antiguas creencias. Al no existir un tratamiento médico específico, surgieron intactas todas las creencias que llevan al hombre a depositarse en lejanías poderosas. El seropositivo al VIH se vio abandonado por el saber médico y su reacción ante los hechos es digna de análisis, sobre todo porque reedita viejas historias de la humanidad presuntamente superadas. Cuando las personas, creaciones de la cultura, son abandonadas por ésta y no hay mayor abandono en nuestra cultura occidental que el pronóstico de muerte, regresan antiguas criaturas que se pensaban ya extintas, resurgen intactas criaturas arcaicas. El pensamiento mágico sostuvo al hombre desde sus principios y lo sostiene aún hoy mucho más de lo que él mismo querría pensar, promovido por una cultura que siembra creencias y cosecha poder.

El miedo, sembrado desde una cultura que atemoriza con el vaticinio de la enfermedad y de la muerte, se convierte en el regente de un gigantesco clima de

incertidumbre, en el que quedan inmersas las personas sometidas a un azaroso “destino” frente al que la cultura misma les pretende vender los reaseguros.

Los inicios de la pandemia de sida dieron origen a un impúdico mercado de esperanzas envasadas en libros de autoayuda, en antiguas técnicas de oriente, en herboristerías varias, en aguas de Méjico, o en modernas técnicas de sugestión colectiva y manejo de grupos meticulosamente importadas de los EE.UU. Ese fabuloso mercadeo rindió y rinde sus frutos frente a un consumo que está lejos de disminuir, al tiempo que fue siendo reforzado por la más sofisticada versión del comercio en la salud, los medicamentos.

El mercado lo aprovecha todo, y hasta la enfermedad y la muerte se han transformado en un gigantesco embudo destinado a un fabuloso consumo. Antes de abandonar definitivamente nuestras culturas las personas somos esquilmadas meticulosamente por un gigantesco aparato al que recurrimos en búsqueda de ayuda.

El respeto por esa fabulosa criatura que es el ser humano, nos hace abstenernos de destruir con lucidez esas trampas mercantiles, siendo conscientes de que muchos de nosotros podemos estar aún presos en ellas, y confiando en que el ser humano logra a veces obtener nutrientes hasta del engaño, pero con firmeza no adherimos ni promovemos ninguna de ellas.

A pesar de renunciar voluntariamente a esa descomunal y orquestada oferta, no pensamos en absoluto que falten recursos válidos a emprender, es más, toda esa parafernalia no es otra cosa que una gigantesca cortina de humo para que no logremos ver lo que tenemos delante de las narices.

La aparición del Test de Elisa para HIV hizo posible el diagnóstico precoz de la infección y el seguimiento de los pacientes infectados, dando origen a una serie de vaticinios estadísticos de mayor o menor rigurosidad, en base a los cuales se pronosticaba el futuro del paciente. La posterior aparición de análisis de laboratorio que

permitían monitorear el estado inmunológico del infectado a través del recuento de células CD4 (linfocitos T) fue estableciendo parámetros entre los resultados de los análisis y la posibilidad de enfermar. Se logró establecer una relación bastante clara entre el número de linfocitos T CD4 circulantes por cada mililitro de sangre y el riesgo de aparición de alguna enfermedad marcadora de sida. La experiencia nos fue enseñando que el recuento de linfocitos T CD4 era uno de los parámetros de laboratorio más confiables para evaluar la posibilidad de enfermar del paciente seropositivo al VIH, siendo difícil que una persona con un recuento de CD4 más o menos alto (mayor de 300/ml) desarrollara alguna enfermedad marcadora de sida.

La actividad del hombre regida por el pensamiento siempre tuvo un carácter anticipatorio, propio de esa función psíquica, el hombre siempre buscó certezas en sus vaticinios, métodos más o menos seguros de predecir el acontecer. En el caso del sida la ciencia médica comenzó a realizar sus vaticinios en base a sus nuevos hallazgos de laboratorio como es tradición en su pensamiento aplicó un criterio reduccionista y parcial, concentrando en las cifras de laboratorio todos sus fundamentos para establecer un pronóstico. Ese criterio no está libre de intereses mercantiles, ya que cada análisis de laboratorio implica la utilización de un kit de reactivos fabricados por poderosas industrias multinacionales, configurando un gigantesco negocio. El hombre piensa, pero el poder en la cultura controla su pensamiento introduciendo allí intereses que no guardan relación con la búsqueda de ninguna verdad.

En su afán de reemplazar a la vida misma como parámetro de lo vivo, la cultura impuso sus indicadores, reduciendo a una cifra el grado de salud de una persona. Visto de este modo el disparate se hace evidente, pero eso no quiere decir que la cifra en sí carezca de valor, sólo significa que su valor es parcial y absolutamente relativo.

Puede haber un abismo de distancia, en relación a su pronóstico de enfermar, entre dos personas seropositivas al VIH cuyos análisis de laboratorio arrojan idénticas cifras.

Una persona con un recuento de CD4 de 150, que se encuentra contenida afectivamente, que ha alcanzado alguna toma de conciencia sobre su condición de infectado, que tiene trabajo, que disfruta de algún grado de felicidad, que dispone de información clara e inteligible alejada de toda urgencia alarmante, que entabla una cómoda relación con su médico basada en el respeto mutuo, y que ha logrado llegar a respetarse a sí misma, tiene un pronóstico diametralmente opuesto al de otra persona con un recuento de CD4 de 150, que ha sido abandonada por su entorno afectivo, que no concibe la posibilidad de hacer consciente nada en relación a su condición de seropositivo al VIH, que ha perdido el trabajo, que se siente desdichada, que carece de toda información útil, y que no siente por sí misma ningún respeto. La ciencia médica coloca a estas dos personas en una misma bolsa igualándolas en base a una misma cifra de laboratorio, a eso es a lo que se llama **reduccionismo**, una serie de argumentos tendenciosos que jerarquizan una parte de la realidad en detrimento del todo. No es este un problema exclusivo de la ciencia médica, las innumerables terapias alternativas que crecieron como hongos entorno del avance del sida, cayeron en la misma actitud, orientando la balanza en sentido opuesto. Negaron maníacamente todos los avances científicos de la medicina alopática condenando a las personas a renunciar a sus valiosísimos recursos. El resultado, por caminos opuestos, fue exactamente el mismo, las taras de la cultura, cualesquiera sean sus signos, terminan sofocando a la vida. Se trata entonces de rescatarse del influjo de todas esas taras, ese bagaje extraño que se nos impone, para ubicar a las culturas, sean cuales fueren, en el único lugar que les corresponde, el de instrumentos útiles para la vida humana.

El objetivo de todo reduccionismo es el de hacer desaparecer, borrar, una parte substancial del todo para que alguna otra parte o sector se imponga sobre él. Su objetivo primordial es hacer desaparecer el todo armónico y coherente para que alguna de sus partes logre protagonismo. El reduccionismo esconde, oculta la armonía del todo para que reine y legisle la parcialidad.

El hombre inmerso en creencias jamás logrará tomar distancia de su cultura como para poder usufruirla a su entero beneficio. La cultura está al servicio del hombre, cuando sucede lo contrario es porque se ha colocado el carro delante del caballo y toda marcha se hará imposible. Ante la consolidación de culturas que ponen en riesgo la vida de los hombres, las enfermedades como recursos de la vida se hacen cada vez más enérgicas en su sentido de denuncia de ese malestar. Quizás ese sea el caso del sida que golpea cada vez con mayor energía a una sociedad y una cultura que persiste en desestimar el verdadero contenido de su denuncia.

En los inicios de la pandemia, las personas infectadas eran enfrentadas de manera temprana y brutal con las creencias de su cultura. Quienes pudieron sobrevivir fue porque lograron desprenderse de esas creencias transformándose por ese sólo hecho en agentes contraculturales, los que fracasaron en ese intento alimentaron con su propia carne las creencias de su cultura, que como cualquier otra se alimenta de nosotros.

Si somos honestos debemos decir que enfrentarse a los profundos resortes que mueven nuestra cultura es una tarea titánica, ya que reacciona con inusitada rapidez ante cualquier conato contracultural.

El miedo

La mayoría de las personas que recibieron un diagnóstico de seropositividad al VIH coinciden en manifestar que sufren una profunda conmoción. Llevadas a discriminar cuál es la emoción que prevalece en esa conmoción, suelen manifestar una serie de sentimientos más o menos ligados a circunstancias personales que configuran un relato de lo que significó para ellos ese momento tan especial. Si se continúa trabajando sobre ese relato personal se arriba a la conclusión de que la emoción que prevalece e imprime el carácter de profundo impacto a esa experiencia es el miedo. El miedo como emoción, profunda, movilizadora y conmocionante y el miedo como sentimiento, infinitamente modulado por la cultura.

Nuestra cultura nos ha enseñado a aceptar al miedo como una emoción lo suficientemente clara en sí misma como para que sea obedecida sin comprenderla realmente, o como para que sea contradicha, que es una forma de obediencia. Esta estrategia le permite controlar nuestras vidas hasta límites inconcebibles. Nuestro lenguaje está lleno de frases hechas del tipo: “El miedo no es sonso” que inducen a obedecer ese sentimiento sin oponerle ninguna resistencia, como si todo movimiento inducido por el miedo fuera intrínsecamente útil y correcto.

Digamos en principio que el miedo es una emoción elemental de profunda raíz biológica, y como cualquier otra emoción, ligado a la vida misma. El animal humano es capaz de sentir miedo como cualquier otro

animal, pero en tanto humano, es decir, persona, construcción cultural, el miedo deja definitivamente de ser en él esa emoción unívoca que mueve automáticamente a la acción, para transformarse en un cúmulo de sentimientos meticulosamente cincelados por la cultura. En los animales las emociones actúan siguiendo una ley del todo o nada; si hay emoción, hay reacción; si no la hay, no habrá tampoco acción. En ese sentido está claro que la emoción es la raíz del movimiento de todo lo vivo. Pero el hombre es el único ser vivo que se transforma en un ser cultural, y allí las cosas cambian definitivamente. Esa transformación no es otra cosa que una permanente y constante modulación de sus emociones en sentimientos, por la sola intervención del lenguaje y los afectos. El hombre se ha alejado casi definitivamente de la vivencia de la emoción pura, que sólo se manifiesta en situaciones excepcionales y de ningún modo placenteras, entre las que se encuentran las primeras experiencias del infante ocultas tras las sucesivas envolturas culturales. Así, en el hombre el miedo se expresa como precaución, desasosiego, alarma, aprensión, temor, susto, sobresalto, sorpresa, terror, pavor, pánico, horror, etcétera. La emoción elemental ha sido modulada en infinidad de sentimientos que permiten una sutil y abundante gama de acciones y entre las que debemos incluir todos aquellos comportamientos que surgen de una actitud opuesta al miedo, como el arrojo, la osadía, la valentía, la imprudencia, etc., en donde habría una voluntad contraria al miedo.

Volvamos a la persona que enfrenta su diagnóstico de seropositividad al VIH: aquí el miedo que irrumpe es el miedo a la muerte, pero no ya ese temor vago apenas sugerido por nuestra cultura que lo tiñe de lejanía y ajenidad, sino la más concreta sensación de una muerte inminente que se desata sobre nosotros.

¿Qué es lo que hace que esa sensación sea tan vivida?

Obviamente es desmesurada frente a un papel que sólo dice: "Test de Elisa para VIH reactivo", y que nos informa de una seroconversión. Tampoco guarda nin-

guna relación con nuestro concreto estado de salud, que en la mayoría de los casos no nos señala ningún desajuste. La angustia provocada por el diagnóstico de seropositividad al VIH surge del certero impacto de las creencias en nuestro propio cuerpo. Pasamos de ser parte de "la gente que cree" a ser el concreto objeto de esas creencias. Pasamos de ser "cristianos" a ser un "Cristo". Repentinamente, tenemos que sostener con nuestra propia carne la creencia misma a la que adheríamos. Hemos caído en una trampa difícil de desarmar.

Si no se tratara aquí del concreto dilema entre la vida y la muerte corporizado en nosotros mismos, no habría lugar para angustias y urgencias. Evidentemente hemos sido puestos por la cultura en ese dilema; si adherimos a sus creencias, hemos de morir, sin embargo hay algo anterior a la cultura misma que nos impedirá tal adherencia o que por lo menos, intentará hacerlo.

Los seres vivos, humanos o no, estamos especializados en sobrevivir, es una ley de la vida que poco o nada tiene que ver con las leyes de la cultura, y que se hará escuchar muy a pesar de ella. Cuanto más sometidos a la cultura estemos, cuanto más fieles seamos a ella, cuanto más la confundamos con la vida misma, más poderoso será el efecto de las creencias y más intensa será la angustia de muerte que sentiremos.

El ser humano ligado a la vida y la persona ligada a la cultura medirán sus fuerzas; nuevamente David y Goliat combaten. En las estrategias de este combate se encuentran claramente expresadas las distintas posturas que adoptamos frente a la realidad de un acontecer, en este caso, la infección por VIH y el sida.

Si estamos alienados en la persona y en su personalidad, si esa es la única estructura que concebimos posible para nosotros mismos, las leyes de la cultura serán las leyes de la vida, y sus creencias serán la verdad. Cumpliremos meticulosamente con las creencias a las que adherimos, en este caso, enfermar y morir en breve lapso, o encarnar la enfermedad como un castigo mereci-

do haciéndonos cargo del lugar de víctimas que la cultura reserva a los culpables, o encarnar el rol de pacientes, curiosas criaturas que asumen la obediencia y la sumisión. Esta es la reacción de los individuos adaptados a su cultura que han sometido definitivamente su alma, su aliento vital y animal, a una mega estructura artificial y construida.

Si estamos alienados en una pura imaginación, renunciando a toda racionalidad, combatiendo con ella como si fuera el real enemigo, inauguraremos una postura que no deja de ser sorprendente en una persona, pero que no por eso es garantía de eficacia. Cada paso que demos demolerá a la persona, sumiéndonos en un cúmulo de emociones que no por ser auténticas han de poder instrumentarse, ya que, desgraciadamente no hay otra manera de instrumentar las emociones que no sea a través de la persona. Nuestro accionar, aunque pueda ser abundante, será errático, de marchas y contramarchas, una sucesión de impulsos y parálisis que nos quitarán toda eficiencia y consumirán un tiempo que, para toda persona viviendo con VIH/sida, se hace muy valioso.

Como siempre la verdad, concebida en forma de armonía, no puede hallarse en ninguno de los extremos de una dicotomía. No se trata de que la persona destruya al ser humano, ni de que el ser humano destruya a la persona; ese es un inútil combate, ya que si en algo consiste nuestra sacrosanta humanidad, es precisamente en el vínculo entre esas dos abstracciones. No somos realmente ninguna otra cosa fuera de ese vínculo, de esa frontera que une al pretender separar. La sustancia de ese vínculo son palabras: a través de ellas las emociones devienen sentimientos, pensamientos, razonamientos, que conducen a una acción eficiente, a un lenguaje verdadero o a una visión edita o inédita, destinados a expresar nuestra humanidad. También a través de ellas nuestros pensamientos, sentimientos y razonamientos confrontan permanentemente con ese universo sin palabras, ligado a la vida misma, al alma, que son las

emociones. Ese vínculo, ese lugar de tránsito, esa frontera que une y separa, no es otra cosa que la conciencia, responsable de toda nuestra presunta humanidad. El verdadero trabajo de los hombres se realiza allí, en su conciencia, único lugar de lo humano. Allí surgirán las emociones, expresión de lo biológico, de lo que no se puede decir, y se harán conscientes al ser moduladas por palabras en forma de sentimientos, versiones inteligibles de la emoción. De ellos surgirán los pensamientos y los razonamientos, preludios de la acción. La acción surgirá entonces de un armónico tránsito desde la emoción al razonamiento con el resultado de una inusitada eficiencia y una profunda autenticidad. Si renuncio a ese tránsito, a habitar ese lugar de metamorfosis y cambios que es mi propia conciencia, me excluyo de lo humano, la emoción se transforma en un puro impulso que mueve a la acción sin pasar por la conciencia, como en los animales. Actúo desde el alma, desde el ánimo, desde el animal. Nadie puede decir que eso esté mal, y menos aún que no sea honesto (no hay nada más honesto que el accionar de los animales, incluso los humanos), de ahí quizás provenga la incuestionable honestidad de los actos desesperados. Pero sí sabemos muy bien lo que nuestra cultura hace con la desesperación humana. Si no quiero encontrarme solo en ese lugar tan difícil, debo tratar de habitar mi conciencia, ese sitio singular y plural al mismo tiempo, donde todos los recursos de los hombres están a disposición de mi propia humanidad, donde lo plural converge en una singularidad, la mía.

El contagio

La palabra “contagio” atraviesa el sida. Las personas VIH positivas saben que contagian, se sienten contagiosas, y las personas VIH negativas temen ser contagiadas. Lo interesante es comprender que unas y otras, en tanto personas, son el producto de un minucioso, reiterado, permanente e inevitable contagio.

Desde siempre el hombre ha temido el contagio, esa transmisión que indefectiblemente se produce entre los seres vivos y que denuncia un substrato común ligado a la vida que los vincula mucho más allá de lo que para sus culturas resultaría deseable.

La palabra “contagio” deriva del latín “*tangere*”, que significa “tocar”, hacer contacto. Desde su raíz etimológica nos habla de esa inevitable condición plural y vinculante, esencia misma de cualquier comunidad.

Las personas nos contagiamos mutuamente todo; idioma, hábitos, costumbres, gustos, estados de ánimo, conocimientos, creencias, modas, y por supuesto, salud y enfermedad, todos ellos circulan entre nosotros como un hilo conductor que teje una inmensa red de la que inevitablemente formamos parte. La persona es esencialmente un producto del contagio y no hay nada en ella que no haya sido contagiado y que no sea contagioso. El fenómeno del contagio, forma inevitable del vínculo, es calificado como deseable o indeseable según resulte a los intereses del poder en la cultura.

La procreación no es nada más que un gigantesco sistema de contagio, una intrincada red, una estrategia

vital que garantiza el contacto entre los seres dotados de alguna individualidad; sin esa estrategia los individuos se dispersarían sin reunirse jamás. Que el material intercambiado sea genético y que su objetivo sea gestar la vida, procrear, no hace del hecho en sí algo menos “contagioso”.

Los seres vivos somos echados al mundo como pequeñas parcelas de lo vivo, se nos brinda ese pequeño y circunscripto albedrío de la “individualidad” en donde caben todas las fantasías y expresiones de la “libertad personal”. No obstante, la vida toma sus reaseguros y hemos de contagiarnos los unos a los otros, hemos de influenciarnos mutuamente en los sitios de contacto, hemos de transferirnos la vida y la muerte más allá de cualquier individualidad. El contagio es inevitable porque es el destino de lo vivo, es su finalidad y es su origen. Los seres vivos ya estamos, desde el principio, “contagiados” de esa condición plural y esencial que es la vida misma, que se extiende entre nosotros como una poderosa red sujeta por fuertes nudos de contacto (de contagio) y frente a la cual se desarrolla la cultura como una gigantesca reacción.

Es interesante comprender que el contagio garantiza y constituye el corazón del vínculo, aquello que de los unos queda en los otros, lo que de ustedes queda en mí y viceversa, es lo que nos ata, lo que nos contagia, conecta y vincula, aquello único que impide que los individuos salgamos definitivamente despedidos hacia el tan cultural mito individual de la “soledad”.

La cultura como gigantesca reacción ante los hechos pretende modular los vínculos de lo vivo, como si eso fuera posible, y se configura a sí misma como una desmesurada fábrica de límites, de fronteras, sin percatarse que el intento es intrínsecamente vano, ya que cada frontera es la definitiva configuración de un vínculo, de un contacto, de un contagio.

No hemos hecho otra cosa a lo largo de toda la humanidad que tratar de diferenciarnos mediante una

babélica tarea cuyo resultado ha sido, sistemáticamente, el contagio. Las culturas surgieron como baluartes de lo humano en distintos lugares y en distintos tiempos, sus anécdotas treparon hasta lo desmesurado logrando aspectos asombrosos del quehacer de los hombres. Debajo de esa desmesura, de esa parafernalia maravillosa, el ser humano insiste en ejercer su esencial pluralidad, su natural e inevitable tendencia al vínculo, al contagio.

Dicho esto, podemos comenzar a observar esta palabra de manera diferente y a analizar los destinos que la cultura le ha adjudicado.

Desde el antiguo “tangere” pasando por “contagium”, la palabra “contagio” ha sido relegada por el uso en el lenguaje a significar la transmisión de un ser a otro de todo aquello que no es deseable que se transmita. Fundamentalmente se refiere a la transmisión del agente “causal” de una enfermedad o de la enfermedad misma, y por extensión a la transmisión de ideas o doctrinas que la cultura considera perjudiciales, perversas o dañinas. Para que un vínculo sea catalogado de “contagio”, lo que se transmite debe ser considerado intrínsecamente “malo” o “perjudicial”.

Como en tantos otros ejemplos que nos brinda el lenguaje, una palabra que primitivamente describe un hecho o un acontecer, pasa a significar un juicio, un criterio de valor sobre el hecho en sí, una calificación. Es este otro ejemplo de cómo el lenguaje pasa de ser el “humilde” traductor de los hechos al “déspota” rector de una cultura. Sin embargo, el lenguaje guarda en sí mismo los documentos que atestiguan su metamorfosis, con la posibilidad de hacerse evidente en la conciencia de los hombres. Las palabras transformadas por la cultura en calificativos se convierten en las moduladoras de la acción humana, en las regentes de su emoción.

El sexo y la procreación son las modalidades del vínculo por naturaleza. La naturaleza se las arregla para que los individuos de sus distintas especies contacten entre sí, contacto garantizado por poderosas estrategias

biológicas que el individuo no puede resistir. De este modo el sexo se configura como el gran agente aglutinante de los individuos en aras de alguna comunidad, sólo el miedo lo supera como agente de cohesión en algunas especies, determinando su organización en cardúmenes, bandadas o rebaños en donde el principal objetivo es contrarrestar con el número la fragilidad individual no obstante en épocas de celo esa organización se modifica para facilitar el íntimo contacto entre individuos.

El sexo es en sí mismo contagio, en tanto modalidad por excelencia del contacto. Que después la cultura haya hecho de él un laberinto caprichoso en el que nos apresa y controla, es realmente otro asunto.

En la naturaleza el sexo es procreación, contagia vida que se multiplica a sí misma a través del contacto, un gigantesco sistema de reaseguro que los seres vivos poseen para no extinguirse y que está regido por poderosas leyes biológicas imposibles de resistir en un ambiente natural.

Pero hace ya tiempo que sabemos que al hombre no lo aguarda la naturaleza, sino la cultura, una construcción artificial de la cual es enteramente responsable y que posee leyes tan intrincadas como las naturales, imposibles de comparar y mucho menos aún de extrapolar. La cultura intenta con su permanente retórica persuasiva influenciar la conducta de las personas invocando estrategias de la naturaleza según le convenga, pero lo que nunca dice con esa retórica es que no existe nada más contra-natura que una persona.

Crear es criar, ya lo dice el diccionario, y criar es alimentar, nutrir, instruir y educar. No puede procrearse lo que no puede “pro-criarse”, alimentarse, nutrirse, educarse; a no ser que nuestro objetivo sea lanzar al mundo criaturas (creaciones) impredecibles con las que deberemos vernos cotidianamente.

El preservativo surge como un recurso, seguro y barato para restringir el contagio más habitual entre los hombres, la procreación. Se lo promueve como frontera,

como límite, como impedimento del contagio, cuando en realidad en tanto límite o frontera se constituye en vínculo, ya que nada separa un límite más allá de lo que une. El preservativo nos hace posible continuar con el contagio, con el contacto, seguir saciando el hambre que lo humano tiene por lo humano. Si el preservativo surge como límite del sida o de la procreación, el contacto se limita a un asunto de fluidos, esperma, secreciones vaginales, óvulos y genitalidad. En cambio, concebido como vínculo el preservativo hace posible el indispensable y verdadero contagio entre los seres humanos, que nada tiene que ver con la procreación, ni con la genitalidad, ni mucho menos aún con el sida; tiene que ver con el hambre de lo humano por lo humano, con la búsqueda del otro, del prójimo, de lo plural. No me pongo el forro para evitar contagiarme el sida, me pongo el forro para poder seguir contagiándome, para poder seguir saciando mi elemental hambre de prójimo, del otro, más allá del sida.

Si mi relación es puramente genital (la parte por el todo) el forro es frontera, sólo límite en tanto separa el íntimo contacto genital, el roce, los fluidos, el semen, las secreciones vaginales y eventualmente la sangre. Tal es el sentido con el cual se promueve el uso del preservativo en nuestra cultura. Si mi relación es con un otro de algún modo concebido como un todo (un sujeto), el forro es vínculo que me permite saciar un hambre inevitable, el único exclusivamente humano, el hambre de prójimo, de “semejante”.

Crear es criar, y criar es nutrir, el hambre que sacio me nutre, me crea, me cría y me contagia. Si me alimento de objetos (partes), soy un objeto; si me alimento de sujetos (un todo), soy un sujeto.

La concepción, en una pareja humana heterosexual, produce una profunda reflexión sobre el vínculo, ha habido un contagio que será definitivamente objetivable. Esa objetivación del vínculo existe siempre expresada en infinidad de matices más o menos sutiles, en tanto todo vínculo es inevitable e intencional contagio.

El contagio de la infección por VIH también crea un vínculo definitivamente objetivable. **Creo que el sida viene a recordarnos esa obiedad olvidada por una cultura que promueve un vínculo vaciado de sentido y significado, aséptico, es decir, sin contagio.** Quizás este sea el germen que, sembrado en el individuo, promueve el exterminio de la comunidad.

En realidad el quid de la cuestión no es el sexo, ni la procreación, ni la creación o la crianza; el asunto es el contagio, el inevitable “*tangere*”, que como condición esencial del individuo dará origen a la comunidad. ¿Qué queremos seguir contagiándonos los seres humanos?

Como una mítica advertencia, el contagio ha demostrado, una y otra vez, que no hay nada más inexistente que un hombre solo y que toda persona es el resultado de un contagio milenario consecuencia de su crianza (de su creación). A pesar de los insistentes intentos de una cultura que nos impulsa a la creencia en un “Adán” persona y nos convence de la existencia del “individuo”, el contagio se encarga de dramatizar nuestra más esencial pluralidad. A tal punto que es prácticamente imposible descubrir en nosotros alguna esencial singularidad, quienes creen poseerla no son más que acabadas víctimas de un mito cultural, que el contagio se encargará de deshacer.

Si lográramos comprender que se trata de algo inevitable ligado a nuestra esencial pluralidad, que somos producto del contagio y que lo seguiremos siendo, pondríamos en práctica acciones globales que impidan que la comunidad siembre en el individuo el germen de su propio exterminio.

La historia de la humanidad nos ha demostrado más de una vez de qué manera la sordera cultural ha obligado a la enfermedad, suprema forma de denuncia de la vida, a producir la muerte masiva como definitiva advertencia, colocando al hombre mismo y a su poderosa cultura al borde de la extinción. La epidemia de peste bubónica diezmó a la población del mundo inmersa en

una cultura que, lejos de comprender la denuncia, apeló al reduccionismo encontrando en la pulga de la rata negra a la “culpable” de semejante fenómeno. Esto resulta, para cualquier observador lúcido, un reverendo disparate, más allá de que pueda coincidir con alguna verdad. El motivo de la aparición de cualquier enfermedad se encuentra siempre en el maltrato al que son sometidos los seres humanos, en este histórico caso a ser obligados a convivir con ratas, más precisamente a vivir como ratas. Crear es criar, ¿Qué estamos dispuestos a crear, qué estamos criando? Lo que nos suceda no ha de ser otra cosa que la respuesta a estas preguntas.

En el caso del sida, la lente reduccionista de nuestra cultura señala al virus VIH como el culpable y al sexo como su vía de transmisión, como otrora hiciera con la *Yersinia pestis* y la pulga de la rata en relación a la peste bubónica. Cuando uno comienza a ver el todo, las partes se hacen ridículamente insuficientes para explicarlo. El sida ligado al sexo y al contagio viene a denunciar con inusitado énfasis la profunda alteración de los vínculos humanos que ha logrado y promueve nuestra cultura, y toda explicación reduccionista pretende ocultar esa denuncia. Supongo que queda claro que lo que quiero decir aquí no es que el VIH no sea el agente etiológico del sida, lo que quiero decir es que aquello que la medicina llama “agente etiológico” de una enfermedad tiene bastante poco que ver con su sentido, es decir, con su verdadero significado. La medicina nos atiborra de agentes etiológicos, agentes causales, noxas y enemigos, culpables de nuestra enfermedad, pero nada nos dice sobre el sentido de la enfermedad en sí, de ese fenómeno global y abarcador que tiene que ver con la vida y que jamás tolerará ser desmembrado en partes. Si lo hiciera, si nos señalara su sentido, tendría que hacerse eco de la denuncia que interpela a la cultura con la que comparte el poder.

Nada que suceda entre los hombres carece de sentido, y menos aún la enfermedad. En la vida no existe el sin sentido, más allá de lo que nos quieran hacer creer.

La visión

Cuando uno comienza a ver el todo, las partes se desvanecen, pierden definitivamente sus contornos, comienzan a carecer de entidad y aparecen apenas como gestos, posturas, perfiles de ese todo armónico y coherente. Cuando se logra esa visión panorámica uno se rescata de cualquier parcialidad y cuando atiende a algún gesto, a alguna parte, lo hace siempre e indefectiblemente en función del todo. Los sistemas tambalean como reemplazantes artificiales de algún todo y comenzamos a acostumbrarnos a ese caldo amenazante regido por turbulencias que siempre subyace al acecho de todo orden.

Esto es lo que se conoce como visión holística, totalizadora y no es el resultado de complejas y avanzadas teorías, más allá de que las formas modernas del pensamiento apunten claramente hacia ella. Es un descubrimiento casi inevitable hacia el que el hombre avanza.

La visión del hombre está limitada, sometida a permanentes y reiteradas reducciones de su campo visual que, con la excusa de agrandar las partes para hacerlas inteligibles, deshacen un todo, claro y permanente sostén de esas presuntas partes. El mecanicismo reduccionista entroniza las partes a tal extremo que el todo no existe hasta no ser desmantelado en abstractas parcialidades.

Hemos reducido al ser humano a una persona, con lo cual entronizamos a una de sus partes convertida en protagonista de un todo bizarro y ficticio. Ni siquiera a la persona la tomamos como un todo, continuamos nuestro juego divisionista hasta deshacerla en infinidad de par-

cialidades; hábitos, costumbres, conductas, aspectos, sexos, edades, estados de salud, con los que calificamos en nuestro reduccionista intento de explicar el todo.

Hemos reducido el sufrimiento de los hombres a enfermedades y estas a órganos, tejidos y células enfermas, buscando desenfrenadamente la partícula fundamental de nuestro propio sufrimiento fuera de nosotros mismos, en seres elementales o en elementos a los que llamamos agentes etiológicos, enemigos foráneos siempre culpables de lo que nos pasa.

Hemos reducido la comunidad a un conglomerado de individuos para luego hacer caer sobre ellos nuestra ley, que no es otra cosa que un descomunal (sin comuna), injusto y hambriento sistema de castigo, que permite que la comunidad doblegue, someta y lastime a las criaturas a las que ella misma da origen y pone en movimiento.

Hemos reducido la potencia común, motor elemental de lo vivo, al accionar de algunos poderosos, ubicándola allá lejos renunciamos a ella cotidianamente, alimentando los hechos que padecemos.

Hemos reducido al ser humano, expresión suprema de la pluralidad, a un hombre solo, que asfixia definitivamente su alma, esencia de lo plural, en el poderoso mito cultural del individuo.

Cuando comenzamos a ver el todo, el todo se hace presente de manera contundente y ya definitiva. En realidad no hemos inventado nada, sólo hemos descubierto (develado) lo que siempre estuvo allí, oculto tras un velo poderoso. Como las grandes cosas, termina pareciéndonos una desmesurada obviedad, y no podemos comprender cómo no la vimos antes.

De lo que aquí se trata es de intentar mostrar la estructura del velo que en nuestra cultura oculta permanentemente. La modalidad de mirar enseñada para que no veamos mantiene oculto ese todo. Nuestra “especie” termina siendo el resultado de nuestra “mirada”.

Intuir la existencia del velo, tratar primero de verlo para luego intentar rasgarlo y a partir de allí ac-

ceder a un universo nuevo (y muy viejo), es motivo suficiente para cualquier vida humana. Motivo indispensable hoy en día, en que la vida de los hombres transcurre vaciada de todo sentido y motivo indispensable también, ya que la única tarea que “naturalmente” le corresponde al hombre es la de hacer consciente un todo que lo trasciende y justifica, y que sólo él puede intuir. No encuentro otro motivo para sostener a toda la humanidad.

Cuando comenzamos a ver el todo nos sentimos relativamente perdidos, el universo de las partes en el cual nos movemos con tanta naturalidad comienza a desvanecerse como las imágenes de los fuegos de artificio y vamos perdiendo todos y cada uno de los parámetros, de los mojones, de las señales indicadoras que orientaban nuestro deambular entre parcialidades. Cualquier cambio brusco en el aspecto del paisaje nos produce alarma y, repentinamente, no sabemos en dónde estamos. Esa es concretamente la primera visión del todo, la de un “algo” sentido como verdadero pero que no se atina a comprender, la visión de la duda y la incertidumbre, fértil terreno para la existencia humana pero al que no estamos para nada acostumbrados.

La alarma no guarda relación con la visión en sí, sino con lo inédito de la visión. Nos alarma lo diferente, lo distinto que se nos ha hecho, repentinamente, el mundo cotidiano. Hay allí algo de lo siniestro, de lo desconocido que irrumpe bruscamente del seno de lo conocido y nos atemoriza.

Cuando uno comienza a ver el todo, se hace difícil ocuparse de las partes, que se van desvaneciendo, pierden jerarquía. Uno abandona poco a poco y definitivamente el señuelo de la parcialidad, y se da cuenta (siente) que esa parte encuentra en el todo su sentido más armónico. Por eso se hace difícil hablar del sida (como de cualquier otra “enfermedad”) cuando son presentadas como un todo en sí mismas. Se descubre instantáneamente la mentira, la mentira reduccionista de la cultura, y uno comienza a rescatarse de ella. No es esta,

en absoluto, una tarea fácil, pero es cierto también que resulta indispensable. Quienes logran intuirlo, trascienden el mito de su propia enfermedad, abandonan la enfermedad como propiedad, para ubicarla en el lugar de la vida, ese recurso plural y abarcador que nos tiene como circunstanciales protagonistas y del que nadie es dueño o propietario. Logramos ir más allá de nuestro propio sida, hacia una visión más completa en donde el sida aparece como un pequeño gesto de ese todo armónico y coherente que lo hizo posible, de ese magma de contagios.

El trabajo y el efecto terapéuticos son desde esta óptica una modalidad del contagio. Curar es cuidar y cuidar es contagiar salud, no ya esa salud retórica y taimada a través de la cual la medicina se asegura futuros enfermos, sino la salud como fuente de poder, poder saber, poder entender, poder hacer. Sólo podremos curar (cuidar) si hemos alcanzado alguna forma de esa virulenta, corrosiva y poderosa salud y encontramos la manera de contagiarla.

La vida es una propiedad común, un condominio, y su proliferación o su extinción dependen de acciones comunes, comunitarias, aunque se refieran a la vida de un solo individuo. La vida como entidad abstracta no existe, sólo se expresa en cada uno de los seres vivos que la representan y justifican. Aquello que hagamos con cada ser humano lo estamos haciendo con toda la vida. Un solo hombre solo es un mundo desierto.

La curación

Si adhiero al pensamiento mecanicista y reduccionista de la ciencia médica actual, cosa difícil de resistir, aceptaré la plausible idea de que existen enfermedades y que cuando hablo de curación me refiero a la curación de las enfermedades. Pero la misma ciencia médica ha dicho (y lo dicho, dicho está), que no existen enfermedades sino enfermos. Por lo tanto la tan mentada curación no puede referirse a una enfermedad, dado que es un fenómeno subjetivo, supeditado a un sujeto que jamás podrá ser reducido a una enfermedad. No se curan las enfermedades sino los enfermos.

Si recurrimos al lenguaje y sus significados, la situación se hace mucho más clara. “Curar” significa “cuidar”, y no se cuida a las enfermedades sino a los enfermos. Sin embargo, la medicina se ha transformado en un gigantesco sistema que cuida a la enfermedad como recurso indispensable para sostenerse a sí misma, con la casi definitiva pérdida de su sujeto. Si “curo” enfermedades, “cuido” enfermedades; es decir, las alimento, las sostengo y las mantengo como recursos que justifican todo mi accionar, soy un agente de la enfermedad aunque me disfrace de sanador.

La medicina dispone de conocimientos harto suficientes como para entender que la enfermedad siempre es un fenómeno histórico, y que aquello a lo que llamamos “enfermedades” no suelen ser más que pequeñas anécdotas que jalonan nuestra existencia y que son sólo comprensibles en función de ese continuo histórico.

Así la salud, la sacrosanta salud, termina siendo un sistema que garantiza la sistemática, periódica y anecdótica enfermedad.

En aquella prolongada época en que el saber biomédico no ofreció ninguna “curación”, en los inicios de la pandemia de sida, nos movíamos en un caos angustiante, aunque también dueño de la enorme fertilidad de cualquier caos, que amenaza desde su turbulencia la génesis de un nuevo orden. Una pléyade de personas amenazadas de muerte pero aún dueñas de abundante vida se lanzaron a la búsqueda de algún conjuro, de alguna verdad diferente de las creencias imperantes. La búsqueda se topaba diariamente con la posibilidad de la propia muerte y con la realidad de la muerte ajena, se trataba de la más concreta experiencia de sobrevivir, alquimia de la que el hombre ha sido apartado por la cultura.

No hay para la cultura nada más temible que el enigma, la incertidumbre con su inusitada capacidad de corrosión. Esa horda de enfermos “terminales” no era nada más que la dramatización de toda la humanidad enfrentada a su obvia mortalidad; aquello que la cultura occidental se había obstinado en ocultar estaba sucediendo de facto, a ojos vista, y amenazaba con arrasarla con el más vital de los recursos, la muerte misma.

Pero si la vida es poderosa, aunque más no sea a través de su mortal recurso, la cultura humana también lo es y despliega sus potentes armas para sostenerse a sí misma.

Cuando el sida comienza a quebrar barreras, fronteras y límites culturales, amenaza un orden que nadie quiere cambiar. Cuando abandona el dócil sitio de la endemia africana para denunciar la enfermedad del vínculo humano, sólo dramatizable con el contagio, amenaza con imponer una nueva verdad que arrasará creencias, es decir, culturas. Esa verdad ya ha sido impuesta, las creencias están siendo arrasadas, pero la cultura todavía resiste ante un acontecer que no le gusta.

El sida sólo ocupa a la cultura cuando la amenaza, cuando acecha sus reductos de poder.

La cultura siente urgencia por acallar la eficacia de una denuncia que la hace tambalear, de domesticar a esa bestia irracional que avanza indiscriminadamente señalando lo prohibido para transformarla en una dócil criatura. En realidad la “idea” es conservar al sida, como todo lo que conserva la cultura, domesticado a sus intereses. Volver a ubicarlo en los limitados corrales donde, antes de la pandemia, la bestia pastaba mansamente.

La muerte es la suprema denuncia al servicio de la vida, hace evidente las leyes de esa vida, que en el caso de los hombres, la cultura pretende reemplazar con las suyas. El hombre ocupa un lugar entre ambas; que lo hace carne del vínculo, de la frontera y lo involucra en la ardua tarea de armonizarlas.

La conciencia es un quehacer para-cultural que el hombre encara a su propio costo y riesgo; un costo y un riesgo agigantados por una cultura que no la fomenta ni favorece, habida cuenta que de ahí puede surgir el germen de su modificación y definitivo cambio.

El virus de la inmunodeficiencia humana es identificado como agente etiológico del sida, y la industria farmacéutica produce drogas que impiden su multiplicación en el organismo. Las personas infectadas por el VIH ya no enferman de sida, pero el contagio permanece, aumentando cotidianamente la incidencia de la infección ya que la enfermedad del vínculo humano sigue intacta a pesar de los antirretrovirales, sin que se atiendan ninguna de sus denuncias y agravada además por discriminación, miedo e ignorancia. Momentáneamente la cultura ha triunfado en la supresión de la más alarmante de las denuncias, la amenaza de muerte ante las puertas del poder. La muerte regresa hacia sus sitios históricos desde donde es útil para revalorizar la vida a distancia, y se acantona en torno a la pobreza y la marginalidad, lugares que la cultura ha decretado inevitables. El efecto neutralizador ha funcionado una vez más para que nada cambie y paradójicamente las personas le agradecemos esa neutralización. El sida volverá a ser lo que siempre

fue en África, el basurero que recoge los cadáveres de seres humanos diezmados por la discriminación, la pobreza, el hambre, la ignorancia, el abandono, la malaria, el cólera, la tuberculosis, la peste bubónica, la lepra; todas enfermedades que nuestra medicina hace tiempo que puede “curar”.

Pasamos del caos angustiante, acabada dramatización de la supervivencia, a una calma chicha que pretende encubrirlo todo, haciendo desaparecer el objeto mismo de alguna conciencia. De pronto, todo está bien, todo está en calma, la denuncia ha sido silenciada. Ya nadie muere de sida.

La ciencia, poderoso aliado de la cultura, la secunda en su intención; es muy capaz de hacer otras cosas, pero por ahora no puede, su alianza en el poder se lo impide. Los antirretrovirales prolongan indiscutiblemente la vida de los infectados por el VIH, quienes son “rescatados” del lugar de la angustia y la supervivencia para ser encarrilados nuevamente en esa forma de la duración que la cultura nos inculca como la vida misma.

La inmensa denuncia del sida como poderosa pandemia que nos amenaza con la extinción se silencia con la toma regular de medicamentos. El medicamento, como poderoso auxiliar que la ciencia ofrece para mantenernos vivos se configura en obturador de todo pensamiento; ya no se hace urgente pensar, porque ya no moriremos. Ya no debemos pensar: “¿Qué es la muerte?”, “¿Para qué vivimos?”; sólo debemos ingerir regularmente una medicación (aquellos para los cuales esa medicación es accesible) y seguir adelante con un rumbo que se diferencia poco del que nos llevó a la infección.

La enfermedad como poderosa denuncia a favor de la vida es amordazada por la cultura, que considera su gran triunfo el “vencer” a la muerte. Sin embargo, a veces no hay manera más perfecta de la muerte que seguir viviendo. En ese sentido nuestra cultura, nuestra gran civilización, abunda en ejemplos.

No hemos hecho otra cosa que amordazar la denuncia que la vida instrumenta a través del sufrimiento humano, la hemos reducido a enfermedades, bizarras abstracciones de un continuo, hemos “curado” esas enfermedades, las hemos “cuidado” para que sigan existiendo al servicio de una cultura que distribuye la salud aliada al poder y destina la enfermedad como un recurso para limitarlo. Así la salud y la enfermedad brotan y prosperan de acuerdo a un curioso mapa que no es otro que el de la caprichosa distribución del poder. Cuando la vida demuele las artificiales fronteras de ese mapa, la cultura tiembla, porque se ataca la fuente misma de su sostén y su orden, en aras de algún caos amenazante.

La enorme tarea es sostener la visión del caos, alarmante pero imprescindible, del que surgirá algún nuevo orden. Si es que concebimos ese surgimiento como algo indispensable y al caos mismo como fuente de la vida.

Curarse es cuidarse, atender a ese cuerpo que es cárcel y definitiva forma de toda libertad. No obstante el cuerpo está cambiando y la más clara expresión de ese cambio es su nueva e inédita forma de enfermar. El cuerpo ensaya lenguajes inéditos que para ser interpretados requieren nuevas formas de pensamiento, maneras inéditas del cuidado, de la curación. A lo largo de toda la humanidad no hemos hecho otra cosa que ensayar nuevas formas de la enfermedad, lenguaje ligado a la vida que le habla a la cultura. En tanto la cultura permanezca sorda, la palabra se transforma en alarido, y luego en silencio. No ya el silencio fruto de la comprensión y la conciencia, sino ese silencio producto de la mordaza que obliga a que el grito se prolongue en un sonido gutural, en un quejido sordo que modula un nuevo idioma, una nueva enfermedad.

Los enfermos gozan de buena salud

Vimos que toda enfermedad denuncia un maltrato. A veces no es nada fácil comprenderlo, pero el sida, de carácter pandémico y pronóstico mortal, es una alarmante dramatización de ese maltrato, como aquellas otras que la humanidad suele implementar cada tanto. Su ubicación cronológica en el fin de siglo acentúa inevitablemente el carácter de denuncia ante el “fin de la historia”. Quiérase o no, nada será igual a partir del sida; quiérase o no, nunca nada es igual.

La cultura pretende cubrirlo todo con esa pátina “tranquilizadora” que logra que nos acostumbremos a cualquier atrocidad. Las generaciones se renuevan y la mente de los hombres olvida.

La industria farmacéutica ha producido poderosos medicamentos que impiden la multiplicación del VIH en el organismo humano, con los que se evita el sida enfermedad.

Estos medicamentos de altísimo costo que, lejos de disminuir se incrementa con cada nueva droga lanzada al mercado, no están disponibles para todo el mundo. Están restringidos a aquellos países cuyos gobiernos los compran para distribuirlos en la población, y al criterio que empleen en esa distribución. La curación concebida como la administración adecuada de medicamentos ha devenido en instrumento político, es decir, en una herramienta del poder.

Hoy en día, una persona infectada por el VIH en tratamiento, consiste, en el mejor de los casos, en un

individuo que recibe y consume regularmente tres anti-retrovirales compatibles, es decir un “cóctel” completo. En el caso del sida, como en el de cualquier otra enfermedad, la terapéutica se limita a entorpecer de algún modo los mecanismos que la enfermedad pone en juego, en este caso a impedir la reproducción del virus. La medicina combate con los mecanismos de la enfermedad y en ese sentido ha logrado enorme eficiencia, neutralizando en muchos casos su avance. Pero en relación a sus causas ha mostrado, en general, un rotundo fracaso. Su alienación mecanicista le impedirá siquiera concebir la idea misma de “causa”: el pensamiento mecanicista piensa en términos de sucesos, y las causas aún no suceden, son previas a cualquier acontecer, de ahí que ese tipo de pensamiento ni siquiera pueda concebirlas. Me animaría a decir que está configurado y difundido para que jamás identifiquemos las causas.

El abandono voluntario que la medicina hizo respecto de conocer, comprender y evitar las causas de la enfermedad, la ha transformado en una eficiente y atareada burócrata, multiplicada en recursos paliativos y eficaces que conservan de igual modo la vida y la enfermedad. La medicina “cuida” de ambas, perpetuándose a sí misma.

Se hace indispensable un cambio en el pensamiento, en su sistema, es decir en su filosofía.

Si la causa es siempre previa a la enfermedad, toda tarea que se desarrolle sobre la enfermedad, por respetable y útil que sea, resulta paliativa, o apenas “curativa” (en el sentido de eliminación de los síntomas de enfermedad, pero no de sus causas). En el caso del sida resulta cada vez más obvio que a pesar del control de la enfermedad, sus causas permanecen intactas perpetuándose el contagio y la transmisión de la infección. Sería hora de pensar que las causas radican en las modalidades del vínculo humano, dramatizado en este caso por el sexo y su eufemismo más clásico, el amor. El sida, como la mayoría de las enfermedades, es un discurso que dramatiza la enfermedad del amor humano.

En tanto la causa siempre precede, sólo cabe en el pensamiento humano como actividad anticipatoria y especulativa, es decir, como ejercicio de la conciencia. En realidad todo sucede ahora: mi enfermedad, mi curación, mi vida, mi muerte, son siempre ahora, y no se trata de mera especulación filosófica, se trata de la más tangible realidad. Nada sucederá mañana que no esté sucediendo aquí y ahora, y que no haya sido meticulosamente planeado ayer. Vivir sin pensar es vivir sin conciencia de las causas, es sorprenderse permanentemente por lo que acontece, es padecer el acontecer aunque éste, a veces, pueda ser muy agradable.

Mi infección por VIH sucede cada día. Como todo mi ser, nazco y muero cada día infinidad de veces, me enfermo y me curo cotidianamente, y todo eso sucede aquí y ahora.

Si se trata de la curación de la infección por VIH, debe considerársela una tarea cotidiana, como la de vivir, ¿ó es que alguien se toma al respecto algún descanso? Esta tarea incluye muy especialmente la toma regular de medicamentos (cuando estos son necesarios), pero también se refiere a hacer consciente las causas de mi vida y de mi muerte, las de mi salud y mi enfermedad, las de mi alegría y mi tristeza, ese cúmulo de estrategias que transcurrieron hasta hoy aquí y ahora para elucubrar algún mañana. Esa tarea cabe en un solo sitio, la conciencia; vivir fuera de ella es acumular tiempo, duración, anécdotas, objetos, propiedades, conocimientos, sin comprender ninguna de sus causas; es rumiar en secreto una pregunta que jamás se pronuncia: ¿para qué?

Cuando el seropositivo al VIH logra formularse estas preguntas, comienza a desenmarañar el sentido de la anécdota en la que está inmerso, en primer lugar el “para qué” de su propia infección. Este acto de poder se da en el único lugar donde el poder existe, en su ejercicio. Se trata de rescatar el poder de un ejercicio ajeno que nos condujo hasta donde estamos, sin que sepamos cómo, para hacernos cargo de él.

En los talleres de personas viviendo con VIH/sida hemos llegado a comprender el “para qué” de la infección; hemos logrado preguntarnos y respondernos sobre esa anécdota a la que la medicina llama infección por VIH/sida. Hemos logrado re-significarla desde nosotros, darle significado propio, y por supuesto inédito. Aunque todos estamos infectados por el mismo virus, inmersos en la misma infección o enfermedad, los significados nunca coinciden, lo que muestra su carácter histórico y personal. Toda generalización al respecto es mero reduccionismo, como lo es cualquier diagnóstico que señala la anécdota común para ocultar todo significado, individual, profundo y privado.

La ciencia es tarea de los científicos, la conciencia es tarea de todos; no como una obligación, sino como un derecho. Derecho a habitarlos plenamente, a conocer a nuestra criatura y a cada uno de sus hambres, a saciarlos y a poder vivir otros, génesis de nuevas criaturas.

La curación y la muerte

La verdadera curación no implica no morir; implica tomar conciencia. Quizás, sólo quizás, lo que llega a la conciencia se hace inmortal, para solaz de aquellos que necesitan acariciar alguna forma de la “inmortalidad”. En nuestra cultura, el objetivo de la salud parece que fuera el de no morir, una especie de pacto que la ficción humana ha sabido interpretar.

La palabra “salud” viene de “salvo” (sano y salvo) y significa “salvación”, “buen estado físico”, “conservación”. Quizás desde su raíz etimológica, esta palabra nos tiende una trampa en la que caímos desde siempre. “Salvación”, “conservación del buen estado físico”. ¿Incorruptibilidad? ¿A qué se refieren estos significados? Parecen inclinar la balanza hacia la idea de una vida eterna, sin muerte. Todo el poder y el oro de los mundos se usaron para eso, para conjurar la muerte, civilizaciones enteras no hicieron otra cosa que construir monumentos mortuorios, bóvedas, tumbas y sarcófagos, así lograron su objetivo: llegar hasta nosotros, perpetuarse. Pero más allá de toda esa parafernalia de objetos preciosos y preciados que costaron la vida de pueblos enteros (y que se construyeron en base a la esclavitud), lo único que ha llegado hasta nosotros son palabras, productos de la conciencia humana que pueden transferirse, y que, sin lugar a dudas, son eternos. Inscripciones en oro, jade, piedra, o rudimentario papel, sin las cuales toda la parafernalia de riquezas acumuladas en el tiempo nada hubiera significado.

Todo ese oropel tiene la magnificencia de las “cosas bellas” que el hombre atesora; pero al mismo tiempo guarda toda la tristeza, al evocar lo ausente, lo perdido. La palabra, en cambio, nombra, agita la vida con su significado, crea y recrea más allá de las cosas, que vuelven a estar vivas en cada sujeto hablante. La palabra es el conjuro definitivo de la muerte, porque se transfiere, porque se transmite, porque sigue viva mucho más allá del que la dice y de lo que dice.

Todo moribundo necesita hablar, conjurar con palabras esa muerte. Lo terrible es que no encontrará palabras y, mucho menos aún, alguien que lo escuche.

Quizás la tarea consista en colocar palabras allí donde se ha decretado el fin de todo relato. Así como la enfermedad y el síntoma pueden y deben ser interrogados (trasladados al campo de la conciencia), la muerte encuentra en ese mismo campo un significado al que nunca se nos permitió acceder. La muerte no es otra cosa que el definitivo e inapelable tránsito por la conciencia, y en ese sentido está, curiosamente, emparentada con la curación.

Todos nos hemos preguntado alguna vez en qué consiste morir, qué le está sucediendo a ese semejante que, de pronto, se nos hace tan extraño, tan ajeno. ¿En dónde está? ¿A dónde ha ido a parar? ¿Cómo podemos ayudarlo?

Esa ajenidad y esa extrañeza con las que investimos a todo moribundo, no le son propias, no le pertenecen. Somos nosotros los ajenos, los extraños, los extranjeros, los “bárbaros” frente a ese mundo en el que se aleja nuestro ser querido. Como toda barbarie, se trata de un asunto de palabras, de lenguas y lenguajes. La muerte no nos ha sido relatada por una cultura que se ocupó meticulosamente de relatarnos todo. Curiosa omisión.

Fisiopatología de la curación

La enfermedad tiene una “fisiopatología”, o sea, “un decir que pretende expresar la manera de funcionar de la pasión y el sufrimiento en los seres humanos enfermos”.

De igual modo podemos intentar un decir (logos) que exprese la manera de funcionar (fisis) de la pasión y el sufrimiento (pathos) en los seres humanos que se curan. Estaríamos elaborando una fisiopatología de la curación.

Siendo la “salud” y la “enfermedad”, los polos de una misma dicotomía, una abstracción, es lícito pensar que no expresan, en sí mismos y por separado, nada.

Más allá de todo lo que nuestro sentido común nos haga creer que significan, lo cierto es que son el lugar en donde el significado se queda quieto, un “principio” y un “final” que sólo tienen sentido en tanto señalan un tránsito, un devenir.

En tanto tránsito, “devenir”, el significado se mueve y existe solamente en el sentido de ese movimiento. Voy hacia la salud o voy hacia la enfermedad, nunca estoy ni sano ni enfermo, nunca llegaré a consolidar definitivamente ninguno de esos dos abstractos arquetipos. Si eso fuera posible, en el preciso instante de la consolidación, desaparecería todo significado. “Salud” significaría, “eternamente sano” y “enfermedad” significaría, “eternamente enfermo”; ambos son conceptos contradictorios.

Curiosamente el diagnóstico, tanto de salud como de enfermedad, establece esa contradicción como un sig-

nificado. En realidad, lo único que pretende establecer, es la quietud de su decir, la fijeza de un significado en un diagnóstico.

El significado nunca se detiene, cuando eso sucede es porque a su potencia (inquietud), se le ha opuesto un poder (quietud). Al atribuir al significado una identidad fija (sentido común), éste pierde todo otro sentido, es decir, toda otra posibilidad de verdad. En el significado se sacrifica todo otro sentido en aras de un sentido único (buen sentido).

La medicina diagnostica la salud y diagnostica la enfermedad, como si con ello nos estuviera diciendo realmente algo.

¿Dónde comienza la salud y dónde la enfermedad?, ¿Dónde termina la salud para que comience la enfermedad y dónde termina la enfermedad para que comience la salud?, ¿No son, salud y enfermedad, un permanente comienzo y fin de lo mismo?

El poder significa, pero significar es una potencia esencialmente inquieta y humana; por lo tanto todo significado atenta contra la potencia de la significación, en tanto la aquieta, la detiene, pretende fijarla en un sentido único (“buen sentido” y “sentido común”).

Siguiendo a Gilles Deleuze, utilizaremos para la construcción de nuestra “fisiopatología de la curación”, una modalidad del pensamiento humano, la paradoja, que contradice a la que nos han enseñado, la doxa.

“La paradoja destruye el buen sentido, en tanto sentido único, y destruye el sentido común, en tanto asignación fija de identidades.” (*Lógica del Sentido*)

Así diremos, paradójicamente, que la salud nos enferma y que la enfermedad nos cura.

Para poder sostener este tipo de pensamiento, debemos imprimir movimiento allí donde el poder decretó la quietud y debemos recordar que todo significado, como toda identidad, están hechos para trascenderse, es decir, para ir más allá.

El Reduccionismo

El gran problema de nuestro pensamiento, que nos impide disfrutar de las paradojas como fuentes infinitas de sentido, es su reduccionismo.

Nos han enseñado a reducir el número de variables que intervienen en el desencadenamiento de un hecho cualquiera, a una sola, o a unas pocas. Así arribamos al concepto de causa, que tiende peligrosamente a ser única o unívoca.

El genio de Pasteur nos permitió conocer un mundo que antes de él no existía, aunque existiera. El mundo de la bacteriología, un mundo microscópico mucho más numeroso que el mundo que habitamos. No obstante, si hubiera sabido cuál iba a ser el destino de sus descubrimientos, es muy probable que él mismo nos advirtiera al respecto. Ese micromundo de Pasteur resultó ideal para explicar los males del mundo que habitamos, eso era lo que el mundo quería hacer y por lo tanto fue eso lo que hizo.

Surgieron todos los “agentes etiológicos”, causas o “culpables” de un gran número de enfermedades, hasta entonces de causas desconocidas o mal conocidas. Y la idea de que a toda enfermedad corresponde algún germen causal, que nos acompaña hasta nuestros días y sigue desvelando a muchos científicos, como si el mundo que habitamos estuviera sostenido, acechado y en muchos aspectos justificado, por un micromundo bacteriano y virósico en donde habitan los demonios de nuestro padecer.

El lugar para ubicar al demonio fue más que conveniente; invisible, ubicuo (los gérmenes están en todas partes), ininteligible para el vulgo y bajo el control de la ciencia que se erigía como un nuevo Dios, capaz de conjurarlo.

Su nuevo reducto, profundo y escondido, infundía miedo; emoción elemental que justificó siempre la idea del demonio, como recurso persuasivo para modular la conducta de los pueblos.

Las ideas de Pasteur cobraron fama y difusión, más por ser convenientes que por su incuestionable contenido de verdad. Nacen la antisepsia y la asepsia, indispensables para violar el soma, el hasta entonces inviolable interior del cuerpo, y la ciencia quirúrgica que intervendrá sin límites en la “máquina del cuerpo”.

Mientras tanto, Claude Bernard, médico francés que acuñó el concepto de “homeostasis” (el equilibrio de lo vivo que vive), pasaba absolutamente desapercibido para un vulgo encandilado frente a un ejército de demonios microscópicos.

El mismo Pasteur sostuvo, hacia el final de su vida, que si le fuera dada la posibilidad de volver a nacer, no se dedicaría tanto a estudiar los gérmenes, sino más bien a conocer los mecanismos que ponen en marcha los seres vivos para contrarrestar su presencia.

La medicina y el poder biomédico se construyeron sobre los conceptos de asepsia y antisepsia que se extendieron y ramificaron rápidamente hasta configurar una extensa red de control policíaco de las poblaciones, adoctrinadas por la ley o el miedo. Documentos de identidad se mezclaron con certificados de vacunación, libretas sanitarias y análisis de sangre, indispensables para incorporarse a una sociedad cada vez más “aséptica”.

El concepto dio origen a la epidemiología, y de allí pasó a las ciencias sociales en donde delito, infección y locura recibieron un tratamiento similar, de aislamiento y estigmatización. Lo que estos tres conceptos comparten, es la idea de lo séptico, la idea del “conta-

gio”. El lugar en donde el demonio se hace posible, posibilitando al mismo tiempo la idea de Dios. Ambas ideas, como es tradición de nuestro pensamiento reduccionista, deben mantenerse claramente separadas, reducidas a sí mismas, inherentes pero no coherentes. Nada mejor entonces, que construir cárceles, hospicios, hospitales, leprosarios, sidarios, institutos neuropsiquiátricos y correccionales. Arquetípicos baluartes de una cultura que ha logrado corporizar sus demonios y sus dioses. Para las sepsias, encierro, para la asepsia, libertad.

El reduccionismo es una forma pueril del pensamiento, útil en la didáctica, pero incapaz de abordar alguna sabiduría. Hemos llegado así a construir un mundo pueril e infantil, en donde la perversión se manifiesta en la contundencia y fijeza de un barrote, una pared, un diagnóstico, un veredicto, un significado, que transforman para siempre a las personas en dioses o demonios. Todo poder, y al tiempo toda perversión, se manifiestan en la quietud y fijeza de un significado. Del mismo modo, toda potencia, toda posibilidad, se manifiestan en lo irreductible de la significación, en su intrínseca inquietud.

¿Cuándo empieza una enfermedad?

El concepto de “comienzo”, es en sí mismo reduccionista. Pretende dar la idea de que algo surge del medio de una nada preexistente.

La dicotomía “principio-fin”, ha sido creada para abstraer, separar y aislar alguna porción de un continuo. Llamo “principio”, al momento inicial en el que comienzo a ver (percibo) el hecho al que me refiero; y llamo “fin”, al momento en el que ese hecho se extingue para mí. Ambos términos están sujetos al prejuicio de mi percepción, desde ya limitada, y provienen de un antes y se extienden en un después, para mí imperceptibles. Si de enfermedad se trata, el continuo del que hablamos es el de la vida.

Las personas transcurrimos un continuo, el de nuestra propia vida, jalonada por episodios anecdóticos de mayor o menor significación biológica o cultural, a través de los cuales ese continuo es fraccionado. Así atravesamos las distintas “edades”: infancia, niñez, adolescencia, juventud, adultez y senectud o vejez. Estas “edades”, están impregnadas por hechos biológicos o culturales de mayor o menor significación. Por ejemplo la infancia termina cuando el infante comienza a hablar, es decir, cuando deja de ser “una criatura sin habla”. Obviamente los infantes no comienzan a hablar de un día para el otro. Podemos decir con mucha razón, que comienzan a hablar desde el mismo momento en que comienzan a oír, al ser la audición un preludio indispensable del habla. El infante sordo nunca comenzará a hablar, sencillamente porque no oye, no sabrá qué es el habla. Será, si no

me percato de su sordera, eternamente un infante, una mente infantil, una mente incapaz de mentar. De igual modo, si al infante no se le habla, jamás hablará. Si se le habla de modo contradictorio y confuso, tendrá un habla confusa. El habla es una capacidad que se adquiere por contagio a través del oído, se aprehende oyendo, mucho antes de concurrir a la escuela para aprender la lengua.

Por lo tanto, la primera palabra del niño es el corolario de un prolongado proceso de audición. Muchas veces nuestros problemas con el habla y el lenguaje, tienen que ver con lo que hemos oído. Esa primera palabra, que generalmente queda amorosamente registrada en un libro de infancia, con una fecha y una hora, es el “final” de un largo proceso que se inició con la audición. Como todo “final”, es un “principio”, nada más y nada menos que el principio de un ser humano hablante, una nueva y poderosa criatura.

Los seres humanos compartimos con los animales buena parte de nuestros procesos biológicos evolutivos; pero a diferencia de ellos a los que les espera sencillamente “la vida”, a nosotros nos aguarda “la cultura”, una prodigiosa construcción de palabras. Esta pequeña gran diferencia es la que hace de nosotros seres impredecibles cuyo destino dependerá de las habilidades que desarrollemos en esa abstracta y arbitraria construcción a la que llamamos lenguaje.

En el decir está toda la predecibilidad. Cuando nos asombramos frente a lo que acontece, es porque el acontecer se ha hecho impredecible; no lo pudimos predecir, pensar, decir previamente, prever. Somos afectados por el acontecer que nos asombra, como le sucede habitualmente a un niño pequeño.

La evolución en el terreno de lo biológico, depende de las leyes de la vida, que nos son dadas con ella (lo concebido y recibido), algunas de las cuales hemos llegado a conocer, mientras otras siguen siendo un misterio. La evolución en el terreno de la cultura, depende de leyes culturales, que han sido, indefectiblemente, construidas

por nosotros; no hay lugar allí para misterios. Cuando la cultura interfiere o destruye la vida, no puede eso ser considerado casual, y mucho menos aún, natural. A través de una retórica parcial y reduccionista, permanentemente le atribuimos causas naturales a lo cultural; nos resulta mucho más difícil reconocer causas culturales en eso que llamamos “natural”. Defendemos a la cultura por ser nuestra construcción, y culpamos de todo a la naturaleza.

Volviendo a las “edades” con las que se parcela ese continuo de la vida humana, es obvio que se trata de un hecho cultural, en tanto nombres con los que se nombra y funda esa abstracta y arbitraria parcelación. En tanto lenguaje, poseen un significado, y en tanto significado poseen una intención, un sentido quieto y fijo. Como siempre en la cultura, el sentido se hace evidente en lo que acontece, en lo consecuente, en las consecuencias. Lo que acontece con la infancia, no es otra cosa que el sentido que le hemos dado a la infancia, lo que acontece con la vejez, no es otra cosa que el sentido que le hemos dado a la vejez; lo mismo sucede con las otras “edades”. Tratándose de cultura, arbitraria y minuciosa construcción humana, no hay allí lugar para el asombro o la sorpresa. Cuando esta aparece, sólo se trata de ignorancia o de hipocresía.

En tanto seres vivos, estamos regidos por las leyes de la vida; en tanto personas, estamos atravesados por las leyes de la cultura. Siendo el mundo cada vez más un mundo humano, en tanto el hombre ha incidido y modificado casi todo en este mundo, y siendo el ser humano cada vez más una construcción de la persona, es lícito comenzar a pensar a la enfermedad, tradicionalmente atribuida a la naturaleza, como una construcción de la cultura. Como tal, no puede tener para nosotros misterios, por lo menos en lo que a su componente cultural se refiere. El mundo termina siendo una construcción de las personas, el resultado de personalidades que piensan el mundo. Esa “mirada” humana que piensa al mundo, es la generadora de toda “especie”.

Las personas no somos otra cosa que un límite, una frontera, una zona de fricción, de vínculo y de contagio, entre eso que nos es dado, la vida, y eso que hemos hecho con la vida, la cultura.

Las personas no somos más que un juego dialéctico, el producto de la fricción entre dos mundos, el de lo biológico dado y el de lo cultural construido. Somos la expresión del grado de armonía en esa confrontación.

“Mirada” y “especie”

La vida, lo genético heredado, aporta una estructura y un funcionamiento ligados a nuestra especie. Solemos sentirnos muy satisfechos cuando hablamos en términos de “especie”, parece que hemos dicho mucho; sin embargo, esta palabra sólo significa “mirada”, “aspecto”, “aparición”, deriva del latín arcaico “*specere*”, “mirar”. Todo eso que decimos con ese término aparentemente pleno de sentido, no es otra cosa que el resultado de una mirada que capta un aspecto, una apariencia. Estaremos de acuerdo en convenir que no existe nada más relativo que la mirada humana, atravesada por las arbitrariedades de la cultura.

Por lo tanto, ese sustrato sólido sobre el que cimentamos conceptos como el de “especie”, puede ser enteramente reconstruido, cambiando el lugar de la “mirada”. Esta tarea ya ha sido realizada por la ficción, lugar en que el lenguaje recupera la potencia de la significación, destruyendo los significados quietos. Curiosamente, la realidad termina superando a la ficción, como si copiara en secreto sus manuscritos. Siendo la ficción el lugar donde se muestra la inquietud de los significados, su potencia, es lógico que de allí surja toda posibilidad; por ilógico que esto parezca.

Pero yendo aún más lejos, podemos decir que la lapidaria quietud con que se esgrimen los significados de palabras como “especie”, “biología”, “genes”, ha mostrado en el campo de la evolución una plasticidad y una natural tendencia al cambio y la adaptación, mientras

que palabras como “cultura” o “significado” tienden peligrosamente a la fijeza y a la rigidez. Nada vivo permanece si no cambia, nada vivo permanece vivo si no cambia; la vida está en el permanente cambio, el continuo de un devenir.

El significado, en tanto sentido único, empobrece la potencia de la vida, la limita al atribuirle una identidad fija, un sentido común. La vida, a lo largo de los millones de años que lleva en nuestro mundo, se ha hecho y deshecho muchas veces, la potencia superó al poder una y otra vez, los pequeños mamíferos sobrevivieron a los grandes dinosaurios, que hoy son nuestros pequeños pájaros. La vida es cada vez más la vida humana, al extremo que todo lo vivo en nuestro mundo depende hoy de los hombres. El poder es hoy humano, lo urgente es comprender y lograr que ese poder no asfixie la potencia. Que los significados de la cultura, no asfixien la potencia de la vida.

La quietud del significado asfixia la significación, el sentido mismo de la “mirada” humana su “especie”.

Volviendo sobre la pregunta “¿cuándo se inicia la enfermedad?”, podemos comenzar a comprender que la enfermedad es una construcción histórica que tiene nuestra misma edad. Atribuirle un “comienzo” puede resultar útil en el terreno de lo práctico, pero no debemos fijarlo como un significado. En la vida todo viene comenzando y terminando a la vez.

Resulta aparentemente inevitable referirnos a la “salud” cuando tratamos de comprender el comienzo de la “enfermedad”. Siendo la vida un continuo, todo lo que configura la “enfermedad” debe ir dándose a lo largo de eso que llamamos “salud”. Se trata de encontrar el sentido, la dirección del movimiento.

Parte III

ÉTICA Y PODER

Las dos primeras partes de este libro fueron editadas por primera vez en diciembre de 2004 y ahora estamos en 2012. ¿Qué ha pasado desde entonces?

Curiosamente la opinión pública ya no habla del sida, ni de la infección por VIH, los poderosos y tranquilizadores mecanismos del poder en la cultura se extendieron sobre la comunidad toda. El sida ha sido relegado a esos márgenes que la comunidad conserva como los bordes de sí misma, esas fronteras donde la civilización deja su lugar a la barbarie que ella misma produce, explica y expulsa. Consciente de su rotundo fracaso en la promoción de un verdadero estado de bienestar que haga imposible la tristeza, el maltrato, el abandono, la enfermedad y la muerte prematura, consolida y refuerza sus reaseguros en las instituciones destinadas a administrar la marginalidad.

Pobreza, delito, pecado, enfermedad y demencia, siguen siendo los nombres de los márgenes que sostienen la riqueza, la decencia, la virtud, la salud y la cordura de la comunidad toda.

EE.UU., el país en el que comenzó a identificarse la pandemia de sida, legisló rápidamente prohibiendo el ingreso a su territorio soberano de todo extranjero VIH+. Esta vergonzosa y pueril actitud expresa la visión del imperio que identifica al enemigo fuera de sus fronteras, siempre lejos de sí mismo. Idéntica actitud sostiene frente al narcotráfico, interviniendo militarmente en países latinoamericanos mientras se erige y sostiene como primer mercado de consumo.

Paralelamente en Argentina, la ley de sida garantiza el tratamiento gratuito por parte de la salud pública y privada a todo habitante del país, sea o no ciudadano

nativo. Dos visiones, dos mundos, ¿cuál sería el primero y cuál el tercero? Esta triste realidad determinó que nunca fueran los EE.UU. sede de un congreso mundial de sida. No obstante, la prensa internacional que parece estar al servicio del imperio, jamás denunció semejante acto de discriminación implementado por un Estado miembro de las Naciones Unidas.

La pandemia persevera en el mundo siguiendo una distribución clásica ligada al subdesarrollo y la pobreza. África sigue siendo el continente más afectado y el sida, junto a muchas otras enfermedades infecciosas, limitan dramáticamente la expectativa de vida de los sectores más pobres de la población, que allí son clara mayoría.

A partir de mediados de los años noventa aparecen en el mercado los ARV (medicamentos antirretrovirales), cuyo efecto terapéutico consiste en impedir la reproducción viral, deteniendo la progresión de la infección al sida enfermedad, sin poder erradicarla. La primera droga disponible fue la Zidobudina o AZT que actúa inhibiendo la enzima “transcriptasa reversa” que permite al virus infectar las células. Las esperanzas cifradas en este medicamento pronto dan lugar a la frustración: el virus de la inmunodeficiencia humana cambia (muta) aceleradamente, produciendo familias (cepas) de virus resistentes al AZT que logran reproducirse.

Es interesante analizar el mecanismo de mutación (cambio) del VIH. No se trata de un proceso “inteligente”, es más bien el resultado de la desprolijidad y torpeza del virus en su proceso de reproducción. El virus se copia a sí mismo cometiendo errores en la transcripción de su material genético, estos errores lejos de interferir su reproducción permiten la aparición de virus genéticamente diferentes, algunos de los cuales logran resistir el efecto de los medicamentos. La naturaleza se presenta aquí paradójica, la torpeza y el error resultan ser mecanismos eficientes para la supervivencia y reproducción viral.

Fue necesaria la combinación de tres medicamentos antirretrovirales eficientes para lograr atenuar

la natural tendencia al cambio del VIH e impedir su multiplicación en el organismo. Éste fue el famoso “cóctel” que sólo se hizo posible cuando se produjeron diferentes medicamentos combinables entre sí.

La industria farmacéutica multinacional pronto produjo la necesaria variedad de medicamentos ARV incentivada por un mercado cautivo que crecía aceleradamente al compás de la pandemia. La inversión en investigación estaba garantizada por un rendimiento fabuloso.

La infección por VIH progresó en el mundo y junto con los adultos infectados comenzaron a aparecer los primeros recién nacidos VIH+. Se conoció la transmisión del virus de madre a hijo (“transmisión vertical”) que se produce durante el embarazo, el parto y la lactancia. Esta denominación de “transmisión vertical” acuñada por el poder biomédico, reduce a la mujer a un “vector reproductivo”, “vector” como transmisor, tanto del VIH como de la misma procreación. Ninguna expresión creó el poder biomédico para señalar la transmisión varón-mujer, tan vertical como aquella si analizamos los vectores de poder. Lo concreto es que el sida aparece en occidente por virtud de una transmisión horizontal, varón-varón, que viola flagrantemente su paradigma fundador, la heterosexualidad patriarcal, e involucra en ella dos veces a la valiosa figura del varón. Quizás por eso se la concibió rápidamente como un “castigo natural” ante semejante violación.

El mercado infantil del VIH nunca fue interesante para la industria farmacéutica, que sin ningún tipo de regulaciones que la obliguen a producir los medicamentos que la población necesita, se limitaron a fabricar ARV para adultos y hasta el día de hoy no hay medicamentos infantiles en cantidad y variedad suficiente para cubrir las necesidades.

Sólo las madres y los pediatras saben de las enormes dificultades que debieron enfrentar para medicar a infantes y niños con medicamentos para adultos, de dosis, tamaño y sabor absolutamente inadecuados. Esta

triste realidad que sólo responde a los intereses de la industria farmacéutica contribuyó a la enorme mortalidad de los infantes VIH+ durante su primer o segundo año de vida. En los países más desarrollados, que son los que pueden pagar los medicamentos, las políticas eficientes de prevención de la transmisión madre/hijo del VIH (medicación materna adecuada, cesáreas programadas y supresión de la lactancia materna) hizo disminuir rápidamente la cantidad de niños nacidos VIH+ y esto contribuyó a desalentar aún más la producción de medicamentos pediátricos. En los países pobres resultó imposible medicar a las mujeres embarazadas, programar cesáreas y la supresión de la lactancia materna equivalía a la desnutrición y muerte del infante.

La realidad, hoy en día, nos habla de dos millones y medio de menores de quince años VIH positivos, la mayoría de ellos en África subsahariana, es decir, lo suficientemente lejos del primer mundo como para que sigamos ignorándolos. De ellos, apenas el veintiocho por ciento (setecientos mil) reciben tratamiento específico antirretroviral.

La Organización Mundial de la Salud indica tratamiento ARV inmediato para todos los menores de dos años de edad, sin él un tercio de los infantes VIH+ mueren antes de cumplir el primer año de vida y la mitad de ellos habrán muerto antes de llegar a los dos años.

África no es sólo un continente, implica simbólicamente una realidad que se repite en todo el mundo. Los márgenes de un occidente civilizado y poderoso que se multiplican en los países y ciudades de todo el mundo.

Regiones del conurbano bonaerense y la periferia de las grandes ciudades argentinas y latinoamericanas muestran una realidad sociocultural que no dista demasiado de las de algunas regiones africanas. Ni hablemos del ostracismo y el olvido de los pueblos originarios, su desarraigo forzoso por el desmonte que los empuja a los márgenes de los márgenes, a la desnutrición y la muerte.

África simboliza la marginalidad y el abandono de tierras y pueblos expoliados por poderes imperiales que sostuvieron a su costo el propio estado de bienestar. África es Haití, es las favelas y villas miseria latinoamericanas, es la extrema pobreza que resulta indispensable para sostener la extrema riqueza de la avaricia colonialista e imperial.

El siglo XXI muestra, cada vez más explícitamente, la realidad de un mundo inequitativo y quizás sea esa su prematura y principal virtud, la de dismantelar la mentira del siglo XX, siglo de grandes guerras y de genocidios, de imperios que prometieron un progreso ilimitado para la humanidad administrado por un poder impiadoso y avaro, que siembra tristeza para cosechar más poder.

En nuestra comunidad, es el sector de las personas transgéneros, travestis y transexuales, en donde la infección por VIH y el sida siguen actuando como un poderoso recurso para su exterminio. No es para nada casual, las personas transgénero de varón a mujer, han cometido el peor de los “pecados” que pueda concebir el poder heterosexual y patriarcal. No sólo han violado el mandato heterosexual, sino que han osado violar el valioso cuerpo masculino, feminizándolo y lo que es aún peor, sus mentes expresan la femineidad de una manera brutal y combativa que anonada al “macho religioso”. Sus cuerpos expuestos a la comunidad expresan un deseo que el poder no duda en catalogar de “contra-natura”. Seguramente sin saberlo, guiadas por una imaginación que no se somete a razón alguna y que ellas expresan inevitablemente, hieren gravemente al poder heterosexual, machista y patriarcal. Eso tiene en nuestra cultura occidental y cristiana, graves consecuencias. Sometidas al maltrato de la prostitución el poder muestra ya explícitamente aquello que es capaz de hacer con los cuerpos femeninos.

Incapaz de someterlos por la procreación, los condena al escarnio, a la absoluta marginalidad, al más brutal de los maltratos y a la criminalidad impune.

El sida reduce dramáticamente sus expectativas de vida a treinta y cinco años, pero muchas de ellas ni siquiera logran morir de sida, son masacradas por la violencia masculina ya definitivamente libre de todo reparo, que muestra explícitamente su capacidad de crueldad.

Condenadas a la ignorancia por una programada imposibilidad de acceder a algún conocimiento adecuado, combaten con sus cuerpos femeninos en un mundo donde eso vale poco más que nada.

El proceso de la transgeneridad muestra claramente que el poder en la cultura tiene un único género, el masculino, incapaz de imaginarse en ninguna otra condición, porque de él depende un orden machista, heterosexual y patriarcal, que lo soporta y justifica.

Sólo la sanción de la ley de “identidad de género”, que ya tiene la aprobación de la Cámara de Diputados, podrá apenas comenzar a reparar, en este año 2012, el descomunal maltrato al que es sometido este sector de nuestra comunidad y esa sola medida será infinitamente más útil que cualquier campaña de prevención del sida.

El poder de la imaginación

Afortunadamente las personas y los pueblos avanzan guiados por su imaginación, corazón de la política. Aquella cualidad humana que nos rescató de la selva primitiva y que hizo del mundo una construcción humana, tendrá que rescatarnos de la selva de pasiones tristes que rige y controla un poder perverso.

Recientemente surge la iniciativa “Medicamentos para Enfermedades Olvidadas” (DNDi por sus siglas en inglés). Se trata de un emprendimiento integrado por la Fundación Oswaldo Cruz de Brasil, el Consejo Indio de Investigaciones Médicas de la India, el Instituto de Investigación Médica de Kenia y el Ministerio de Salud de Malasia, que configuran una alianza científica de países en desarrollo para enfrentar la desaprensión y el olvido de la industria farmacéutica multinacional y encarar la producción de medicamentos para enfermedades que han sido olvidadas por el mercado, como la enfermedad del sueño, la leishmaniasis, la enfermedad de Chagas, el paludismo y el sida pediátrico, entre otras.

Es aquí la cultura humana la que produce un hecho paradójico: son los países en desarrollo, todos ellos con graves realidades de pobreza, los que enfrentan la desaprensión y el olvido de la poderosa industria farmacéutica multinacional.

La imaginación de personas y pueblos nos hace prever o aún inventar obstinadamente contra toda realidad, la posibilidad de un mundo diferente. Aquella negación que le permitió a muchas personas viviendo con VIH

sobreponerse al poderoso mandato cultural de enfermar y morir en los años ochenta y noventa y demostrar, una vez más, que **“nadie sabe lo que puede un cuerpo”**, nos permitirá también demostrar que nadie sabe lo que puede la multitud, el conjunto de los cuerpos en comunión comunitaria.

Pero la imaginación como poderoso recurso de lo humano y de lo político debe instrumentarse con acciones eficientes y su intrínseca debilidad, que pone en serio riesgo su eficacia, es la de carecer de ideas que excluyan aquello que imagina. La imaginación es ciega, esa es también su inmensa potencia, aquella que nos impulsa ciegamente a enfrentar toda adversidad.

Las acciones eficientes dependen de un pensamiento racional, de una concatenación de ideas que identifiquen las causas eficientes de sí mismas y de nuevas ideas, plasticidad de la razón que se somete a la eficiencia de las causas y es capaz de demolerse a sí misma en aras de alguna “verdad”, aunque ésta se intuya inalcanzable o aún inexistente.

La imaginación nos es dada a los seres humanos como cualidad esencial, nace con nosotros, es un propio de lo humano. Pero la razón, en cambio, es una construcción de la cultura, nadie nace razonable. Los seres humanos agrupados en multitud nos damos una razón, una cultura y lo natural e imaginativo deviene racional y cultural.

Cuando lo natural e imaginativo no deviene racional y cultural, el problema no es de “la naturaleza humana” sino de su cultura, de su construcción comunitaria.

Volvamos a las primeras personas viviendo con VIH (P.V.VIH) que se configuraron como aquello que se supo llamar “sobrevivientes de larga data” y que obraron impulsados ciegamente por la necesidad de contradecir un mandato cultural de enfermar y morir efectivizado por un diagnóstico. Este grupo arquetípico del que forman parte muchos de mis actuales compañeros y amigos,

siempre fue para mí una clara expresión de la potencia de lo humano enfrentada al poder cultural, de lo que puede un cuerpo enfrentado a la multitud.

Surge de nuestra propia naturaleza y de nuestra capacidad de imaginar, la férrea tendencia a negar nuestra conocida condición de seres finitos. Es por virtud de nuestra imaginación que nos suponemos “inmortales” y esa suposición es tan placentera que resiste todo argumento racional. Adherimos a ella por la dicha que nos produce y ninguna pasión dichosa puede ser erradicada sino por otra de mayor intensidad. Sólo la experiencia de la dicha de una vida plena puede rescatarnos del pueril e imaginativo mito de la “inmortalidad”.

Pero esa experiencia dichosa de una vida plena necesita del pensamiento racional, de ese poderoso instrumento cultural que es el conocimiento de las causas de las cosas, los seres y los hechos, de las leyes de la naturaleza toda a las que indefectiblemente estamos sometidos. Padecemos porque formamos parte de la naturaleza toda y dependemos de sus causas.

El pensamiento racional no surge de nuestra esencial naturaleza humana, no somos esencialmente “animales racionales” como el Derecho Natural clásico (Platón, Aristóteles, los estoicos y Santo Tomás) quiso decretar, somos naturalmente “animales que imaginan” y de esa inmensa capacidad surge la razón como una construcción común, comunitaria, una cultura y una política.

De allí provienen los mitos y las creencias fundadoras de todas y cada una de nuestras civilizaciones, esas construcciones infinitamente variables con sus lenguas y sus lenguajes, sus hábitos y costumbres que se erigen como una “realidad” y que se nos imponen como una segunda “naturaleza” capaz de cincelarnos definitivamente. Una segunda piel o un segundo cuerpo (teórico) que nos sojuzga firmemente.

Es interesante comprender que todo eso, toda esa infinita mente de la humanidad toda que se configura

como un conocimiento universal, ha surgido de la potencia innata de la imaginación humana y es, esencialmente, imaginación modificada, modulada en una razón que resulta de una construcción colectiva.

La razón nos fija al acontecer de las cosas, los seres y los hechos, la imaginación nos arroja mucho más allá de ellos y es capaz, como origen y como oriente, de reeditar y regular toda razón.

Pero la imaginación, dijimos, padece de una intrínseca debilidad, carece de ideas que excluyan aquello que imagina, y aquello que imaginó es la razón misma, un logos, un dogma, un orden del pensamiento, una opinión pública con su sentido común y su buen sentido, frente a la cual carece de una idea que la excluya. Ese es el sustrato de nuestro sometimiento racional a la cultura, de nuestra ciega obediencia a esas normas que nos soportan, concebidas (recibidas) de un constructo común que no puede ser excluido. La fijeza de los razonamientos y argumentos racionales tiene su raíz en los afectos de la imaginación y en ella tiene también la potencia que puede desarraigarnos.

Amamos nuestras ideas aun en contra de nuestros cuerpos. Deberíamos amar nuestros cuerpos aun en contra de nuestras ideas.

Es imaginando como llegamos a ser racionales y es imaginando como transmutamos la razón. Es imaginando como alcanzamos alguna “realidad” y es imaginando como la modificamos. Pero esa “realidad” que como producto imaginario carece de una idea que la excluya, debe ser excluida por la imaginación misma devenida nueva razón. Ese y ningún otro es el “milagro” de lo humano y su infinita capacidad de producir “hechos admirables”.

Cuando lo natural e imaginativo no deviene racional y cultural, la imaginación se desboca en su esencial apetito de dicha sin el auxilio de la razón. Cuando la negación del mandato cultural de enfermar y morir anunciado por un diagnóstico no deviene pensamiento ra-

cional y enamorados de nuestra “inmortalidad” negamos a la naturaleza misma, nos transformamos en seres muy extraños.

El advenimiento de los medicamentos ARV y la posibilidad de configurar “cócteles” que permitan tratamientos eficientes que prolonguen la vida de las personas, se enfrentó con una realidad paradójica. Buena parte de la población afectada se negaba a reconocer la eficacia de los medicamentos ARV, muchos posponían su ingesta hasta llegar a límites que comprometían su vida, otros adherían a desgano y esa desganada adherencia los hacía incumplir la necesaria y estricta toma regular de los medicamentos. Paradoja cultural que desencadenó una nueva “realidad”; la torpeza y desprolijidad del VIH en su capacidad de reproducción dio origen a innumerables familias (cepas) de virus resistentes a los medicamentos producidos por la industria.

El mercado, hábil y expectante, detectó ese enorme porcentaje de la población afectada que rechazaba imaginativamente la eficacia de la medicación ARV, y se montó un gigantesco mercado de ilusiones. No hay mercado más redituable que aquel que alimenta la imaginación humana.

Por otro lado, la corporación médica “armada” con el recurso de los medicamentos ARV, adhirió al slogan de “pegue antes y pegue fuerte”, en relación a la utilización temprana de medicamentos ARV en las P.V.VIH.

Ninguna de las dos posturas extremas resultó adecuada. La negación maníaca ante el innegable beneficio de los medicamentos llevó a muchas personas a desarrollar enfermedades marcadoras de sida y a deteriorar seriamente su salud. En el otro extremo, la ciega obediencia a la prescripción médica temprana sin la clara comprensión de la necesaria y estricta adherencia a la toma regular y completa de los medicamentos que implicaba, inevitablemente, afrontar no pocos efectos colaterales adversos, produjo peligrosas interrupciones o toma irregular e incompleta de medicamentos, que favo-

recieron el desarrollo de resistencia viral y la pérdida de eficacia de numerosos esquemas terapéuticos.

Aún hoy en día las posibilidades de combinaciones efectivas de medicamentos ARV que detengan la proliferación del VIH en el organismo, no son infinitas. Hay un número limitado de esquemas terapéuticos posibles y efectivos, entre ellos están los de primera elección (los más adecuados para el inicio de tratamiento), los de segunda o tercera línea y por último las llamadas “terapias de rescate” que se implementan cuando ya han fracasado la mayoría de los tratamientos indicados.

Un buen esquema terapéutico implica la correcta elección de los medicamentos prescritos en dosis adecuadas y en el momento oportuno. Ésta selección debe hacerse no sólo teniendo en cuenta criterios médico-farmacológicos sino, y muy especialmente, considerando las necesidades y capacidades de las personas afectadas. Es el resultado del encuentro entre el personal técnico debidamente capacitado y las personas viviendo con VIH que han comprendido la necesidad y oportunidad de iniciar una terapia, que conocen claramente el mecanismo de acción de los medicamentos y cuyo acceso ha sido facilitado por los distintos servicios de salud. Cuando estas múltiples condiciones coexisten, lo cual no es habitual, un buen esquema terapéutico se muestra efectivo durante muchos años, manteniendo la salud de las personas que se ven beneficiadas por el efecto de los mejores medicamentos el mayor tiempo posible.

No obstante, ningún medicamento “cura”, es decir, “cuida” la vida de las personas, son las personas mismas quienes pueden “cuidar”, es decir, “curar” su propia vida. Quienes se aferran a los medicamentos antirretrovirales como el recurso que garantice su perseverancia en la existencia, toman la parte por el todo. Lo único que hacen los medicamentos ARV es evitar que el VIH se reproduzca en el organismo; **nada más y nada menos que eso**. Pero todos sabemos que el VIH ingresa al organismo porque nos exponemos a él y nadie puede decir, hoy en

día, que desconozca realmente las condiciones y posibilidades de esa exposición.

La existencia de tratamientos efectivos para controlar la infección por VIH y permitir la vida normal de las personas, ha creado la falsa expectativa de que el sida ya no existe. La infección por VIH se ha transformado, en aquellas regiones en las que el acceso a la medicación está garantizado, en una condición crónica que permite una vida “normal” y no afecta excesivamente su calidad. En las regiones donde el acceso a la medicación sigue siendo restringido o resulta imposible, la infección por VIH progresa al sida enfermedad y la expectativa de vida se ve seriamente acotada.

La política de los márgenes

La enfermedad aliada al poder en la cultura delimita los márgenes y las centralidades de un mundo de privilegiados y excluidos.

Pero los márgenes como límites o fronteras, no separan nada más que aquello mismo que unen. Las comunidades como construcciones colectivas tienen por esencia “lo común” y más allá de los recursos que implemente el poder para separar y abstraer aquello que es su esencia, las comunidades son producto del contagio; de una lengua en un lenguaje, de hábitos y costumbres, de religiones que las religan en creencias, de afectos que las vinculan y de afecciones que las afectan de una manera vital y cotidiana que aniquila los límites, las fronteras y los márgenes.

Los mitos de la “seguridad”, de la “salvación”, de la “virtud”, de la “salud”, de la “decencia” y de la “cordura”, que soportan a una comunidad privilegiada, se ven cotidianamente enfrentados con sus opuestos; la “inseguridad”, la “condena”, el “vicio”, la “enfermedad”, el “delito” y la “locura”, que son como aquellos un producto de su construcción.

Casi nada de lo que acontece en una comunidad humana es producto de la naturaleza, casi todo en ella responde a las leyes de su construcción y no hay construcción más contra-natura que la civilización misma.

Los extremos no señalan ninguna verdad, más bien indican el tránsito de un devenir común que aborrece de los privilegios que lo contradicen y detienen. En

la trastienda de toda cultura, dormita y acecha la naturaleza humana, el único “animal que imagina” observa y controla esa construcción a la que llamamos “realidad”, “civilización”, “progreso”.

¿Qué imagina el animal humano? Contra vientos y mareas imagina su propia dicha y cuando la comunidad no oferta una dicha abarcadora, se fracciona en antinomias, la ley es contradicha y los opuestos se expresan y enfrentan desde los extremos de su común condición, el apetito de dicha y bienestar.

Cuanto más rígidos son los límites, cuanto más inexpugnables las fronteras, cuanto más profundos los márgenes, mayor es la herida esencial de la comunidad y mayor será su confrontación antinómica, el enfrentamiento y la contradicción en el seno mismo de la ley. Gaza/Israel, Méjico/EE.UU., África/Europa, el antiguo muro de Berlín, Oriente/Occidente, Norte/Sur, musulmanes/cristianos/judíos/protestantes, como tajos gigantescos hieren un mundo esencialmente común, fraccionado por un poder abyecto.

Su fracción esencial, aquella que subyace en toda disparidad, es genérica, varón/mujer, mente/cuerpo, ideas/afectos, razón/imaginación, poder/potencia. La “heterosexualidad”, la pueril y varonil idea de que la humanidad está cercenada en dos sexos, crea y cría la antinomia elemental en función de la cual, el poder, la razón, las ideas y la mente del varón, imperan sobre la potencia, la imaginación, los afectos y el cuerpo de la mujer. Cercenando la esencial naturaleza humana en dos sexos, se produce la incisión inicial, origen de toda disparidad. Concebir dos naturalezas es enfrentarlas en un inútil combate en el que se pierde la esencial y común naturaleza humana. En la raíz de toda disparidad, más tarde o más temprano, se descubre el poder imperial del machismo patriarcal.

Los privilegios crean disparidad, el mejor mundo posible es aquel que nos abarque a todos en nuestra común esencialidad y en nuestra particular existencia. Hay

quienes sostienen que no hay esencia alguna en la existencia humana, que todo responde a un devenir existencial. Si esta postura fuera cierta contradeciría el devenir histórico de toda la humanidad que, con sus marchas y contramarchas, paradójicamente, apunta a una sola finalidad que es también origen, principio y oriente, satisfacer la dicha común de sus criaturas, saciar el apetito, expresar el deseo.

Cuando el poder es abyecto y sólo se alimenta a sí mismo, crece en desmesuras, privilegios y avaricia, en detrimento de la dicha común, sembrando tristezas para cosechar más poder.

El apetito de dicha de las criaturas es tan esencial como su imaginación y así como el hambre sólo se sacia con comida, el apetito de dicha sólo se calma con alegría. Las crías comen y juegan, porque de eso se trata la crianza, la creación requiere alimentos y alegría, y nada más. A esto el poder abyecto lo llama “pan y circo” y sí, de eso se trata, de pan que satisfaga el hambre de los cuerpos y de circo que alegre el alma de la multitud. El “circo” es el “cercado”, el “vallado”, espacio indefectiblemente “circular” que nos abarca, en el que los seres humanos imaginamos nuestra humanidad, en el cual “circulamos”, “formamos grupos”. El “circo” es la comunidad, donde lo común nos adosa unos a otros y lo dispar nos dispara y dispersa a unos en contra de los otros.

La violación del derecho

Casi toda enfermedad comienza siendo la violación de un derecho, derecho al bienestar, a la dicha personal, a la alegría y a la expresión del propio deseo.

La enfermedad de Chagas, endémica en Argentina, es la expresión de la violación del derecho a una vivienda digna, convivir con vinchucas explica una condena sociocultural, como otrora la expresó la peste bubónica explicando nuestra convivencia con ratas.

La tuberculosis, reduccionista y convenientemente atribuida al bacilo de Koch, es expresión de la pobreza, el abandono, la malnutrición y la tristeza de inmensos sectores de la humanidad, que no se pueden “curar” con antibióticos.

La depresión, mal endémico de la civilización, expresa la pérdida del sentido dichoso de una vida plena, es la concatenación del sinsentido, la ausencia de significados y conceptos que expresen los propios afectos. “Conceptos son afectos”, supo decir Marcelo Matellanes en su libro *Del maltrato social*. La raíz significativa de los conceptos como estructuras de la propia mente, surge de los afectos y las afecciones de nuestro propio cuerpo.

La esencia de la vida es dichosa y todo aquello que nos entristezca atenta contra ella. El poder en la cultura siembra tristezas para cosechar más poder, sabe bien que entristecidos perdemos potencia y somos sujetos maleables de su voluntad.

La aterosclerosis y la enfermedad coronaria expresan la acumulación de nutrientes innecesarios en lu-

gares inadecuados, enfermedad endémica de comunidades privilegiadas donde el alimento, sofisticado hasta lo impensable por la industria, reemplaza a la palabra, donde la saciedad digestiva embota la vacuidad intelectual. Donde los cuerpos crecen en desmesuras en detrimento del espíritu. El azúcar endulza nuestras vidas, pero deberíamos preguntarnos qué amarguras nos permite olvidar.

A medida que pasan los años se hace necesario reducir el tamaño corporal para que, cuando llegue el momento, abandonar el cuerpo sea más sencillo y menos doloroso. Paradójicamente los cuerpos magros duran más, atestiguando que es más fácil transitar livianos la existencia. Paradójicamente también, el poder en la cultura nos quiere obesos, pesados, quietos y mansos, nos atiborra de azúcar refinada para ocultar las amarguras que promueve, nos embota la mente para que el cuerpo se entorpezca.

El consumo de alcohol y otras drogas expresa la férrea adhesión del espíritu humano a su esencia dichosa. No se puede vivir sin experimentar alguna forma de dicha y cuando la vida es desdichada, el cuerpo experimenta las distintas maneras de expresar su dicha esencial. La adicción al alcohol y otras sustancias o el simple consumo excesivo de sabores agradables, expresa la huída de una "realidad" que somete y entristece.

La culpa nunca es de las distintas sustancias ni de quienes las consumen, sino del constructo comunitario que crea la necesidad, ligado siempre a la tristeza, el maltrato, la ignorancia, la exclusión y la marginalidad.

La enfermedad del vínculo humano

El sida como afección de transmisión sexual expresa la enfermedad del vínculo humano. La pueril e imaginativa idea de que las personas podemos vincularnos sin que eso implique algún contagio, de que somos esencialmente algo distinto del contagio. Así construimos el mito de la "individualidad" con el que contradecemos nuestra esencia común y ese mito consolidado en "individualismo" tajea y cercena la esencia misma de la comunidad toda.

Los privilegios brotan en este fértil e imaginativo terreno, las diferencias se exasperan hasta que "discriminar" deja de significar "evaluar con criterio", "cerner", "separar", "distinguir", "mirar" y "comprender", para significar "discriminación", "discrimen", "riesgo y peligro" frente al otro concebido como diferente y opuesto.

El deseo, como motor de lo vivo, es siempre deseo de "un" otro, al extremo de ser ese otro en uno mismo, antropofágica manera en que se construye la humanidad.

Las peculiaridades de nuestras existencias, siempre diferentes y muchas veces antagónicas, logran ocultar herméticamente nuestra esencia común y el individuo se erige defendiéndose del "peligro" y del "riesgo" de los otros. Aquello que nos construyó, el constructo de nuestro "yo", nos deshace más o menos lentamente. Ese ser que somos por el contagio de un idioma, de significados y conceptos, de afectos de alegría de los que brotan nuestras "nociones comunes", se erige en una Babel caótica de miedo y resentimiento, de confusión, confrontación e

impiedad. Y nuestra esencia dichosa deviene existencia desdichada.

El siglo XX ha sabido herir groseramente un concepto central de la naturaleza humana, el concepto de “semejante”.

Primo Levi en la *Trilogía de Auschwitz*,² describe con la parca y contundente rigurosidad del testigo y con la inmensa cautela del sabio, la manera en que una política, el Nacional Socialismo alemán, neto producto de la imaginación humana, supo aniquilar minuciosa y contundentemente el concepto de “semejante”. La imaginación desbocada dio lugar a una razón perversa, cuya perversión radicó en la fijeza e inamovilidad de sus argumentos, en la imposibilidad de su exclusión. La “locura” radica precisamente en eso, en la fijeza de argumentos y conductas que nos hacen creer que “haciendo siempre lo mismo se pueden lograr resultados diferentes”. Lejos de limitarse a un hecho histórico anecdótico, se repitió y se repite en distintas regiones del mundo. Esa aniquilación del “semejante” sigue aún vigente.

¿Quién es hoy un semejante?, ¿quién es hoy mi semejante?, esa es la pregunta.

La noción común en naturaleza, aquella por la cual descubrimos y construimos nuestra propia naturaleza, ha sido tergiversada. Los afectos de dicha y alegría a través de los cuales nos reconocemos en los otros como un nosotros, han sido reemplazados por prejuicios mezquinos de clase, nacionalidad, etnia, religión, sexo, género u orientación sexual y la esencia común es hoy un concepto ininteligible. El círculo se cerró a la perfección.

El “semejante” está, más que nunca, alejado de uno mismo, alienado en arquetipos que contradiciendo nuestra común naturaleza responden al dictado de un poder que nos quiere mezquinos, tristes y enfrentados. En este estado de cosas, el vínculo entre los seres humanos es más una agresión triste que un hecho amoroso. La discriminación se traduce en crímenes, en pasiones

tristes, competimos por lo propio que es concebido como el único modo de ser, en vez de comulgar en lo común, que es el esencial modo de ser de las personas. El sexo erigido como esencial expresión del vínculo humano, da lugar al contagio, verdadera modalidad de expresión de la esencia común.

2. Auschwitz, Editorial Océano, para América Latina, noviembre de 2005.

La herida esencial

Varón y mujer procrean y el poder en la cultura vincula a la procreación con la expresión del “amor” humano, los hijos “bendicen la unión marital”. El poder machista y patriarcal coloniza el cuerpo de la mujer “embarazándolo”, es decir, “estorbándolo”, “impidiéndolo”, “enredándolo” y “envolviéndolo” con un “lazo”, “cordón” o “cinta”, como claramente explica su etimología. La mujer, ya definitivamente “atada” a su instinto maternal, crea y cría el producto. Reducir el amor humano a la procreación implica someter el cuerpo de la mujer al embarazo, al “enredo”, “preñándola”, es decir, impregnándola de varón y recién entonces es “concebida”, o sea, “recibida” por el poder patriarcal. El “hijo” no es la concepción o el recibimiento de dos consciencias lúcidas, sino el triunfo del poder patriarcal. La definitiva separación del varón y la mujer, su concepción como entidades abstractas, expresa el triunfo del pensamiento varonil, de la mente sobre el cuerpo, de la razón sobre la imaginación, del poder sobre la potencia.

La primera y esencial disparidad humana es la implantada por el poder en la cultura entre el varón y la mujer. El machismo y la misoginia se configuran como la primordial herida de la comunidad, germen de cualquier otra, a partir de la cual la esencia común es, definitivamente partida, separada, abstraída, en claro beneficio de una de sus partes. El amor homosexual, definitivamente libre de la procreación, del enredo del embarazo, de la impregnación de la preñez, es quizás una potente re-

acción humana frente al poder patriarcal y es también el anatema del poder machista, indefectiblemente, homofóbico. Amarse no es procrear, eso queda para las bestias, proclaman los gays y las lesbianas y lo llevan al extremo las travestis y transgéneros, expresando de hecho que el cuerpo no se someterá jamás a los caprichos de la biología. Colectivo diverso que juega, con distinto riesgo, a castrar al “macho religioso”.

Sembrar disparidad en la existencia garantiza la desaparición de la esencia común, deshace toda idea de semejanza y aquello que es potencia común se transforma en poder individual. Las discrepancias y disparidades de la existencia humana, la “condena” de unos y la “salvación” de otros, disfraza nuestra esencial condición que se expresa y explica en mayores discrepancias y disparidades. En “riquezas y pobreza”, “vicios y virtudes”, “salud y enfermedad”, “locura y cordura”, “bondad y maldad”. Tironeada por sus manifestaciones extremas nuestra esencia común se combate a sí misma.

“Divide y reinarás”, dice el aforismo popular. El poder siembra desdichas y alegrías a su antojo y conveniencia, pasiones tristes o dichosas se dispersan por el mundo sembrando inequidad y cuando las existencias confrontan en la discriminación y el crimen, se culpa a la esencia común, a la esencial “condición humana”. Así se clausura la idea en ideología, “*El hombre es lobo del hombre*” dice Hobbes, “*El hombre es Dios para el hombre*” afirma Spinoza.

Lo concreto es que, más allá de lobos o de dioses, lo único que el ser humano posee realmente es a sí mismo, es decir, a otros seres humanos en sí, una esencial y común condición, un entendimiento universal que es su histórico y común constructo y de cuyos márgenes, siempre permeables, surgiría si fuera necesaria alguna idea de Dios.

La mente y el cuerpo son una y la misma cosa y es pueril imaginar que las ideas no se traducen en afectos y en afecciones corporales que nos modulan y afectan,

afectando a todos los demás. Así como la mente es una idea del cuerpo existente en acto, el cuerpo es el acto o la acción de una mente que piensa, adecuada o inadecuada-mente.

Las ideas adecuadas expresan la dicha de una mente que comprende y habilitan a un cuerpo que se expresa y actúa dichosa-mente, eficiente-mente. Las ideas inadecuadas consolidan una mente ignorante, de sí misma, de su propio cuerpo y de todo lo demás, una mente atiborrada de prejuicios, el accionar se entorpece y el cuerpo contradice al espíritu; **espíritus contradichos y contrahechos en cuerpos que padecen.**

La pobreza y la exclusión crean necesidades corporales insatisfechas y promueven la ignorancia, pero es quizás el “aburrimiento” la pasión triste más abundante en nuestra civilización, que afecta a sus sectores más privilegiados, a aquellos aptos para pensar adecuadamente. El que se “aburre”, “aborrece” de sí, del estado actual de su existencia y el que aborrece de sí mismo siente aversión por todos los demás. No encuentra el sentido de una existencia común cuyos comandos ha perdido. Molesto consigo mismo, molesta a todos, incómodo incomoda, insatisfecho frustra y se frustra, malestar de sí que es malestar de todos. Incapaz de identificar las causas del sinsentido, busca a tientas y a ciegas en su imaginación.

Así como la industria alimentaria condimenta y endulza la triste existencia humana, el poder en la cultura se dedica a entretener nuestro común aburrimiento, nuestro “aborrecimiento” común, sin señalarlo ni denunciarlo jamás. Eso implicaría señalarse a sí mismo como su causante y promotor. El “circo” es entonces un puro payaseo, vulgaridad obscena, didáctica de la torpeza y la ignorancia, la impiedad y la discriminación. El círculo señala y excluye en lugar de abarcar y contener y hace del “semejante” objeto de burla y menosprecio. Aburrir entreteniendo es el mecanismo del poder en la cultura con el que soporta nuestro propio aborrecimiento.

El sida como gigantesca dramatización del vínculo humano, ha sido desmantelado y acallado. El miedo inicial al contagio y a la muerte, como emoción elemental de la tribu humana, ha sido silenciado por la toma regular de medicamentos en las regiones privilegiadas de la comunidad o por la pobreza extrema en aquellas regiones en donde no es otra cosa que una causa más de enfermedad y muerte prematura. La enfermedad del vínculo humano ha sido “curada”, es decir, “cuidada” por el poder en la cultura que la distribuye como un elemento más, de los tantos que posee, para sembrar disparidad en la existencia humana.

Revertir esta triste realidad minuciosamente construida por nuestra historia común, es tarea de la imaginación humana devenida una nueva razón que debe aún ser construida, un nuevo orden del pensamiento, un nuevo sentido común y buen sentido que la paradoja actual hará irrumpir, más tarde o más temprano.

No podemos separar, discriminar o aislar, los márgenes, límites o fronteras de una construcción común, hacerlo implicaría negar la construcción misma. Se construye siempre sobre los márgenes y la construcción misma crea márgenes en su propia centralidad. El prójimo es, esencialmente, el próximo, la proximidad es la “proximidad”.

El concepto de límite, margen o frontera, beneficia al individuo y perjudica a la comunidad, pero es presentado por el poder en la cultura como la condición *sine qua non* para la existencia de la comunidad misma. Somos un país porque tenemos fronteras, límites, un margen.

Es a esas zonas de fricción y contacto, de contagio, donde deberíamos orientar los recursos más lúcidos del pensamiento común, del pensamiento universal, de la infinita mente que nos reúne como “especie”, como “mirada” peculiar y única del mundo. Paradójicamente enviamos ahí a nuestras “fuerzas armadas”, la expresión misma del fracaso de las ideas.

El siglo XXI entre sus precoces luces, muestra claramente el fin de los Estados/Nación. Las distintas regiones del mundo se expresan claramente demoliendo esas ficticias y caprichosas líneas producto de una razón que pierde aceleradamente su sustento colectivo.

No es en absoluto diferente aquello que sucede en las fronteras de un país, de aquello otro que acontece en la proximidad de sus ciudadanos.

Los países que se arman hasta los dientes en defensa de su presunta soberanía, son los mismos que condenan a sus ciudadanos a un empobrecido ostracismo, a un pensamiento sectario y parcial, a una ignorancia plagada de prejuicios, a un desvinculo del conocimiento universal mismo.

Sostener que el ciudadano de un país es esencialmente distinto del de otro porque están separados por unos pocos kilómetros, por un río, por una cordillera o aún por un idioma diferente, es como encontrar alguna esencialidad humana en los arbitrarios colores de las banderas, en los dibujos de los escudos o en los peculiares sonidos de un habla.

Las lenguas como poderosos sistemas que cincelan la identidad de las personas, muestran en las fronteras una plasticidad que es propia del contagio y el guaraní se reparte indiscriminadamente entre paraguayos, misioneros, entrerrianos y correntinos, retrotrayéndonos a la primitiva distribución de nuestros pueblos originarios. Lo mismo sucede con los nombres araucanos con que se bautiza a niños chilenos o argentinos. El mismo ejercicio podríamos hacer de frontera en frontera, para descubrir, develar, el gigantesco disparate que hemos hecho con la gran aldea humana. Paralelamente, yendo de individuo en individuo, podemos demoler esa absurda construcción a la que llamamos “yo”, útil en la formación de una personalidad en aras de la cual suele asfixiarse toda común esencialidad.

El contagio, las endemias y pandemias, expresan la inexistencia de esos arbitrarios límites y trasladan a la

centralidad misma de la comunidad los alaridos de sus márgenes. Recién cuando la pandemia de sida comprometió a los EE.UU. y a Europa central apareció repentinamente a los ojos del mundo, nada se decía del sida cuando era una causa más de muerte prematura en África subsahariana, fuera de algunas comunicaciones médicas aisladas. Pero los márgenes, indefectiblemente, alcanzan y asaltan al centro.

Paradójicamente, son hoy los EE.UU. y Europa las regiones que expresan el eco del alarido de los márgenes. Argentina fue reducida a la miseria a fines del siglo pasado e inicios del presente, por la voracidad del capitalismo de libre mercado y por la traición de sus gobernantes. Idéntico proceso ha alcanzado diez años después al corazón del imperio, los gobiernos devenidos corporaciones reemplazaron al Estado y los gerentes devinieron gobernantes de un poder individualista, avaro y abyecto. Obviamente la miseria que amenaza a los EE.UU. y a Europa central es difícilmente comparable a la que ha acosado históricamente a grandes regiones del planeta, por virtud de la cual, aquellas centralidades usufructuaron y usufructúan su postura de privilegios y dominación.

Los “piqueteros” argentinos del 2001 son hoy los “indignados” de Europa central y Wall Street, el contagio no se limita a los cuerpos, se expresa claramente en las ideas y es a éste al que más teme el poder. Así como las drogas fabricadas por la industria farmacéutica contrarrestan los síntomas del malestar corporal, hasta hacerlo desaparecer, las noticias producidas por la industria mediática, modulan y contrarrestan las ideas que expresan algún malestar cultural. No es casual que ambas industrias, la farmacéutica y la mediática, hayan experimentado tan gigantesco grado de crecimiento y concentración.

Los límites, las fronteras y los márgenes de un país no son algo diferente de los límites, las fronteras y los márgenes de los cuerpos, la piel del Estado y la piel del ciudadano se parecen demasiado. Las políticas que rigen el sexo y la sexualidad de los ciudadanos tienen mu-

cho que ver con las políticas exteriores que implementan los Estados. En el año 2011 Argentina sancionó la ley de “matrimonio igualitario”, que extendió los beneficios del matrimonio civil a todas las parejas independientemente del sexo de los contrayentes, y dio media sanción a la ley de “identidad de género”, que permite que las personas hagan valer la percepción de sí mismas por sobre la biológica genitalidad paralelamente nunca en toda su historia entabló lazos más profundos con sus vecinos latinoamericanos. Ya lo dijo Paul Valery; “Lo más profundo es la piel”, lo más profundo del individuo es su piel y lo más profundo del Estado es su frontera. Aquello que denominamos el “país profundo”, resulta ser sus márgenes y periferias, las fronteras del Estado, las provincias, las ciudades y los pueblos o aún los límites de los barrios de una misma ciudad, en donde curiosamente coexisten pobreza y prostitución, hambre y sexo. Donde aquel a quien le sobra paga a quien no tiene, donde coexisten y confrontan, la “salvación” y la “condena”, el turismo y el tráfico de personas. Los arrabales de Borges dramatizan la esencial condición del género humano, su mítico laberinto es una piel ansiosa de contacto y contagio, que aborrece de toda limitación.

Es por las pequeñas efracciones o heridas de la piel por donde el VIH ingresa a nuestras vidas. Ese gigantesco órgano que aísla nuestra particular y valiosa “individualidad” es también un órgano de contacto y contagio, de fricción y de abrazo con el que se actúa nuestra común esencialidad.

Cada vez son más débiles los pueriles e imaginativos límites que los seres humanos trazan entre sí. La pretendida globalización económica deviene en aldea global. Aquellos que jugaron a la especulación, haciendo dinero del dinero, es decir, abstracción de la abstracción, ven hoy corporizarse sus millones en los reclamos de la multitud. No hay salvación sin condena, ni condena sin salvación, los extremos de un continuo sólo señalan un tránsito que aborrece de toda fijeza y determinación.

Los virus son la expresión misma de lo común, microorganismos que comparten su condición con el polvo, con las partículas, ubicuos y resistentes, eslabón perdido entre las cosas y los seres. Nos amenazan cuando les ofrecemos un flanco debilitado de nuestra potencia común, llámeselo piel o frontera, una herida personal o comunitaria que aprovechan, expresan y explican.

Impedir su multiplicación no es sanar las heridas, prolongar algunas vidas humanas no es mejorar la vida humana. Acorralado en los reductos que el poder le supo construir, el sida persevera para que la “mirada” humana, la “especie”, entienda aquello que se niega a comprender.

Economía de la dicha

Vivir con VIH es una condición, como tantas otras, que suele acontecer a las personas desde fines del siglo pasado. ¿Qué nuevas condiciones nos aguardan en este siglo?

La muerte es un hecho natural, pero la tristeza, el maltrato, la ignorancia, la marginación y la pobreza, son construcciones de nuestra cultura, de nuestra común civilización, que ha aprendido a “curar” enfermedades, a “cuidarlas” en detrimento de los enfermos mismos. Estamos tan lejos de ejercer y promover nuestra dicha esencial como inmersos estamos en el mito individual. Nos ocupa tanto la existencia, ese tránsito común y obviamente transitorio, que no nos queda tiempo para identificar siquiera alguna común esencialidad.

Desde los márgenes del pensamiento humano construimos un dios varón con el barro de los hombres, nuestras bondades y miserias se corporizan en él como en un Adán divino que se expulsa a sí mismo de todo paraíso.

La civilización humana, construcción esencialmente contra-natura, se sostiene y soporta a sí misma ofertando la “dicha de la inmortalidad”, paraísos celestiales y propiedades terrenales, cuando lo único que podemos ofertarnos mutuamente es la “inmortalidad de la dicha”, la esencia común.

Sabemos a ciencia cierta y nos hemos demostrado hasta el hartazgo, que la tristeza somete, desnubre, sojuzga, enferma y mata y sabemos también que la alegría nos libera, fortalece y afirma en la existencia. El

poder también lo sabe y promueve la ignorancia y la estupidez.

El desconocimiento de las causas eficientes de las cosas, los seres y los hechos, es decir, la ignorancia y el prejuicio, ha devenido la más sutil y sofisticada manera de la “maldad”. El que obra por ignorancia es tanto víctima como victimario, es víctima por la privación de conocimientos adecuados y es victimario por la consecuencia de sus actos ignorantes. Sembrar la ignorancia, la alegría fútil, vana e impiadosa es, por excelencia, el recurso del poder para reclutar sus ejércitos. Ejércitos que sonríen tontamente mientras matan y se matan, que se asombran puerilmente de los hechos que promueven, que aman con brutalidad y se pierden para siempre en extrañas voluntades.

Los pueblos ignorantes ejercen la discriminación y el discrimen, absolutamente ignorantes de sus actos e inmersos en idéntica ignorancia sufren el castigo que les infringe la ley. Así, la inmensa mano de obra que sostiene al poder abyecto es alentada y mutilada por ese mismo poder. La educación no es sólo necesaria para mejorar la calidad de vida individual, sino que resulta esencial para promover la dicha comunitaria. La educación pública y gratuita es un derecho humano básico, llevar educación, salud y bienestar a todos los sectores de la comunidad, no puede ser una tarea aislada de la solidaridad y el voluntariado, se impone como una obligación de los Estados para con sus pueblos y entre sí.

Después de Auschwitz nada puede sorprendernos de la capacidad humana, después de 1976 Argentina ha perdido definitivamente su derecho a la inocencia y sólo la justicia aferrada al conocimiento puede devolverle alguna sana alegría, libre de toda ignorancia y estupidez. Quien después de la crisis de 2001 no deshizo su triste “yo” en el clamor de un nosotros, no ha entendido absolutamente nada.

La pobreza no es fundamentalmente falta de dinero, es ignorancia que promueve tristeza y estupidez,

avaricia y discriminación. A las multitudes sumidas en el hambre, la pobreza y el abandono (casi la mitad de la población del mundo), corresponden otras sumidas en la ignorancia y la estupidez, la avaricia y la abyección. Las unas son indispensables para sostener y soportar a las otras y ambas sucumben a los mecanismos perversos de un sistema. El avaro no es menos pobre que el carente, a uno lo somete la falta de recursos, al otro su idolatría por el dinero, la suprema abstracción, uno sufre por no tener y el otro por no ganar más, independientemente de lo que ya tenga. Ambos comulgan en la ignorancia, carente u opulenta.

Oscuro ha sido el siglo XX, apenas iluminado por algunos ramalazos, como la declaración universal de los derechos humanos, que funcionan declarativamente muy lejos de ser un efectivo compendio de conductas éticas adecuadas.

El mundo es cada vez más un mundo humano y aquello que en él acontezca es responsabilidad de los hombres. Su dicha o su desdicha son meticulosamente trazadas por él mismo, mientras la naturaleza se reduce rápidamente a “siete maravillas”. Un mundo humano sólo puede ser medido por la dicha de sus criaturas y la dicha es expresión del deseo, satisfacción del apetito, perseverancia en la existencia en comunión y sabiduría.

Bernardo Kliksberg nos informa, con la asepsia cruel de las estadísticas:

“...mil cuatrocientos millones de personas viven en la pobreza extrema o indigencia y casi la mitad del género humano, tres mil millones de personas, son pobres. Dieciocho millones mueren anualmente por causas vinculadas a la pobreza, cincuenta mil muertes evitables por día, que incluyen treinta mil niños...”³

Cuando la economía como ciencia de los recursos humanos reemplace para siempre su objeto de estudio, la abstracción del dinero y las finanzas, por la concreta

3. *Escándalos éticos*, Grupo editorial Temas, Buenos Aires. 2011.

dicha de sus criaturas como medida esencial de la “especie” y como el único privilegio de su “mirada”, entonces y sólo entonces comenzaremos a ver un futuro digno para la humanidad. Ya no con “esperanza” que es esencialmente una pasión triste, por poseer ese quantum de tristeza que la hace concebirse improbable, sino con la alegría de un proyecto común. Reemplazar la economía del dinero y las finanzas por una economía de la dicha que administre eficazmente nuestra esencia común, el tránsito dichoso de afectos de alegría.

Casi todo puede quitársele a los seres humanos pero cuando su apetito de dicha perece, perece con él su propia esencia. Aquello que queda es apenas un cuerpo desalmado, des-animado, impotente, torpe y quieto. Una esencia inexpresiva, contradicha y contra-hecha.

La dicha de una vida plena no echa raíces en sí misma, se reparte, multiplica y contagia en dichas ajenas ¿ajenas? Los seres dichosos promueven y viven infinitas vidas, la dicha del sabio es dicha infinita que jamás se reduce a su particular existencia.

Alcanzar “lo común” es la “sabiduría”: “...ciegamente reclama duración el alma arbitraria cuando la tiene asegurada en vidas ajenas, cuando tú mismo eres el espejo y la réplica de quienes no alcanzaron tu tiempo y otros serán (y son) tu inmortalidad en la tierra”.

Darnos cuenta

Pero hay algo más que preocupa particularmente al poder en la cultura. La esencia dichosa de las criaturas es indestructible, no sólo es inmortal, sino que es eterna. Nunca habrá dinero suficiente para sofocar el apetito de dicha de la multitud.

Los recursos económicos que el poder invierte para entristecer a la humanidad son infinitamente mayores que aquellos necesarios para hacerla dichosa.

Y año tras año se incrementan para sofocar el apetito de dicha de la comunidad, resultando siempre insuficientes. Sólo diecinueve mil millones de dólares harían falta para suprimir el hambre de la humanidad, una pequeña fracción de lo que se gasta en armamentos.

La economía misma alienada en la abstracción del dinero y las finanzas, se enfrenta al fracaso de su propia alienación.

Sostener y promover la tristeza es contra-natura e insume muchos más recursos que aquellos que necesita la naturaleza misma.

El proyecto actual, impiadoso y abyecto, vislumbra el fracaso desde su propia y ortodoxa visión. Puede que opte por el suicidio, guiado por su propia imaginación que no atina a concebir una idea que excluya aquello que imagina, y el suicidio del poder arrastra consigo muchas muertes.

Los números son abstracciones, cuyo significado esencial es la “variabilidad”. El dinero cuyo significado es netamente numérico, resulta ser la materialización

de una abstracción, que lo hace aparecer como “algo” concreto, cuya única materialidad es su variabilidad. Adscribiendo las cosas, los seres y los hechos al dinero, es decir, transformándolos en mercancías, los abstraemos dos veces, reduciéndolos a números. Las matemáticas entonces ligadas a la economía del dinero, parecen expresar al mundo, cuando en realidad son su máxima abstracción, aquello que se encuentra más separado de todos ellos. Un grano de trigo nunca podrá ser expresado por el precio internacional de su tonelada, la “semilla” es una de las figuras de la metáfora de la expresión, expresa la planta de la que proviene y la que originará, en este caso una espiga y un pan, cuyo único significado es mitigar el hambre de una criatura, saciar el apetito, expresar el deseo. Reducir todo eso a dinero es la máxima perversión que nos arroja a la infinita e insignificante variabilidad del mercado.

El “espejo” es la otra figura de la metáfora de la expresión, no hay número alguno que exprese a la multitud más precisamente que el espejo en el que cada rostro se refleja en la mañana.

La economía del mundo no es distinta de la economía de las personas, en tanto cada una de ellas es el mundo en sí misma. Hacer dichoso nuestro mundo es hacer dichoso al mundo.

La hiper conectividad que hoy nos permite contactarnos y contagiarnos de todo lo que sucede en el mundo y deshace las fronteras con un clic de ordenador, se sacude lenta y trabajosamente toda la estupidez y la ignorancia que el poder quiso infundirle. Se deshace del vano entretenimiento para configurarse como conocimiento común, conocimiento de “lo común”, es decir, “sabiduría”, motor eficiente de la acción. Más tarde o más temprano, los instrumentos que el género humano “concibe”, es decir, “recibe” de sí mismo, se le hacen propios y sirven a su propiedad cincelandos su imaginación en nueva razón. Aquello concebido para entretenerlo, distraerlo o aún confundirlo, termina abriéndole más los ojos, precisando su “mirada”, configurando su “especie”.

Medimos el tiempo con el avaro lapso de nuestras vidas y gastamos la existencia en apropiarnos de la felicidad, cuando ser y obrar son una y la misma cosa, ser feliz es hacer feliz, y hacer feliz a los otros es la más propia de las felicidades. En nada piensa menos el hombre sabio que en la muerte y su principal ocupación es la vida dichosa. La ignorancia y la estupidez promueven mortandad, construyen mitos inmortales y trafican con las armas que los soportan.

La multitud está hecha de individuos y los individuos están hechos de multitud, no existen unos sin los otros. Quien pretenda separar esas dos versiones de una misma cosa, atenta contra la naturaleza, crea y cría contra-natura individuos vacíos, multitudes huecas, que piensan y obran guiados por extrañas voluntades. Un “flautista de Hamelín” nos conduce al borde del abismo...

Pero individuo y multitud comparten una esencia común y dichosa, una imaginación que deviene razón, cultura, política, un conocimiento universal que los cincela en su individualidad y comunión, un apetito de dicha que los impulsa en su diversa y múltiple unidad. Cada individuo posee realmente una multitud y ser feliz individualmente es hacer feliz a la multitud que nos posee y poseemos.

El poder promueve ignorancia y tristeza no por una intrínseca “maldad”, sino por el certero conocimiento de que ambas deshacen la dicha común y esencial, producen impotencia. La actitud de cohesión mina definitivamente la incoherencia del poder, su voluntad de abstraer, separar, aquello que está naturalmente unido.

Hablar de sida sin hablar de sexo, de las distintas modalidades del vínculo humano y fundamentalmente de la idea de “semejante” y de comunidad, es hablar de nada. Es describir, relatar, redundar en hechos o circunstancias sin prestar atención alguna a sus causas, es abundar en información y conocimientos sin alcanzar ninguna sabiduría, pura erudición llena de torpeza.

La ética

Erróneamente le reclamamos ética a nuestras conductas, cuando no hay conducta posible sin una ética previa.

“Ética” significa “carácter”, “manera de ser”, es la “etología”, un compendio de conductas que hace de las criaturas aquello que son por lo que obran. Ser y obrar son a tal punto una y la misma cosa, que no se puede obrar sino aquello que uno es y no se puede ser sino aquello que uno obra.

A nuestro mundo no le falta ética, muy por el contrario, despliega una ética eficiente y perversa, aquella de la que es producto, su ser y obrar cotidianos.

Las distintas éticas confrontan en el mundo. Desde la común y universal ética del auto-interés que le es dada a toda criatura como condición esencial, por virtud de la cual persevera obstinadamente en la existencia, se empeña en ser aquello que fuere enfrentando toda adversidad. Pasando por la ética de las finalidades o teleológica, que modula las conductas en pos de determinados fines y puebla un mundo de criaturas diversas, cada una eficiente en su modo de ser. Llegando a la ética del derecho o deontología en la cual las criaturas, capaces de razón y reflexión, se preguntan y responden por sus derechos y deberes en la existencia y legislan sobre sí mismas inmersas en una comunidad. Ética de los códigos, de la ley, del juicio y la condena. Hasta llegar a la ética de las esencias que aborrece de todo código, penal o civil,

porque ella es un código en sí misma. Ética de las causas esenciales y eficientes de las cosas, los seres y los hechos, que rechaza al juicio y la condena. Ética de la compulsión esencial, de las causas que crean la necesidad, del deseo, alejadas de toda voluntad o libre arbitrio. Ética de la naturaleza misma que confronta con la civilización como construcción contra-natura, de la “naturaleza naturalizante” aquella formadora de naturaleza. Ética del conocimiento infinito que como permeable margen o frontera, limita y al tiempo libera al conocimiento humano, a la infinita mente de la humanidad toda para la cual es frontera de sabiduría y margen de su propia expansión. Ética del concreto acontecer de las cosas, los seres y los hechos que intrigan y atrapan la atención y el acecho de la mente humana.

Mientras los seres humanos nos limitemos a ejercer una ética del auto-interés, no nos diferenciamos en absoluto de las bestias, de los brutos. Esto no es ni “bueno” ni “malo”, solamente es empobrecedor, reducir la humanidad a la brutalidad, es negar la humanidad misma, es confinarla a su mínima expresión, es perseverar en la tribu primitiva, apenas alejada del rebaño o la jauría.

Tampoco nos expresan acabadamente las éticas teleológicas, aquellas en las cuales “el fin justifica los medios”, apenas delimitan nuestras individuales competencias, dibujan nuestras originales capacidades imaginativas en virtud de las cuales competimos en pos de un horizonte ubicuo y en una desenfrenada carrera arrasamos con todo y muy especialmente, con nosotros mismos. Ética útil para nuestros pequeños diseños personales en los que solemos abstraernos del destino común. Su máxima expresión es la ambición por el dinero, la suprema abstracción, definitivamente separada de las cosas, los seres y los hechos y que sólo se vincula con ellos porque puede comprarlos. Poseer es la más paupérrima manera de ser.

La deontología o ética del derecho nos atrapa, preocupa y ocupa, en diversa medida en cada comunidad.

Nuestra presunta “esencia racional” nos hace suponer que la verdad es producto del entendimiento humano.

Ya lo dijo Hannah Arendt; “...sostener que la verdad es producto del pensamiento humano, supone confundir la necesidad (compulsión) de pensar con el ansia (apetito) por conocer.”

La compulsión a pensar y el apetito por conocer son “verdad” en tanto condiciones esenciales de la mente humana. Pero, que la mente funcione con “verdad”, verdadera-mente, adecuada-mente, no implica que sea causa de la “verdad”. A lo sumo será capaz de descubrir, develar, concebir, las causas eficientes de la “verdad”, que lejos de pertenecerle son propias del acontecer de los hechos.

La “verdad” acontece, independiente-mente de que nuestro pensamiento la comprenda.

Como nuestra esencia, lejos de ser “racional” es pura imaginación, aquello que la mente humana hace es imaginar una “verdad” y modular la imaginación en una razón que la soporte. Permanentemente la imaginación humana confronta con una razón universal, con el logos de un acontecer en el que ella misma está inmersa. Así, la “verdad” aparece y desaparece de la mente humana, que comprende o confronta con el acontecer mismo. Cuando la mente humana la descubre, la devela, la concibe, cree puerilmente ser su causa, sin saber que volverá, indefectiblemente, a perderla en tanto no le pertenece.

La ética del auto-interés nos confina a la tribu primitiva, a un “estado de naturaleza” o una “ley de la selva”, en la que se salva quien pueda. Algo no muy diferente de aquello que propone el “capitalismo de libre mercado”, en donde las capacidades naturales son reemplazadas por las del dinero reunido en capital.

Las éticas teleológicas nos atrapan con el señuelo de sus finalidades. Si no fuéramos presos de la imaginación, sabríamos perfectamente que no hay otro fin individual que la muerte misma. Aborrecemos de ese conocimiento racional porque nos hace desdichados y esa

desdicha nos lleva a perseverar en la dichosa imaginación y sus finalidades. “Fortuna”, “dicha”, “salvación”, “seguridad”, “bienestar”, “felicidad”, “salud”, “amor”, son contruidos imaginativamente por un marketing individual, zanahorias irracionales por las que se mueve al burro, mentiras personales por las que se mueve la humanidad, cuando todas ellas son patrimonio de lo “común”, esencia de la comunidad, que compite por ellas en vez de comulgar en ellas. Como la araña que teje su tela una e infinitas veces, ignorante de la intemperie, las personas tejemos una y mil veces idénticas fantasías individuales ignorantes de la comunidad.

La deontología como exclusivo producto del pensamiento humano, pretende convencernos de que la “verdad” se alcanza pensando. Cuando la “verdad” de las cosas, los seres y los hechos, simplemente acontece y el pensamiento humano sólo puede ser un vigía atento que acecha y comprende ese acontecer, que a lo sumo puede anticiparlo. Entonces, energía igual a masa por la velocidad de la luz al cuadrado ($E=mc^2$), no es la cauta interpretación del acontecer de las cosas, los seres y los hechos, sino la abstracta ecuación del acontecer mismo. Apropiándonos de ella nos consideramos hábiles constructores de naturaleza y el 6 de agosto de 1945 desaparecemos Hiroshima y millones de mundos desaparecen allí.

La ética del derecho nos convence que pensando alcanzamos la “verdad”, los códigos civiles y penales se multiplican en su infinita diversidad y el hombre juzga con la bendición de la cruz de Cristo, la medialuna islámica o la estrella de David. Esa es la genealogía del juicio y el castigo, genealogía del poder que sólo puede concebirse como intento fallido del pensamiento humano por controlar el acontecer de las cosas, los seres y los hechos. Los códigos son leídos y aplicados en sus anversos y reversos y la palabra codificada se transforma en instrumento de la “verdad”. Así la justicia es más el resultado de la voluntad y el interés de los hombres, que la emergencia de alguna “verdad” del acontecer.

La ética de las esencias persevera sometida a la ética del poder, con el único auxilio de su potencia dichosa. Las criaturas humanas delinquen porque pueden hacerlo, más allá y por encima del poder de las leyes. Las criaturas humanas matan porque pueden hacerlo, más allá de las condenas que sufre y merece el crimen. **Esencia es potencia.** El endurecimiento de las penas que llegan a autorizar legalmente al hombre a matar al hombre, no disminuyen en absoluto esa capacidad. El gigantesco poder carcelario de algunos Estados, es más un negocio eficiente que un recurso adecuado para modular la potencia de las conductas humanas.

La ética de las esencias es sistemáticamente desaparecida por la ética del poder, a tal extremo que nos resulta inexistente, más allá de su perseverante acontecer que al ignorarla, nos resulta paradójico. En ese ocultamiento y desaparición se juega la genealogía del poder humano mismo. No hay poder suficiente para doblegar la potencia de las criaturas, porque ésta surge de su esencia y aquel de una presunta razón. La razón humana apropiada de la “verdad”, crea y cría un acontecer paradójico, que es demolido por la imaginación misma, consolidada en nueva razón.

La potencia de la “verdad”, de alguna “verdad” o de cualquier “verdad”, radica en el eco que produce en el intelecto común, porque no es patrimonio de ningún texto, código, ni autor, sino potencia común del entendimiento humano. Censurada aquí, nacerá más allá, una y mil veces, aunque pueda resultar más inverosímil que la mentira misma.

Esencialmente hay una sola ética, aquella que atiende a las necesidades o compulsiones de sus criaturas, que conoce y comprende las causas eficientes de las cosas, los seres y los hechos y lejos de juzgarlas para condenarlas, las juzga para comprenderlas y asistirles. Que no se asombra de ninguna capacidad humana, en tanto las comprende a todas y no les teme porque es capaz y eficiente en subsanarlas. Una ética para la cual ni el

“bien” ni el “mal” existen en sí mismos, sino como la expresión de un tránsito dichoso o desdichado del que son una sola y la misma clara explicación.

Una ética que considera al “castigo” una expresión inevitable de impotencia y que jamás lo vincula a un acto de “justicia”. Que no busca la “verdad”, ubicua y extranjera, sino la causa eficiente y dichosa de las cosas, los seres y los hechos, sean estos calificados de “buenos” o “malos”.

Los actos que perjudican a los individuos y a la comunidad, jamás son la expresión de alguna intrínseca “maldad”, si ellos acontecen no están asistidos por menos “verdad” que aquellos actos que los benefician y que atribuimos puerilmente a alguna intrínseca “bondad”.

“Bondad” y “maldad”, como “amor” y “odio”, son expresiones de una misma cosa, la pasión humana, calificados de modo diferente y opuesto. Ninguna “verdad” expresan los opuestos, si ésta existe realmente se explica en un tránsito que aborrece de toda fijeza y determinación. El amor intelectual, la inteligencia dotada de sabiduría, no “ama” ni “odia”, no es “bueno” ni “malo”, sólo comprende y compadece, porque conoce los resortes de la pasión humana, alejados definitivamente de toda voluntad o libre arbitrio.

¿Qué hacemos los seres humanos con esta ética esencial?

Lejos de ignorarla, la intuimos, porque la intuición es el modo adecuado de su conocimiento. Ese conocimiento intuitivo dotado de precisión spinociana y que subvierte la consagrada precisión cartesiana, es despreciado por la ciencia, por casi toda la filosofía y por la política, a pesar de ser su regente. Relegado a una “metafísica de garaje” es el sustrato mismo de la teología, sometido a la imaginación humana es materia maleable de dioses y de Dios, versiones últimas a las que apela el poder humano para asfixiar imaginativamente la potencia de la multitud.

No quiero decir con esto que no hay un Dios, quiero decir que ese Dios es tan distante del que hemos construido, como la “verdad” dista del pensamiento humano y como distante es la esencia dichosa de las criaturas de los avatares de sus existencias.

“Adecuado” e “inadecuado”, derivan de “ecuación”, que significa “igualdad”. Los conceptos que el pensamiento humano ubica en los términos de esa igualdad configuran lo adecuado o inadecuado, es decir, la verdad o falsedad de la ecuación. El derecho natural clásico, desde Platón y Aristóteles hasta Santo Tomás y nuestros días, decreta: “esencia del hombre = animal racional”. Hobbes primero y Spinoza después, demuelen los términos de esta ecuación y proclaman: “esencia del hombre = potencia del hombre”, la esencia del hombre es todo aquello que él puede en su existencia. Modulando la existencia humana se regula la potencia de los hombres.

Como la potencia de los seres humanos, como la de cualquier otra criatura o creación, es esencialmente dicha y apetito de dicha, sólo puede regularse con tristezas y desdicha existencial.

El conocimiento intuitivo es el producto final de una ética esencial, aquella que reconoce y comprende la dicha esencial de toda criatura, que libre de toda ignorancia y prejuicio atiende a las causas eficientes del acontecer de las cosas, los seres y los hechos, que configuran la única “verdad”. Aquella que comulga en la dicha con todo lo creado y criado. Entonces, “bondad y maldad”, “vicio y virtud”, “pobreza y riqueza”, “carencia y opulencia”, “salud y enfermedad”, “generosidad y avaricia”, “locura y cordura”, “amor y odio”, son solamente el producto de la inadecuación misma, es decir, de la desigualdad. No hay entre ellos más diferencia que la que encierra el tránsito de la “verdad” de un acontecer dichoso o desdichado.

Emprender una “economía de la dicha” implica aborrecer de toda abstracción, de toda separación de las cosas, los seres y los hechos, de sus causas esenciales,

eficientes y dichosas. Aborrecer de toda esencial naturaleza que no proclame al apetito de dicha como su motor esencial y que no decrete a la necesidad o compulsión como motor de lo vivo, definitivamente alejada de toda voluntad o libre arbitrio.

La pulsión vital es dichosa, la compulsión vital es el apetito de dicha, la necesidad de perseverar en la existencia y la tristeza es el instrumento del poder que promueve la muerte prematura.

Las criaturas humanas perseveran en la dicha porque esa es su necesidad, su compulsión, su naturaleza y cuando la existencia es desdichada apelan a todos los recursos de la imaginación, que no se somete a leyes ni códigos, por fuera de su condición esencial.

El poder en la cultura y su ética perversa, somete y doblaga la potencia de las criaturas, el dinero y las finanzas imperan en un orden general de privilegios y disparidad. La comunidad desaparece tajeada por la inequidad y aborreciendo de “lo común” fragmenta a la multitud. Como la neurosis, que consume en un inusitado despilfarro la energía vital individual, las políticas perversas gastan mucho más de lo que tienen en sembrar la desdicha colectiva. Una economía neurótica que sólo se revierte con el sano y ahorrativo recurso de sembrar la dicha “común”. Si hay perversión en los individuos, hay políticas perversas de las que son producto, exceptuando los poco frecuentes casos de perversiones de origen biológico, que resultan para nuestro común entendimiento, un misterio y sólo son la excepción que justifica la regla.

Aquello que no supo ver Hobbes y que expresó claramente Spinoza, es que la potencia del hombre como clara expresión de su esencia, no es otra cosa que apetito de dicha, expresión del deseo, tendencia a perseverar en la existencia, que alejados de toda voluntad y libre arbitrio, configuran su única libertad.

El apetito de dicha surge de la dicha innata, de la composición dichosa por la cual somos echados a la

existencia, que como condición esencial de la concepción, persevera inmanente en lo concebido y existente.

Alimentar la dicha de las criaturas es “domesticarlas”, “familiarizarlas”, hacerlas familia en su verdadera acepción, “conjunto de criados y crianzas”, que comulgando en la dicha no necesiten competir por ella. Hay recursos sobrantes en el mundo para que todas las criaturas sean dichosas, para brindar a cada una la dicha que necesita, todo argumento que lo niegue trabaja para sostener el actual estado de cosas. Los recursos necesarios son muy menores que aquellos que el poder en la cultura invierte actualmente para sostener la inequidad, la desigualdad, la inadecuación y la desdicha.

El mundo es apenas un inmenso “jardín de infantes” en el que los niños juegan y se encaprichan con los infinitos juguetes que les dejaron sus padres. El “capricho” humano, como claramente lo explica su etimología, es la causa de la “horripilación”, el “escalofrío” frente a las “ideas nuevas y extrañas” que despierta un mundo antiguo al que puerilmente consideramos nuestra propia “obra de arte”.

La angustia que agita profecías finalistas, no proviene de la “mirada” de ninguna otra “especie”, no hay criatura capaz de aniquilarnos, ni siquiera los virus con su aún incomprensible biología, su inusitada ubicuidad y su enorme capacidad de mutación y cambio.

El hombre sospecha de sí mismo y lo hace con mucha razón. Sospecha porque ignora su propia potencia, su esencia, que lejos de ser razonable es pura imaginación, apetito de dicha, expresión del deseo y tendencia ciega a perseverar en la existencia.

El habla, instrumento humano por excelencia, aún nos lastima, nos sume en la “lástima”, como niños impiadosos usamos las palabras inconscientes de todo significado. La lastimosa y lastimera humanidad es apenas un niño que “blasfema” frente a un mundo antiguo y extraño que no atina a comprender y llora acongojado frente al juguete que acaba de romper.

Afortunadamente la niñez tiene cura, siempre y cuando superemos la peligrosa y cada vez más difundida instancia de la “mortalidad infantil”. Claramente el género humano puede morir siendo apenas un niño, en tanto su horripilante capricho persevere como fruto de su potente imaginación, carente de una idea que excluya aquello que imagina.

La “mirada” humana, la “especie”, deberá regresar a su propio origen y oriente, abandonando inusitadas lejanías deberá recuperar la causa de sí, la “mirada del otro”. Descender de las estrellas que sólo se explican a sí mismas, rescatarse de la intrincada trama de conocimientos a los que puerilmente atribuimos “ver-

dad” para sumergirse nuevamente en el acecho lúcido del acontecer, definitivamente libre de toda ignorancia y prejuicio.

Una vieja herida narcisista nos aguarda nuevamente, “*Sólo sé que no sé nada.*” El reconocimiento de nuestra abundante ignorancia atiborrada de conocimientos, abrirá las compuertas que permitan el acceso de alguna sabiduría.

Que el ser humano piense al ser humano, ya que ese es su único sentido, que se “domestique” a sí mismo, se “familiarice” consigo, se críe y se cree dichosamente, si pretende hacer de sí algo previsible.

“Él paseó, y cuando dijo que le pesaban las piernas, se tendió boca arriba, pues así se lo había aconsejado el individuo. Y al mismo tiempo el que le había dado el veneno lo examinaba cogiéndole de rato en rato los pies y las piernas, y luego, apretándole con fuerza el pie, le preguntó si lo sentía, y él dijo que no. Y después de esto hizo lo mismo con sus pantorrillas, y ascendiendo de este modo nos dijo que se iba quedando frío y rígido. Mientras lo tanteaba nos dijo que, cuando eso le llegara al corazón, entonces se extinguiría.

Ya estaba casi fría la zona del vientre, cuando descubriéndose, pues se había tapado, nos dijo, y fue lo último que habló:

- Critón, le debemos un gallo a Asclepio. Así que págaselo y no lo descuides.
- Así se hará, dijo Critón. Mira si quieres algo más.
- Pero a esta pregunta ya no respondió, sino que al poco rato tuvo un estremecimiento, y el hombre lo descubrió, y él tenía rígida la mirada. Al verlo, Critón le cerró la boca y los ojos.

Este fue el fin, Equécrates, que tuvo nuestro amigo, el mejor hombre, podemos decir nosotros, de los que entonces conocimos, y, en modo muy destacado, el más inteligente y el más justo”.

Fedón 117e-118c

Hablar de enfermedad, de pobreza, sufrimiento y marginación, sin hablar de sus causas, es adherir a la perversa concepción de que son condiciones “naturales” de la existencia misma. Es sostener el actual estado de cosas con relatos periféricos, perífrasis, discursos anecdóticos y redundantes que los describen y explican con la única intención de sostenerlos. Definitiva manera de la complicidad y el colaboracionismo.

Hablar de una sola muerte prematura sin analizar la capacidad de crimen de la comunidad toda, es la forma de la hipocresía y el discrimen. Hablar de etnias, clases sociales, estados de salud, maneras de ser, sexos, géneros u orientaciones sexuales, es reducir la esencia humana a los avatares de su existencia.

La esencia de las criaturas, sean éstas cuales fueren, es esencialmente dicha, que se expresa en la composición dichosa, condición sine qua non para la “concepción” o el “recibimiento” en la existencia. La composición desdichada, inadecuada, falaz, errónea, aborta toda concepción.

Todo aquello que accede a la existencia es en sí mismo dichoso y perfecto. La perfección no es otra cosa que la composición dichosa de una esencia en la existencia, sea ésta cual fuere.

La concepción es dicha esencial que se expresa en la existencia y persevera inmanente en lo concebido y existente como un apetito perfecto.

Las esencias convienen todas entre sí, porque son esencialmente una y la misma cosa, dicha, las existencias difieren todas entre sí, porque sólo en ellas cabe la desdicha, la insatisfacción del apetito, cincel de la disparidad, la inequidad y la tristeza.

Nada debe preocuparnos en relación a las esencias porque ellas son una y la misma dicha común, nuestra única ocupación ha de ser la existencia, es en ella donde la dicha esencial inmanente de la concepción persevera en la existencia y lo hace como puede, de acuerdo a su potencia. **Esencia es potencia dichosa.**

Así como las esencias sólo se componen en la dicha y no cabe en ellas desdicha ni descomposición alguna -por eso toda concepción es perfecta-, las existencias se componen y descomponen según los avatares de su dicha y su desdicha existencial -por eso también, toda existencia es perfecta, nos agrade o no-.

Quien se ha tomado el trabajo de domesticar a alguna criatura, sea cual fuere, sabe perfectamente que eso se logra ofreciéndole dicha existencial que permita la expresión de su dicha esencial e innata.

Hipócritamente, premiamos las existencias que por virtud de su potencia esencial superan y doblegan los avatares de sus existencias desdichadas, y castigamos condenando a aquellas otras que sucumben a la desdicha existencial. Premio y castigo expresan la hipocresía que oculta y absuelve las causas mismas de la tristeza existencial.

La ecuación fundamental, raíz de toda adecuación o inadecuación, verdad o falsedad, dicha o tristeza, es aquella que iguala la esencia a la existencia, es decir, la dicha esencial e innata con la existencia adquirida. La dicha nos es dada con la esencia, sólo se hace necesario que impere en la existencia, para que la ecuación, la ecuanimidad, la adecuación y la dicha, sean verdad. La única tarea es hacer de la existencia algo dichoso.

Las comunidades más sabias, los Estados más justos y equitativos, son aquellos que atienden muy especialmente al apetito de dicha de sus criaturas, juzgándolas solamente para comprenderlas y asistirles y jamás para castigarlas o condenarlas. Esas comunidades y Estados, existen, no son una “entelequia”, para todos aquellos que piensen que esta construcción es puro idealismo

que busca para el ser humano un acceso privilegiado a la esencia como camino a la felicidad.

Curiosamente somos inducidos a preocuparnos por las esencias, aquello que el lenguaje nombra con absoluta ausencia de significados y conceptos. “Alma”, “espíritu”, son “palabras valija” donde va a parar todo aquello que no debe comprenderse racionalmente y se pierden para siempre con el equipaje de algún vuelo al más allá, bien alejado del más acá, del aquí y ahora.

Nada hay allí, en las esencias, que merezca nuestra ocupación o preocupación, orientar hacia ellas nuestra atención no es otra cosa que distracción, distraer la acción hacia rumbos inútiles que en nada dependen de nuestra intención. Ya “alguien” se ocupó de ellas perfectamente, llámeselo Dios, entendimiento infinito, naturaleza naturalizante u orden universal.

Concebir que no haya esencias dichas para satisfacer en la existencia, es negar la existencia misma como apetito o conato dichoso, es abjurar del deseo. Es reducirla a un puro devenir existencial azaroso en el que el carácter, la manera de ser, la ética, resulta solamente del indiscriminado choque de los cuerpos, del puro azar de los encuentros, que se modulan mutuamente sin expresar ninguna razón esencial, es renunciar a la razón misma, es pura superstición. Es adherir a un puro orden o desorden que respondería, en este caso, a la esencia misma del caos, al devenir de la turbulencia de los cuerpos materiales que resuelven por leyes puramente físicas los avatares de la existencia.

Pero las criaturas a las que llamamos “seres” se diferencian de aquellas otras a las que llamamos “cosas”, porque las unas implican en sí mismas un orden inmanente dictado por su conato o apetito dichoso, por su imaginación, por su deseo, una “metafísica”, que altera para ellas las leyes mismas de la física, mientras que las otras son sólo expresión inmanente del mundo físico.

Quienes pretenden hallar a Dios en partículas o sub-partículas elementales impulsadas por infinita ace-

leración, reducen el estatus de los “seres” al de las “cosas”, el de los “sujetos” al de los “objetos”. Se pierden en un absoluto materialismo que ni siquiera logra abjurar de la esencia, atribuyéndola al “caos”, y aguardan imaginativamente el dictado de aquella última y definitiva ecuación que los explique. El puro existencialismo materialista reduce el estatus de los “seres” al de las “cosas”, reduciendo a la física toda “metafísica”.

La física es un asunto de vectores, de fuerzas, de poderes que confrontan la materia, la “metafísica” es un asunto “caprichoso” de apetitos imaginativos, de pasiones dichas, de deseos, que subvierten las leyes de la física, capaz de toda “horripilación”, de todo “escalofrío”, de todo “capricho”, un asunto de potencias de la imaginación. Dos mundos que están en el mundo, dos atributos de la misma Sustancia.

Cualquier conocimiento nos puede impulsar a la sabiduría, pero todos los conocimientos reunidos en sí mismos no configuran ninguna sabiduría, apenas alcanzan alguna incauta erudición. Todo aquello que hace a nuestra particular existencia a nuestro anecdótico tránsito vital, tiene que ver con las leyes que la comunidad toda nos dicta a las personas. El poder en la cultura gobierna nuestras existencias, mientras nuestra potencia dichosa hace lo que puede, los cuerpos padecen mientras las mentes se distraen en inabordables lejanías, en teologías que, hasta ahora, sólo han servido a un poder terrenal y humano que siembra tristeza para cosechar más poder.

Hablando del sida, de la infección por VIH como condición existencial desde fines del siglo XX, podemos acceder, como desde cualquier otro conocimiento, a descubrir alguna verdad ligada al acontecer mismo de las cosas, los seres y los hechos. El sida concebido como una pandemia “maldita”, intrínsecamente “dañina”, “pecaminosa” y “destruktiva”, propia de “vidas equívocas”, comienza a ser, por virtud del conocimiento, la comprensión y la asistencia mutua, una condición existencial más que no nos priva de la dicha y de la perseverancia en la existencia.

Lo mismo debería suceder con todas las enfermedades que el poder en la cultura puede “curar”, con todas las desdichas que puede asistir y revertir, con toda la pobreza que condena a la mitad del mundo a la carencia e indigencia y con toda la ignorancia que condena a la otra mitad del mismo mundo humano, al individualismo, la avaricia y la abyección.

La tarea es inmensamente sencilla, atender a la esencia dichosa haciendo dichosa la existencia, los recursos sobran en un mundo que los invierte en promover desdicha y tristeza para cosechar más poder.

El cuerpo y la mente son una y la misma cosa.

Satisfacer el hambre del cuerpo habilita una mente que, adecuada-mente satisfecha, expresa un espíritu, que no es otra cosa que un habla sabia.

El corazón del imperio, que nos somete y doblega desde siempre, no está en ningún país, ni gobierno, ni sistema, más allá del que se ha hecho carne y late en nuestra propia naturaleza.

Epílogo Un deseo: “igual y diferente”

Si las mujeres transmutáramos varones y los varones transmutáramos mujeres, todo sería “igual y diferente”, ¡tan diferente! “Pensemos lo imposible, porque lo posible ya ha sido pensado en demasía.”

Los varones seríamos “iguales y diferentes”, definitivamente libres de la cárcel de la “masculinidad”. Las ideas se nos difuminarían en afectos y las rígidas mentes se entregarían a la plasticidad mórbida del cuerpo, al flojo ademán de la caricia, a la sonrisa fácil. Nos habitaría la mullida “celulitis”, definitivo descanso para tanta hosca muscularidad y tanta barriga satisfecha.

Las mujeres seríamos “iguales y diferentes”, definitivamente libres de la cárcel de la “femineidad”. Los afectos se poblarían de potentes e inéditas ideas y la plasticidad mórbida del cuerpo alcanzaría la firmeza de la acción, el compromiso de la decisión, el gesto firme del concepto. Uñas cortas, puños cerrados que aunque pequeños siempre pueden más que un araño.

“Igual y diferentes” varones y mujeres seríamos, al fin, una y la misma cosa, definitivamente reunidos del exilio extremo al que se nos confinó. Nueva criatura, mater/páter, páter/mater, infinitamente potente, y los sexos no serían una definitiva condena, sino la forma misma de la salvación, transitoria condición de un devenir común, “igual y diferente”.

No esperemos que las certezas nos sumerjan en la paradoja, disolverlas es tarea de nuestra potente imaginación.

Índice

Prólogo	7
Introducción para una reedición corregida y ampliada	13
A modo de introducción	15
El Poder del Diagnóstico	17
Parte I - ENFERMEDAD Y CONCIENCIA	
Mente y cuerpo	23
El silencio del bienestar	31
La enfermedad fuera de la conciencia	33
La enfermedad desde la conciencia	39
El significado de la enfermedad	45
Poder y defensas	51
La tarea del enfermo	57
Darse cuenta	59
¿Cómo rescatar alguna forma de visión cuando no hemos sido vistos?	63
Visión, contagio y compasión	67
El abandono de la conciencia	73
El poder de la conciencia	77
El para qué de la enfermedad	81
Parte II - SIDA Y PODER	
Sida y creencias, un poco de historia	87
¿Cómo se defendieron aquellos primeros infectados?	91
La herida de la comunidad	97
Infección por VIH con rápida evolución hacia el sida enfermedad y muerte del paciente	101
La persistencia de las creencias	103

El acontecer, fuente inagotable de verdades	107
¿Cómo fueron configurándose esos “sobrevivientes de larga data”?	109
La Trampa de la Curación	113
El miedo	119
El contagio	125
La visión	133
La curación	137
Los enfermos gozan de buena salud	143
La curación y la muerte	147
Fisiopatología de la curación	149
El Reduccionismo	151
¿Cuándo empieza una enfermedad?	155
“Mirada” y “especie”	159

Parte III - ÉTICA Y PODER

El poder de la imaginación	169
La política de los márgenes	177
La violación del derecho	181
La enfermedad del vínculo humano	183
La herida esencial	187
Economía de la dicha	195
Darnos cuenta	199
La ética	203
Conclusión	213
Epílogo	221